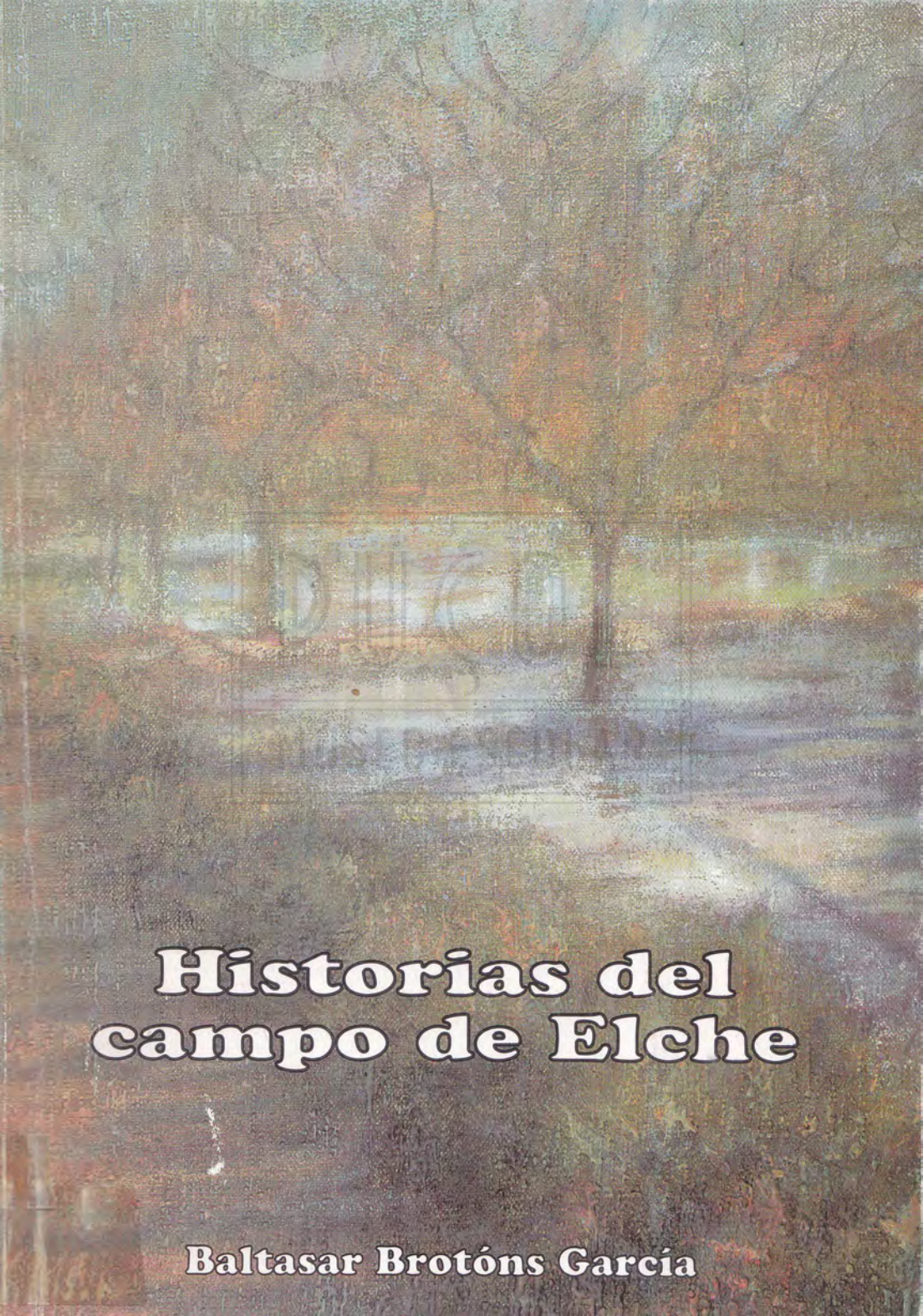


Historias del campo de Elche

Baltasar Brotóns García

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

© Baltasar Brotóns García
D.L.: A-864-1995
I.S.B.N.: 84-920854-1-X
Segarra Sánchez, S.L.
O. Winibal, 39 - Elche
Ilustraciones y portada: Antonia Soler Vicente

Baltasar Brotóns García
De la Asociación Alicantina de Periodistas y Escritores de Turismo

Historias del del Campo de Elche

PUIG
MUSEO ESCOLAR

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

PUÇOL
MUSEU ESCOLAR

ÍNDICE

Prólogo 7
Notas aclaratorias 11
El Repartiment 13
El Sercat de Torres 21
La sequía, un mal endémico en Elche 31
La colonización de Balsa Llarguera o Carrisals 43
Lluvias torrenciales 55
El despegue de Torrellano 67
Las pretensiones segregacionistas de El Altet 77
Una fecha histórica 91
Real Compañía de Riegos de Levante 97
Tiempos de vacas gordas 107
Tiempos de cambios 117
Decadencia de la agricultura 127

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

PROLOGO

Siempre que he leido un tratado sobre historia, he encontrado en él un compendio de datos muy interesantes por la información que nos aporta, aunque nunca han despertado en mí sentimiento alguno; han sido simple y llanamente, instrumentos portadores de acontecimientos, fechas, datos, estadísticos, etc.

En la presente obra nos conduce el autor por las HISTORIAS DEL CAMPO DE ELCHE con la habilidad y la sensibilidad que le caracteriza, haciendo compatibles los acontecimientos históricos con las historias cotidianas vividas en el momento, a las que Baltasar Brotons les da vida por medio de esos personajes tan sabiamente elegidos y descritos.

Cronologícamente hablando, es un texto no demasiado extenso, que distribuye en doce capítulos, que parten de 1265, en el momento de la Reconquista, explicando el origen de la propiedad en Elche, a través del REPARTIMENT, y las connotaciones económicas, sociales y lingüísticas que tuvo este hecho histórico y trascendental. A continuación nos relata lo que posiblemente sea el primer antecedente histórico de las numerosas verjas que hay en la actuali-

dad alrededor de las viviendas rurales, a través del segundo capítulo titulado EL SERCAT DE TORRES, y que sitúa en 1611.

Merece mención especial, por lo que tiene de actualidad, el capítulo que titula LA SEQUIA, UN MAL ENDEMICO EN ELCHE, donde este poeta y escritor, nos describe con especial atención los períodos de sequía que ha padecido Elche a lo largo de la Historia, sin olvidar la triste realidad actual y las consecuencias funestas que está produciendo en la agricultura ilicitana. Así dice, por ejemplo: "En 1457, la situación alcanzó tal gravedad, que por falta de lluvias, no se disponía de la harina necesaria para que pudiera comer la población". La historia se repite, ya que "en los años 1846, 47, 48, 49 y 50, la sequía fue tan extrema que obligó a emigrar a una gran cantidad de ilicitanos, ya que aquí no había ni cosechas, ni trabajo ni comida", para continuar diciendo: "en la actualidad, los daños en la agricultura murciana y en la del sur de la provincia de Alicante, por esta causa, son muy cuantiosos, y de continuar así por algún tiempo, van a ser catastróficos, como no se habían conocido desde hace muchos años.

En contrapartida al capítulo que habla de la sequía, está el que describe las lluvias torrenciales, que también las ha habido, donde este enamorado del campo ilicitano, nos describe los daños y quebrantos que se produjeron en el medio rural, por estas lluvias tormentosas, haciendo especial referencia, por su magnitud, a la que tuvo lugar en la noche del 6 al 7 de diciembre de 1853.

Otro capítulo, titulado EL DESPEGUE DE TORRELLANO, nos habla de la estación del ferrocarril, "dels trencaors d'armeles", de la fábrica de chocolate y de la creación del Sindicato Agrícola CANAL DEL ALTET, como elementos determinantes que propiciaron el referido despegue.

En otro capítulo nos habla de las maravillosas playas de EL ALTET, del Aeropuerto Internacional ubicado en dicha partida, y también de sus reiteradas PRETENCIONES SEGREGACIONISTAS de los alteanos.

Con especial entusiasmo remarca UNA FECHA HISTORICA, (9 de enero de 1910), fecha en que la Sociedad Nuevos Riegos El Progreso distribuye sus primeras aguas. Dice el autor del libro sobre este particular: "Esta fecha marca un hito histórico en la agricultura ilicitana, un antes y un después, pues es el límite, la divisoria de dos épocas muy diferentes una de otra, como es el pasar de

una agricultura de secano a una agricultura de regadío, aunque fuese con aguas de sobrantes y elevadas por el sistema de bombeo".

Nos habla también de LA REAL COMPAÑIA DE RIEGOS DE LEVANTE, de los TIEMPOS DE LAS VACAS GORDAS, que vivió la agricultura ilicitana después de la Guerra Civil Española, de los tiempos de cambios, que se viven en los años sesenta, pasando del arado romano al tractor y del carro al automóvil. Y por último, nos habla de la DECADENCIA DE LA AGRICULTURA en los años ochenta, como consecuencia de varios factores negativos que ampliamente expone el autor de esta valiosa obra amena y de fácil lectura.

Como resumen diré que mi impresión personal de este libro, después de haberlo leído detenidamente, es muy positiva, por la amplitud de temas tratados en el mismo, relacionados todos ellos, con el colectivo humano tan serio, sacrificado y competente, que a lo largo de los últimos siete siglos, se ha dedicado, profesionalmente, a cultivar las tierras del campo de Elche, venciendo todos los inconvenientes y dificultades que ha ido encontrando en su camino.

Otro aspecto que quiero destacar es que estos relatos que componen el texto de la obra, por su sencillez y verosimilitud, nos involucran en los mismos, y desde el primer momento, captan nuestra atención, a pesar de ser historias ficticias, pero que muy bien pudieron haber sido reales, en el contexto histórico de cada uno de ellas.

Y por último, quiero resaltar, que este libro, como otros del mismo autor, tiene un estilo literario sencillo y asequible para toda clase de lectores, y por consiguiente, su lectura resulta muy amena, sin que tengamos que esforzarnos, lo más mínimo, para captar y comprender el sentido y la significación de estas HISTORIAS DEL CAMPO DE ELCHE.

Margarita Martínez Esclápez
Ingeniero Técnico Agrícola


PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

NOTAS ACLARATORIAS

Las historias personales y familiares que se describen en estas HISTORIAS DEL CAMPO DE ELCHE, son unas narraciones ficticias, a pesar de estar fundamentadas sobre unos hechos unas circunstancias reales que se desarrollaron en el ámbito rural ilicitano, a lo largo de varios siglos. De la misma manera, los nombres y los apellidos de los protagonistas de estas historias, son también apócrifos (excepto los que figuran en el capítulo dedicado a Torrellano, que son reales), con la particularidad de que figuran en el valenciano coloquial que hablaron siempre "els llauraors del camp d'Elx". En cuanto a los apellidos, son los más característicos y los que más abundan en las partidas rurales donde se desarrollaron cada una de estas historias.

Si en la actualidad hay alguna persona en el campo de Elche, cuyo nombre y dos apellidos coincidan con los de los protagonistas de estas historias inventadas, sería, simplemente, una pura coincidencia, sin otras connotaciones de ninguna clase.

Seguramente, que habrían otras muchas historias personales y familiares, poco más o menos, como las descritas en estos relatos fabulados, en la vida real, en cada una de las épocas históricas descritas en este libro, que pasaron desapercibidas, y por lo tanto, se perdieron en el anonimato y en el olvido más absoluto.

El autor

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

EL REPARTIMENT

El origen de la propiedad en Elche, a partir de la reconquista de nuestra ciudad, en 1265, por parte del Rey de Aragón Jaime I, está basado en lo que se conoce como EL REPARTIMENT que llevó a cabo, dos años después su yerno, el Infante D. Manuel, que fue nombrado Adelantado de este Señorío, que llegaba hasta Villena. En efecto, una vez consolidada la reconquista, el Infante D. Manuel, como Señor de Elche, procedió al reparto de todas las propiedades rústicas y urbanas, del campo y del casco de la población.

En las cláusulas capitulares que Jaime I hizo firmar a los moros en el momento de entregar la ciudad amurallada, se especificaba que los cristianos respetarían las propiedades, la religión, las leyes y las costumbres de los árabes que se sometían al dominio de los cristianos. Pero estas promesas solo fueron cumplidas en parte, ya que se les obligó a abandonar la ciudad amurallada y construirse su Aljama, que después se conoció como el Raval, para que vivieran allí, separados de los cristianos. Las viviendas que estaban dentro de la ciudad amurallada, así como sus fortalezas, fueron ocupadas por los cristianos.

En el REPARTIMENT, a los moriscos les dieron la margen derecha de la Rambla, que se regaba de la Marchena y a los hombres más influyentes que acompañaron al Rey Aragonés en la reconquista, la margen izquierda que se regaba con las aguas de la Acequia Mayor. Al sur de la población el Infante D. Manuel se reservó para sí diez mil tahullas de tierra, en lo que denominó El Donatiu. Pero nueve años después, esas diez mil tahullas las repartió entre el Ayuntamiento y los cristianos viejos. Por las mismas fechas ratificó las donaciones hechas en EL REPARTIMENT, con la condición de que los favorecidos por este reparto, se avecindasen en sus propiedades. Estas recomendaciones iban dirigidas a los cristianos que, en un principio, se mostraban reticentes a avecindarse en Elche, a pesar de las reiteraciones insistentes que se les hacía en este sentido, hasta el extremo de fijar unas fechas concretas para hacerlo para la ciudad... "sea mejor poblada y mejor guardada".

Por aquellos tiempos, las tierras que tenían derecho a riego y las aguas correspondientes, eran inseparables entre sí. Por consiguiente, tanto en la margen izquierda, como en la margen derecha del Vinalopó, estas tierras tenían una dotación de agua que regaban a través de unas tandas periódicas, separadas entre si por el mismo espacio de tiempo. Esto ocurrió así hasta finales del siglo pasado, en que se suprimieron las tandas y se empezó a vender el agua al mejor postor y los dueños de la misma en vez de repartirse el agua se repartían el importe de la venta de la misma, mediante repartos trimestrales.

Desde tiempo inmemorial, la escasez y distribución de las aguas tradicionales de Elche, generaron muchos problemas y conflictos, por la extrema necesidad que había de ellas, para regar los sedientos campos. Y, por supuesto, también los hubo en los años posteriores al REPARTIMENT, entre los moros y los cristianos, que se acusaban mutuamente, de mover los portones de la entrada de la Marchena. Ante las innumerables quejas en este sentido, en 1284 se tomó el acuerdo de hacerle un marco fijo e inamovible al partidor de la Marchena, para que sacara exactamente las dos onceavas partes del total de la Acequia Mayor, que era lo que le correspondía. Desde esas fechas por la Marchena discurre el mismo caudal y no se cierra nunca, siendo el único partidor de la Acequia Mayor, (si exceptuamos a Albinella, que riega las propiedades del Ayuntamiento), que tiene un marco fijo y que no se cierra nunca, llevando siempre el



Camino

mismo porcentaje de los caudales de la Acequia Mayor.

Hasta entonces, los árabes, muy entendidos en agricultura y regadíos, habían hecho una distribución modélica de las escasas aguas de que disponía el campo de Elche, mejorando, sobremanera, el sistema de regadío que habían iniciado los romanos, cuando centuriaron el término municipal de Elche, a principios de la Era Cristiana, poniéndole nombres a las acequias y a los partidores, en una organización perfecta. De ahí el que el Infante D. Manuel, cuando llevó a cabo el REPARTIMENT, recomendara que estas aguas se repartieran como se habían repartido hasta entonces...", que las ayan assi como la solian auer los moros en so tiempo". Y estas recomendaciones eran muy acertadas, ya que los moros, durante el largo período de tiempo que habían permanecido en Elche, demostraron una gran maestría en el cultivo de la tierra, en la distribución de las aguas y en su máximo aprovechamiento de las mismas para la agricultura.

Las fértiles tierras del campo de Elche, salvo cortos períodos de tiempo, siempre padecieron mucha sed, por la escasez de lluvias y por la poca agua de riego disponible. Por eso, el Infante D. Manuel mandó traer de Villena... "todas las que pudieren".

Los cristianos que se beneficiaran de estas tierras, después del REPARTIMENT, no solo se mostraban reticentes a avecindarse en sus nuevas propiedades, si no que apenas las cultivaban, a pesar de que requerían a los árabes para que les ayudasen en los trabajos agrícolas y en otras actividades laborales más pesadas o que entrañasen un cierto riesgo.

Mustafá El Hamet, cuando los cristianos reconquistaron Elche, era uno de los principales árabes que había en nuestra ciudad. El y otros personajes principales del colectivo musulmán, compusieron la delegación que concertó la rendición de las defensas de Elche a las tropas de Jaime I, cuando tuvieron conciencia de que no podían defenderse con éxito, dada la potencia del ejército que se aproximaba a las murallas. Así las cosas, renunciaron a la lucha y se decantaron por pactar la rendición en las mejores condiciones posibles. Se pusieron en contacto con los emisarios de Jaime I y aceptaron sus capitulaciones, que especificaban que si se rendían pacíficamente, se les respetaban sus propiedades y que podrían vivir con arreglo a los preceptos de su religión y de sus leyes y sus costumbres ancestrales. Y así se hizo, aunque después estas condiciones,

solo se cumplieron en parte, por los cristianos. No podía ser de otra manera, si tenemos en cuenta que Jaime I, además de un experto guerrero, era un consumado diplomático, lo que le inducía a preferir el pacto a la conquista violenta por las armas. De que después se cumpliera o no lo pactado, eso ya era harina de otro costal.

A partir de esas fechas, Mustafá El Hamet, fue el principal interlocutor entre los árabes y los cristianos, de cara a poner en orden la nueva situación surgida del cambio de poderes en la ciudad, así como de la organización del nuevo asentamiento de los moros en la Aljama, donde quedaron todos concentrados. También era el conciliador de las muchas quejas del colectivo musulmán, ante los abusos de los cristianos, que los trataban de una manera un tanto despectiva.

Fueron aquellos unos años muy difíciles para los moros, que tuvieron que abandonar sus antiguas viviendas en la ciudad amurallada y construirse otras nuevas en la Aljama, improvisar una nueva Mezquita, donde poder celebrar sus ritos religiosos, con arreglo a los preceptos del Corán, cultivar intensamente sus pequeñas parcelas de tierra que les habían asignado en la margen derecha, para poder vivir de ellas, después de pagar los excesivos impuestos que se veían forzados a satisfacer a los cristianos, cuando éstos, en la margen izquierda, estaban exentos de estos pagos.

Pero a base de tesón y voluntad, consiguieron vencer todas las dificultades que les salían al paso a cada momento, y diez años después de la reconquista cristiana, habían construido por completo un nuevo núcleo urbano, habían organizado, de una manera modélica, sus nuevas explotaciones agrarias y trataban de convivir, de la mejor manera posible, con los cristianos, cada colectivo dentro de sus propias estructuras y con arreglo a sus costumbres, aunque, lógicamente, los cristianos hacían respetar su autoridad y su ley, por que tenían la suficiente fuerza para imponerla. No obstante, si surgiera alguna diferencia o rozadura entre los dos colectivos separados, siempre se recurría a la mediación de Mustafá El Hamet, para que solventara todas estas cuestiones, consiguiendo siempre el acuerdo y la pacificación, gracias a su ecuanimidad y a sus grandes dotes negociadoras. De ahí el respeto y la admiración que sentían por él, las dos comunidades.

A pesar de disponer de menos tierras y de menos aguas que los cristianos, los moros del Arrabal consiguieron organizar una agricultura próspera y rica, con gran variedad de cultivos. Montaron,

así mismo, sus propias almazaras y sus molinos harineros, donde molturaban las aceitunas de sus olivos y los cereales de sus campos, que les proporcionaban el aceite y el pan que precisaban para su mantenimiento.

La muerte de Mustafá El Hamet en 1290, fue muy sentida por las dos comunidades, que le querían y le respetaban por igual, porque mientras vivió, contribuyó, sobremanera, a limar asperezas y diferencias, entre unos y otros. Tanto era así, que a los funerales que se celebraron en su honor en la Mezquita recién construida, asistieron los principales personajes de la "Vila", por la alta estima en que se le tenía, aunque profesaran una religión diferente. El recuerdo de Mustafá El Hamet se conservó, indeleble, en la memoria colectiva de las gentes, durante varias generaciones.

Pero la vida continuaba su curso en las dos comunidades humanas que formaban la población de Elche. En cuanto a los moros, continuaron trabajando sus tierras, dentro de los estrechos límites del Magram, y para aprovechar mejor las aguas de aluvión que discurrían por el Vinalopó, (ellos le llamaban Wad Arrambla), cuando llovía abundantemente, construyeron en la margen derecha, tres cauces para poder regar parte de las tierras que se les había asignado en el reparto. Estos tres cauces han llegado hasta nuestros días con los nombres de "Asut dels Moros, Asut de l'Algamasa i Asut dels Comuns", que podían regar tierras de lo que son las actuales partidas de Algorós, Algoda, Pusol y Derramador.

El REPARTIMENT tuvo también connotaciones culturales y lingüísticas en el aspecto toponímico. Por eso, los nombres de las partidas comprendidas en la margen izquierda de la Rambla, que fueron adjudicadas a personajes valenciano parlantes, fueron de origen valenciano, hasta principios del siglo XVIII, ("Vall Vert, Les Baies, Asprelles, Altzavares, etc."). Después de la Guerra de Sucesión, cuando quedaron abolidas las lenguas periféricas, por el concepto centralista que tenían los Borbones del Estado, estos nombres se castellanizaron, y pasarán a llamarse Valverde, Las Bayas, Asprillas, Alzabares, etc. En cuanto a las partidas de la margen derecha, tenían nombres de origen árabe, que han llegado hasta nuestros días, como son Algorós, Algoda, Alcavó, etc.

En cuanto a las partidas periféricas de Matola y Llano de San José, al ser tierras marginales, su desarrollo fue posterior a la época de la expulsión de los moriscos. De ahí el que sus nombres se

castellanizaran desde un principio, pues nunca fueron parte del Magram.

Los árabes desde principios del siglo VIII que llegaron a Elche, en su expansión hacia el interior de la península, después de la Batalla de Guadalete, hasta mediados del siglo XIII, que fue reconquistado por Jaime I, desarrollaron, sobremanera, la agricultura ilicitana, lo mismo que habían hecho en las huertas de Murcia y de Valencia. Así mismo, introdujeron en nuestros campos nuevos cultivos procedentes de sus lugares de origen. De la misma manera, fomentaron mucho el cultivo de las palmeras, que ya se conocían aquí desde hacia varios siglos. Y después de la reconquista, los que se quedaron bajo la férula de los cristianos, continuaron con los mismos comportamientos de agricultores modélicos y aplicados, que cultivaban la tierra con esmero, a pesar de que se les obligaba a pagar demasiados impuestos.

Por eso, cuando el Rey Felipe III, por motivos religiosos, más que por otra cosa, ordenó sus expulsión, en el Reino de Valencia, que era donde más habían, (170.000 de un total de 250.000 que fueron expulsados de todos los territorios españoles), se produjo un gran vacío, en todos los aspectos, hasta el extremo de que tuvieron que transcurrir más de un siglo, para que el Reino de Valencia, volviera a alcanzar las cotas demográficas que tenía en 1609.

Los moriscos expulsados de Elche, suponían alrededor del 50% del total de la población. Y en cuanto a Crevillente, el porcentaje era mucho más elevado aun. Y hubo Alquerías y caseríos de las tres provincias valencianas que quedaron completamente despobladas después de la expulsión de los moriscos.

Como los moros eran los únicos que trabajaban en la agricultura y la ganadería, cuando fueron expulsados, los campos valencianos se quedaron yermos y abandonados, hasta el extremo de verse obligados a importar trigo de Castilla, para que la gente pudiera comer.

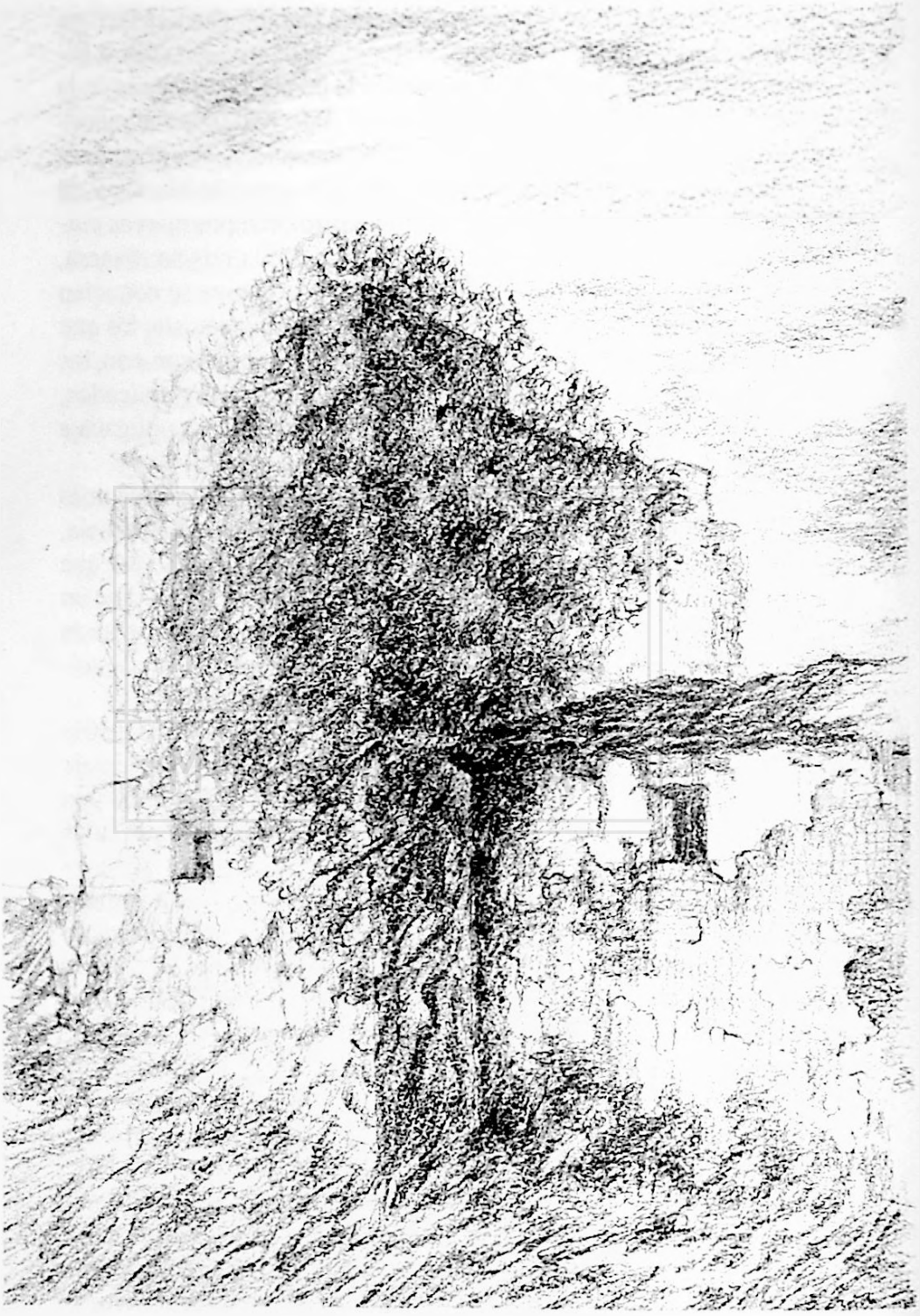
Casi la totalidad de los historiadores que hablan de estos hechos, coinciden en afirmar que fue un gran error histórico expulsar a los moriscos en 1609 y a los judíos en 1492. Esos dos errores políticos que se cometieron por motivos religiosos, repercutieron negativamente, en el desarrollo posterior del país. Pero eso ya es historia.

Y volviendo a la expulsión de los moriscos de Elche, todas sus propiedades, al ser expulsados, se cedieron, por el sistema de enfiteusis a los nuevos pobladores. De las condiciones de esas cesiones, hablamos, con más detalle, en el capítulo siguiente de este libro.

EL SERCAT DE TORRES

Dos años después de la reconquista de Elche, por parte del Rey de Aragón, Jaime I "El Conqueridor", su yerno el Infante D. Manuel, que fue nombrado Adelantado del Señorío de Elche y de toda su comarca, con plena potestad para disponer de vidas y haciendas de todos sus vasallos, se dispuso a llevar a cabo lo que se denominó "El Repartiment". A tal efecto, encargó a Gonzalo Ibánez, Martín Martínez y Domingo Pérez a que distribuyeran todas las propiedades rústicas y urbanas, desde unos planteamientos de vencedores, en unos territorios que desde principios del siglo VIII habían sido ocupados por los árabes.

Estos tres repartidores empezaron su labor a principios de 1267, y a los árabes que se quedaron bajo el dominio de los cristianos y que al ser obligados a abandonar la "Vila Murada", se tuvieron que construir su "Aljama" para habitar en ella, les dieron en pequeñas porciones la zona regable con las aguas de Marchena, en la margen derecha del Vinalopó. A esta zona que comprende las actuales pedanías de Algorós, Algoda y las partidas colindantes, se le conocía como Huerta de los Moros o "Magram", que significaba cosa pechada o sujeta a impuestos.



Restos de la torre vigía de Estanya - Alzabares

Toda la margen izquierda de la Rambla, mucho más extensa que la margen derecha, se la concedieron a grandes trozos, a los principales personajes que acompañaron al Rey Aragonés en la reconquista de Elche, lo mismo que las casas de la "Vila". A esta parte del campo de Elche se le conocía como el Franc, por estar libre de impuestos.

Durante los 344 años que los árabes vivieron en el Arrabal o "Aljama" con una cierta independencia de los cristianos, rigiéndose por sus propias leyes y practicando su propia religión, que era el islamismo, aunque siempre bajo la férula de los cristianos, a quienes estaban obligados a pagar tributos. Disponían de su propia mezquita, donde celebraban sus actos religiosos, con arreglo a los preceptos del Corán.

Los árabes eran laboriosos, austeros y morigerados en sus costumbres y formas de vivir y los cristianos les encargaban llevar a cabo los trabajos más pesados o desagradables, que rehuían hacer ellos.

A partir de los reinados de los Reyes Católicos, se acentuó en España la intransigencia religiosa y se trataba por todos los medios de obligar a los árabes a que se bautizaran y abrazaran la religión cristiana, pero sin resultados prácticos, pues querían mantenerse fieles a su fe y a sus creencias ancestrales. En vista de ello, el Rey Felipe III, el 22 de Septiembre de 1609, ordenó su expulsión de todos los territorios españoles en el plazo de pocos días. Tanto fue así, que el sábado 3 de Octubre salieron todos los árabes de Elche, camino de Santa Pola, donde embarcaron en veinticinco galeras que les llevó a las costas africanas. En este viaje de exilio les acompañó Jorge de Cárdenas, Señor de Elche por aquellos días.

Según lo que disponía la pragmática Real que regulaba esta expulsión, los árabes solo polían sacar del país aquellos objetos que pudieran llevar consigo, dejándose todo lo demás. Todas estas propiedades abandonadas por los moriscos, pasaban a formar parte de los Señoríos correspondientes, donde estuvieran ubicadas, que podrían disponer de ellas a su libre albedrío. En el caso concreto de Elche, las tierras del "Magram" y las casas del Raval, pasaron a ser propiedad de la familia Cárdenas.

En su consecuencia, a primeros de Enero de 1911, los administradores del Señor de Elche, empezaron a ceder todas las propiedades abandonadas por los árabes, por el sistema de enfiteusis, a todas aquellas personas que estuvieran interesadas en su adquisi-

ción, fueran o no ilicitanas. A tal efecto, redactaron un contrato-marco, idéntico para todos los enfiteutas, donde solo había que consignar el nombre y las señas del adquiriente y el número de tahullas de tierra adquirida, cuando se trataba de propiedades rústicas o la descripción de las casas, cuando se trataba de propiedades urbanas.

Todos estos contratos-marco empezaban de la misma manera: "Jorge de Cárdenas Manrique, Duque de Maqueda, Marqués de Elche, Conde de Valencia y de Treviño...". A continuación se especificaba el motivo por el que se cedían estas propiedades, diciendo... "por haberse quedado despobladas mis Villas de Aspe, Crevillente y la Universidad de San Juan".

También se decía en estos contratos que lo que se cedía era "... el Util dominio de las haciendas, tierras, casas de Arrabal, etc".

Previamente a la cesión, se fijaba el valor en metálico de las fincas cedidas en enfiteusis en estas condiciones, y sobre el valor establecido, el enfiteuta se obligaba a pagar, "para siempre jamás" una cantidad anual que consistía en "seis dineros por libra del valor asignado a la propiedad rústica y cuatro dineros por libra en el valor asignado a las casas". Estos pagos se hacían en dos plazos: la mitad en San Juan, la otra mitad en Navidad.

La valoración de estas propiedades se hacía en libras, sueldos y dineros, que eran las monedas corrientes a la sazón.

Como curiosidad reproducimos el primer contrato de estas características que se formalizó a nombre de Pedro Esteban Martínez y que correspondía a una casa en el Arrabal valorada en 132 libras, una parcela de tierra plantada de olivos, valorada en 12 libras la tahulla, medio hilo de agua de Marchena valorada en 85 libras y una parcela de tierra de "medianos" en 5 libras la tahulla.

En estos contratos había otras cláusulas que especificaban las obligaciones que adquirían los enfiteutas respecto al Dominio Directo y las penas en que incurrían en el supuesto en que no las respetasen.

Las condiciones que se especificaban en estos contratos de enfiteusis, eran diferentes a las establecidas en la colonización de "Els Carrisals", detalladas en otro capítulo de este libro, pues mientras en "Els Carrisals" los enfiteutas pagaban al Dominio Directo en especies, mediante un porcentaje determinado de las cosechas obtenidas, aquí se pagaba en dinero metálico, mediante unos baremos de valoraciones.

De tiempo en tiempo, el Dominio Directo realizaba lo que se llamaban "cabreus", que no era otra cosa que lo que hoy entendemos por censos catastrales. En estos "cabreus" se realizaban nuevas valoraciones, actualizándolas a cada momento y se comprobaban los lindes de las propiedades, para saber con exactitud lo que cada enfiteuta tenía que pagar al Dominio Directo. (Todos estos datos y otros muchos de menor relevancia, los entresacó el autor en los documentos que le vendió al Ayuntamiento de Elche, la familia de Gómez Brufal, que fue el administrador del último Señor de Elche, documentos que se conservan en el Archivo Municipal, y que tuvimos el honor de ser la primera persona que los consultó, después de adquirirlos el Ayuntamiento).

Los derechos y potestades del Dominio Directo quedaron anuladas con arreglo a los preceptos de la Constitución de Cádiz de 1812, en que se abolían los Señoríos y sus prerrogativas. Lo de "para siempre jamás" solo fue una expresión que no se cumplió después en su literalidad.

A mediados de 1611, Jaume Torres Martín adquirió por el sistema de enfiteusis varias parcelas de tierra que totalizaban una extensión de doscientas veinte tahullas y cuatro hilos de agua de Marchena. Cuarenta tahullas de estas tierras estaban plantadas de olivos y las ciento ochenta restantes, eran tierras campas o de sembradío.

Estas tierras lindaban por el norte con el camino de Orihuela, que era a la sazón la principal vía de comunicación que enlazaba Elche con la ciudad orcelitana, en la margen derecha del barranco de los Arcos.

Jaume Torres Martín era un próspero comerciante de aceites y jabones y pertenecía a una familia de alcurnia que estaba muy bien considerada por la nobleza de Elche. Vivía en la "Vila", en una casa que compraron sus padres veinte años antes, cuando se trasladaron a vivir a Elche, procedentes de Valencia, de donde eran oriundos.

Unos años antes, había comprado también al sur de la población, una casona rural con un huerto de palmeras y treinta tahullas de olivar. Esta finca se regaba con las aguas de la Acequia Mayor, a través del partidor de Alborrocat. Estas compras eran una demostración de que sus negocios marchaban bien y que iba incrementando, poco a poco, su patrimonio particular, con la adquisición de nuevas propiedades.

Por eso, cuando los moriscos fueron expulsados, quiso com-

prar una parte de sus tierras abandonadas, aunque en este caso solo adquiriese el Dominio Util de las mismas.

Tan pronto firmó los contratos de adquisición, construyó una casa en el centro de las propiedades adquiridas, a la que se accedía por una entrada de nueva construcción de unos doscientos metros de larga, que partía del camino de Orihuela. El nuevo dueño de estas propiedades introdujo muchas modificaciones en la configuración de los bancales.

Uno de los hombres que estuvo trabajando como peón en la construcción de la vivienda, era Batiste Mollá García, que estaba casado y a la sazón tenía treinta y cinco años. Cuando se terminó la construcción de la casa, Jaume Torres le propuso a Batiste que él y su mujer se vinieran a vivir a la casa recién construida, y que a partir de entonces, sería una especie de encargado o administrador de estas propiedades, con una buena retribución económica, que les permitiera vivir con holgura a él y su familia. Batiste aceptó gustoso la oferta y tan pronto la casa estuvo en condiciones trasladaron los muebles y se instalaron en ella. Con este traslado de residencia y esta nueva ocupación, su situación económica y familiar mejoró bastante. Podían criar animales domésticos para su propio consumo y de los productos de la finca podían abastecerse de todo lo necesario para la comida diaria de todo el año. Así es que en la compra de alimentos no tenían que gastarse ningún dinero, lo que les suponía una ventaja substancial respecto a las otras familias de los alrededores.

Como Jaume Torres disponía de recursos económicos, y era además un ferviente enamorado del campo y la agricultura, se volcó en sus nuevas propiedades rústicas, llevando a cabo muchas mejoras estructurales en las mismas, para hacerlas más rentables. Por eso, a pesar de que disponía de cuatro hilos de agua de Marchena, (veinticuatro horas), que compró junto a la tierra, y que esa cantidad de agua podía regarla cada treinta y cuatro días y medio, en una tantas establecidas desde tiempo inmemorial, quiso aprovechar también las aguas de aluvión que discurrían por el barranco de los Arcos, cuando se producían fuertes lluvias tormentosas, que en aquellos tiempos ocurría con una cierta frecuencia. A tal efecto, construyó una rafa en dicho barranco, a la altura del camino de Crevillente, para que el curso del agua se embalsara un poco. Y a partir de esa presa, en la margen derecha del barranco construyó un azud de unos dos kilómetros de largo y con una capacidad de unos setecientos

litros de agua por segundo, hasta llegar a sus tierras, después de cruzar el camino de Orihuela por dos puntos diferentes. De esta manera, las primeras tierras que se regaban con las aguas de aluvión del barranco de los Arcos, eran las suyas, pues esta presa era la primera que existía en este barranco.

Como complemento de todas estas obras de encausamiento de las aguas de aluvión, en la parte más alta de la propiedad, construyó una balsa de dos mil metros cuadrados y dos metros de profundidad, en la que podía embalsar cuatro mil metros cúbicos de agua, para regular estos riegos.

Pero las mejoras que introdujo en estas propiedades aun llegaron más lejos, ya que tan pronto terminó las obras de infraestructura del regadío, cercó toda la propiedad con una pared de dos metros y medio de alta y cuarenta centímetros de grosor, a base de piedra y argamasa, para evitar, en todo lo posible, que penetraran en sus propiedades personas extrañas que circulaban por los dos caminos que delimitaban estas tierras, por el sur y el norte de las mismas, con lo que se evitarían posibles sustracciones de frutos y cosechas.

Esta verja de obra de mampostería, sería tal vez el primer antecedente histórico, de las numerosas verjas que hay en la actualidad, delimitando infinidad de propiedades rústicas del campo de Elche, particularmente, en los "chalets", que de unos años a esta parte se han construido gentes de la población, como segundas viviendas y que quieren aislarse de las fincas colindantes, como si estuvieran en su castillo particular.

Los auténticos agricultores de entonces, tampoco hacían estos cerramientos, ya que preferían vivir más intercomunicados entre sí, pero Jaume Torres no era tampoco un profesional de la agricultura, aunque fuera un gran terrateniente.

Después de construir esta pared que cercaba la propiedad, a esta finca se le empezó a llamar "El Sercat" de Torres, nombre que ha llegado hasta nuestros días, y por el que se le conocía en todo el campo de Elche.

Tanto la rafa del barranco, el azud que partía de la misma, la balsa y los cimientos de la verja de piedra, están visibles aun en nuestros días, como mudos testigos de una finca de las más grandes, mejor cultivadas y más carismáticas de lo que fue el antiguo "Magram" o Huerta de los Moros, entre los siglos XIII y XVII.

Un vez terminada toda esta serie de obras, después de realizar



Casa Grande de Asprillas

grandes inversiones, por parte de Jaume Torres, que como se ha visto, no reparaba en gastos, con tal de mejorar la finca, y bajo la atenta mirada de Batiste Mollá, plantó cincuenta tahullas más de olivar y veinte tahullas de granados. Estaba claro que los olivos eran los árboles preferidos de Jaume Torres, pues no en vano había sido toda la vida comerciante en aceites y jabones y sentía predilección por estos árboles, que producían la materia prima de los objetos que comerciaba.

Las tierras de Jaume Torres siempre estaban bien cultivadas, ya que todas las labores se realizaban a su debido tiempo. De ahí que en "El Sercat" habían varios hombres trabajando a jornal todos los días del año. Unos labraban la tierra, (en la finca había varias caballerías de labor, con todos los aperos y herramientas necesarias, para hacer los trabajos precisos, en cada momento), otros segaban las mieses en el mes de Mayo o "es carmondaban" los árboles en los meses de Invierno, etc. Para la recogida de la aceituna, se empleaban mujeres, durante los meses de Octubre, Noviembre y Diciembre, por que cobraban menos jornal que los hombres y hacían el mismo trabajo. Y todas estas labores, las coordinaba y vigilaba Batiste Mollá, a plena satisfacción del dueño de la finca, que le tenía en gran aprecio por su eficacia y diligencia y, por lo tanto, él no tenía que preocuparse para nada en lo que se relacionara directamente con el cultivo de estas tierras.

Batiste Mollá estuvo viviendo en "El Sercat" hasta que murió a la edad de setenta y cinco años. Después de su muerte, ya nada fue igual en la finca de "El Sercat", a la que él había dedicado la mayor parte de su vida, con más interés, si cabe, que si hubiera sido propia y no de otra persona como era el caso.

Los herederos de Jaume Torres fueron perdiendo interés por estas tierras, que con tanta ilusión había comprado su antepasado y que había hecho grandes inversiones en la misma, en los primeros años de su posesión.

El paso de los años había deteriorado la casa que no se restauró nunca, hasta el extremo de hacerla inhabitable y la cerca de piedra empezó a desmonorarse hasta caerse a pedazos. La piedra de estas ruinas, se la llevaron poco a poco los vecinos para emplearla en otras construcciones nuevas. De la pujanza y prosperidad de "El Sercat" ya no quedaba nada en aquella finca semiabandonada y cultivada a medias.

La Constitución de Cádiz de 1812, abolió los Señoríos y, a partir de esas fechas, los enfiteutas de 1611, recobraron el pleno dominio de sus propiedades, librándose de las servidumbres que habían pesado sobre ellos durante doscientos años.

Unos años después, los descendientes de Jaume Torres, vendieron "El Sercat" al dueño de otra gran finca colindante, que era uno de los mayores terratenientes de Elche.

En 1943 (durante la Guerra Civil estuvo controlada por el Ayuntamiento de Elche) "El Sercat" se fraccionó en trozos de diez a veinte tahullas cada uno, que compraron los propios agricultores. En la actualidad, en lo que fue "El Sercat" hay doce viviendas todas habitadas.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

LA SEQUIA, UN MAL ENDEMICO DE ELCHE

Hasta principios del presente siglo, las tierras del campo de Elche, en su inmensa mayoría, eran tierra de secano y, como tales, las cosechas que aquí se producían, en mayor o menor cantidad, estaban siempre supeditadas a que lloviese en el momento oportuno y en la cantidad apropiada.

Si tenemos en cuenta que la pluviometría en toda esta comarca, se ha movido siempre alrededor de los doscientos setenta litros de agua por metro cuadrado y año, de media, con la particularidad de que la mayor parte de esas lluvias proceden de fuertes tormentas que ocasionan inundaciones y torrenteras, llegaremos a la conclusión de que los agricultores ilicitanos estuvieron siempre condicionados, en su trabajo diario, por una meteorología, que en la mayoría de los casos, se mostraba poco propicia, e incluso, muy adversa a sus intereses profesionales.

Y eso fue así, porque además de darse aquí esas medias de lluvias tan bajas, convirtiendo al sur de la provincia de Alicante en una zona de las más secas de la España peninsular, se produjeron con mucha frecuencia largos períodos de una terrible sequía, en que las lluvias brillaban por su ausencia.

En esta cuestión, como en otras muchas cosas relacionadas con el desarrollo histórico del pueblo de Elche, a lo largo de los siglos, las únicas referencias escritas de que disponemos, las encontramos en las actas de las reuniones plenarias del Ayuntamiento, a partir de finales del siglo XIV, ya que de antes de esas fechas, no se conserva ninguna en el Archivo Municipal.

Por orden cronológico, la primera referencia que encontramos en estas actas relacionadas con la sequía, data de 1401, ya que en la del 14 de Junio de dicho año, el Ayuntamiento tomó el acuerdo de hacer procesiones tres días seguidos, como rogativas para que lloviese.

Aquellos primeros años del siglo XV, debieron de ser sumamente secos, puesto que el 27 de Mayo de 1420, el Ayuntamiento de Elche tomó el acuerdo de mandar un escrito a los Ayuntamientos de Aspe, Novelda, Villena y Sax, solicitando ayuda y colaboración con el fin de iniciar los trámites pertinentes encaminados a trasvasar aguas "del Xúquer al Vinalopó", para poder regar las resecas tierras del campo de Elche. Este fue el primer intento que se llevó a cabo de trasvasar aguas del Júcar al sur de la provincia de Alicante, intento que se repitió posteriormente en varias ocasiones a lo largo de los siglos, siempre con el mismo resultado negativo, ya que los valencianos se opusieron siempre frontalmente a estos intentos de trasvases, alegando que "el Xúquer no t'aigües de sobra".

Fue aquella una larga serie de intentos fallidos tendentes a poner remedio a una situación angustiosa, que se agudizaba aun mas, en esos largos períodos de sequía, que como una maldición bíblica, se sufrieron en toda esta zona de cuando en cuando, que tantos estragos y quebrantos ocasionaba a los agricultores ilicitanos.

Trece meses después de este primer intento de trasvasar aguas del Júcar al Vinalopó, como el tiempo continuaba sin llover, el Ayuntamiento acordó hacer rogativas de nuevo, sacando a la Virgen a la calle en procesión, implorando su intercesión para que lloviese lo antes posible y remediase la angustiosa situación que se padecía por la sequía.

Fracasados todos los intentos de conseguir trasvasar aguas del Júcar al Vinalopó, aunque fuera en los meses invernales, cuando sus caudales eran mayores y los sobrantes iban a parar al mar, cuando los ilicitanos veían peligrar sus cosechas, por falta de agua, no les quedaba otra alternativa que sacar los santos a la calle en rogativas



Sequía Encarnà

para que lloviese, después que el Ayuntamiento, como representante de todos los ilicitanos, tomase un acuerdo en ese sentido. Esa fue una constante invariable a lo largo de los siglos, cuando la sequía hacía su aparición. La Corporación Municipal, haciéndose eco del sentir general de la colectividad, impregnada de una profunda religiosidad, y ante la miseria y la estrechez en que se desarrollaba, por falta de lluvias, hacia lo único que podía: acordar que se sacaron los santos a la calle en rogativas.

El segundo tercio del siglo XV fue también excesivamente seco, como lo demuestra que en el espacio de dieciocho años que van de 1448 a 1466, se sacaran los santos a la calle en rogativas en diez ocasiones.

En 1457, la situación alcanzó tal gravedad que "por falta de lluvias, no se disponía de la harina necesaria para que pudiera comer la población".

En 1459, los tres días seguidos de rogativas que se acordó llevar acabo, se hicieron "para que lloviese y se acábese la langosta", que azotaba estos campos, durante los veranos.

Las plagas de langosta, que fueron muy frecuentes en el campo de Elche, en los pasados siglos, siempre se producían en las épocas de mayor sequía y que causaban grandes estragos en la agricultura, al no existir, en aquellos tiempos, métodos eficaces para combatirla y erradicarla. De esta manera, las plagas de langosta, constituían un quebranto añadido a los daños que ocasionaba la sequía, y que siempre se encontraban íntimamente relacionadas entre sí.

El siglo XVI, debió ser más lluvioso que el anterior, ya que durante el transcurso del mismo, en las actas del Concejo no existe ninguna referencia a la sequía. Lo mismo ocurrió en el siglo XVII, pues solo hay una referencia en el acta de fecha 24 de Julio de 1689, que debió ser muy seco, en que se acordó "hacer un funeral para acudir en auxilio de los vecinos que sufrían extrema necesidad, por carecer de cosechas, debido a la esterilidad reinante".

En cambio, el siglo XVIII fue tan seco o más que el siglo XV, ya que desde 1701 hasta 1804, existen en las actas de los cabildos, cuarenta referencias a la sequía, correspondientes a otros tantos años. En todos estos Cabildos se tomaron acuerdos de hacer rogativas, sacando los santos a la calle en procesión para que lloviese.

Durante este siglo XVIII, hubo períodos muy largos de sequía, que por orden cronológicos fueron los siguientes: Uno que duró 14

años, entre 1727 y 1741. Otro de 20 años, comprendidos entre 1763 y 1783. Un tercero de 4 años entre 1786 y 1789. Y por último, un cuarto período comprendido entre 1797 y 1804, es decir, ocho años seguidos.

Algunos de estos largos períodos de sequía debieron ser sumamente calamitosos, particularmente, al final del siglo, puesto que el día 6 de Mayo de 1791 se dice: "por la pertinaz sequía, principia la emigración de gente jornalera y algunos hacendados".

Entrelazados entre estos largos períodos de sequía, se producían algunas lluvias torrenciales que ocasionaron cuantiosos daños e inundaciones, como las que tuvieron lugar el día 31 de Octubre de 1751, que ocasionó grandes desperfectos en el Puente de la Virgen, y la producida el día 8 de Septiembre de 1793, que se llevó la presa del Pantano de Elche y que estuvo a punto de derrumbar el Puente de la Virgen.

Por su proximidad en el tiempo, en el siglo XIX, que también fue muy seco, es cuando se tienen más referencias escritas sobre la sequía y sus calimitosas consecuencias. Ya los primeros cuatro años del siglo fueron muy secos, como hemos expuesto en páginas anteriores, hasta el extremo de que a los agricultores se les condonó el pago de las contribuciones rústicas por ese motivo. Lo mismo ocurrió en 1811, que fue un año excesivamente seco, como lo fueron 1821, 22, 25, 27, seis años muy calamitosos por la escasez de lluvias, en una tendencia creciente a medida que avanzaba el siglo, que iba empeorando la situación, que alcanzó su máximo exponente en los años 1846, 47, 48, 49 y 50. En estos últimos cinco años, la sequía fue tan extrema que obligó a emigrar a una gran cantidad de ilicitanos, ya que aquí no había ni cosechas, ni trabajo, ni comida, que había que traer de otras comarcas.

En las actas del Concejo de esos años, hay muchas referencias hablando de esa cuestión. Así, en la del día 5 de Abril de 1842, "se pedía confeccionar una relación completa de familias que habían emigrado de Elche, a causa de la sequía, desde el año anterior hasta la fecha".

De la misma manera, en la del 20 de Mayo de 1847, se relataba que "la emigración que se ha observado en el transcurso de los últimos cinco años, a la cual se han visto obligados los habitantes de este país, por la miseria que les afligía, ha sido muy grande". Y en la del 13 de Septiembre de 1849, se podía leer que "no se pueden

reparar los caminos del término por falta de jornaleros, en razón de haber emigrado la mayor parte de ellos por la sequía.

También Alejandro Ramos en su HISTORIA DE ELCHE, pp. 232 y 233, dice a este respecto que, "solo desde Mayo de 1949 a Junio de 1850, se expidieron 2839 pasaportes para el interior y 143 para el extranjero, pidiéndose exenciones de contribuciones rústicas".

"En 1850, se eleva una súplica a S. M. la Reina, pintándole el deplorable estado de Elche, a causa de la atroz sequía, que persiste ya más de diez años. Se ha perdido el arbolado y el viñedo. El hambre es atroz, en todos los habitantes, los que se ven obligados a emigrar casi en masa...".

El tener que emigrar, para poder subsistir, en unas circunstancias tan lamentables, traumatizaba mucho a todas aquellas familias que se veían obligadas a abandonar su casa y sus pertenencias, puesto que aquí ni había trabajo, ni medios de vida, a causa de la pertinaz sequía.

Uno de los agricultores ilicitanos que tuvieron que abandonar el campo de Elche, en busca de trabajo, fue Gasparo Botella Castell, que en Julio de 1848, cogió el barco en el puerto de Alicante y se fue a Argelia, junto con otros muchos ilicitanos que tuvieron que emigrar también, para poder sacar adelante a sus familias. En aquellas fechas tenía cuarenta años y vivía en la partida del Pusol, desde que se casó, diez años antes, con Teresa Guilabert. En esos momentos, tenían un hijo de siete años y una hija de cuatro. Los últimos seis años habían sido muy difíciles y lo habían pasado muy mal, ya que el campo estaba semiparalizado por la sequía y resultaba muy difícil encontrar trabajo en la agricultura. Llegó, incluso, en algunas ocasiones a desplazarse todos los días a pie a la huerta de Dolores, a ocho kilómetros de distancia, pues había algunos días que allí se encontraba trabajo, al ser terrenos de regadío, que producían cosechas, con una cierta regularidad. Pero resultaba muy fatigoso recorrer a pie todos los días dieciséis kilómetros, en viajes de ida y vuelta, para hacerlo de una forma seguida. No obstante, había más oferta de trabajadores del campo de Elche, que trabajo disponible.

Así las cosas, llevaba ya muchos meses dándole vueltas en la cabeza la idea de emigrar, pero se resistía a poner en práctica este proyecto, consciente de lo que significaba abandonarlo todo: su casa, su familia, sus amistades... y marchar a la aventura, a un país desconocido, al otro lado del mar, sin saber que le esperaba a su llegada,

y sin conocer tampoco la lengua que allí se hablaba. Pero no tenía otra opción, y cuando por fin se decidió a dar el salto, lo primero que hizo fue hipotecar para un plazo de cinco años y por una cantidad de veinticuatro mil reales, su casa de campo y las cinco tahullas de tierra, con algunos arbolados que tenía a su alrededor. De esos veinticuatro mil reales, él se reservó cuatro mil para los gastos del viaje y lo que le pudiera ocurrir a partir de esos momentos, y los otros veinte mil se los dio a su esposa, para que pudieran comer ella y sus dos hijos, durante su ausencia.

El día señalado para la partida, él y dos vecinos más, compañeros de aventura, a las cuatro de la madrugada, salieron a pie, por el Camino Viejo hacia Alicante. Como único bagaje llevaba un poco de ropa, un par de alpargatas de suela de cáñamo y cara de lona blanca, un pan cocido por su mujer en el horno de casa, de harina de cebada, unos frutos secos y una botella de agua, para beber durante la travesía. El bagaje de sus dos compañeros de fatigas eran poco más o menos el mismo.

Caminaron casi sin detenerse el largo recorrido y a la diez de la mañana llegaron al puerto de Alicante, después de un fatigoso viaje de seis horas, caminando a pie. Sacaron los pasajes marítimos hasta Oran y subieron al barco que zarpó a las cuatro de la tarde, y después de una travesía de treinta horas llegaron a Oran al anochecer del día siguiente. Como el mar estaba encalmado, el viaje fue tranquilo y no tuvo ningún contratiempo. El pasaje que sacaron era de cubierta, y por lo tanto hicieron todo el viaje a la intemperie y tumbados por los rincones, sin ninguna comodidad.

Después de llegar a Oran, tuvieron que pasar dos semanas hasta que encontraron trabajo, a pesar de que lo buscaron desde el día siguiente de su llegada, en todos aquellos lugares que suponían podrían encontrarlo.

Los tres iban juntos a todas partes. De esta manera, en un país desconocido, se sentían más seguros y protegidos. Además, podían hablar entre sí en valenciano. De esa manera sentían menos nostalgia de todo lo que habían dejado en Elche y les hacía menos mella el mal de ausencias que produce el alejamiento de los seres queridos.

Al cabo de unos días, un colono francés, que poseía grandes propiedades rústicas a sesenta kilómetros de Oran, les ofreció trabajo a los tres, para hacer labores agrícolas en sus propiedades. Como había mucha oferta de trabajadores, los jornales eran muy bajos: la

manutención, el acomodo por las noches, en la misma finca y unos cuantos francos diarios. Trabajaban todos los días de la semana, sin respetar domingos ni días festivos. El poco dinero que ganaban, lo guardaban franco a franco, para cuando volvieran a sus casas, y a que tanto lo precisaban.

Así estuvieron tres años seguidos en Oran, al cabo de los cuales, regresaron a Elche, para pasar unas semanas en sus casas, con la promesa del colono francés de admitirlos de nuevo si decidían volver a Oran, puesto que estaba muy a gusto con ellos.

Cuando Gasparo Botella regresó a su casa del Pusol, llevaba cuarenta mil reales en moneda española, después de haber cambiado en la aduana de Alicante, la moneda francesa que traía de Argelia.

Lo primero que hizo cuando llegó a Elche, fue deshipotecar anticipadamente su casa y sus cinco tahullas de tierra, para recuperar su pleno dominio, liberándose de esa pesada carga que suponía la hipoteca.

La sequía aun continuaba azotando el campo de Elche, lo mismo que antes de emigrar, pero no quiso ausentarse de nuevo, a pesar de que en Oran tenía trabajo asegurado. Ya conocía la triste experiencia que supone el ausentarse de casa, en esas tristes circunstancias.

Con el poco dinero que tenía ahorrado y algún trabajo esporádico que pudiese encontrar, resistirían estoicamente, hasta que mejorasen las circunstancias y se normalizase la situación, que tardó un tiempo en producirse, después de muchos años de calamidades.

Después de unos años muy lluviosos, a principios de los sesenta, hubo otro período de sequía muy calamitoso, según las referencias de Pedro Ibarra, cuando dice refiriéndose al año 1861: "Hace catorce meses, poco más o menos, que la Divina Providencia ocultó su protectora mano para la infortunada Villa de Elche, y por consecuencia ha traído la emigración de un gran número de habitantes, partiendo unos para los suelos africanos y otros para el de España, solo con el interés de proporcionarse su alimento y el de su familia. Desde los últimos meses del año anterior, hasta hoy 28 de Mayo de 1861, cuéntase el número de 1.300 almas que han marchado a tan lejanos países. La sequía fue tan larga y absoluta, que por falta de agua para beber, murieron muchas caballerías".

La última referencia que se tiene de la sequía en los últimos años del siglo XIX, la encontramos en el acta del Concejo del 14 de Abril de 1887, en la que dice: "Por la extrema sequía que se padece,

se eleva un informe al Gobierno, pidiendo la condonación de la contribución rústica", como se había hecho anteriormente, en varias ocasiones.

Lo mismo que ocurrió en los siglos XV, XVIII y XIX, los principios del siglo XX fueron también sumamente secos. Si bien los seis primeros años llovió algo, del 1907 al 1914 se produjo otra vez una sequía casi absoluta en toda esta comarca, hasta el extremo de que en los secanos cerealíticos ilicitanos, no se cosechó nada durante estos siete infaustos años. Y como consecuencia de este largo período de sequía, se produjeron de nuevo en el campo de Elche, lo mismo que ocurrió en el siglo anterior, muchas penalidades por causa de la falta de lluvia, que afligía a toda la comarca. Y como en los pasados tiempos, en las actas del Ayuntamiento, que siempre fueron el fiel reflejo de todo lo más importante que ocurría en la población, también habían referencias escritas relacionadas con la sequía. Así, en la del Cabildo del día 8 de Marzo de 1913, se refleja la difícil situación por la que pasaba el campo de Elche, cuando dice: "Por los caminos tan solo transitan algunos carritos que van y vienen al pueblo a cargar agua para beber. Y no pocas labradoras a llevar y traer labores alpargateras. Gracias a la industria cañamera, pueden comer hoy algunos cientos de familias campesinas. Y el cielo sin llover. Se han secado todos los sembrados".

Siempre las mismas penalidades, los mismos sufrimientos, las mismas penosas historias, a causa de una meteorología adversa, de una escasez de lluvias que ponía al campesino ilicitano al borde de la desesperación.

Así las cosas, en 1910 Toni Campello Blasco vivía en Baya Baja, con su esposa y un hijo de doce años, en una casa que heredó de sus padres y quince tahullas de tierra "blanca" a su alrededor. Hacía tres años que las cosechas de cereales habían sido prácticamente nulas, y lo estaban pasando muy mal, como casi todas las familias campesinas. Pero se resistía a emigrar en busca de trabajo, como hicieron otros muchos agricultores por aquellos años, pues nunca había salido de Elche y marcharse ahora a lejanas tierras, le parecía una empresa muy complicada y superior a sus fuerzas. Pasaría por todas las penalidades que hicieran falta, pero no estaba dispuesto a emigrar y abandonar su casa.

Como en el campo no había ninguna clase de trabajo, a través de un personaje importante con quien le unía una cierta amistad,

consiguió ocuparse él y su hijo en las salinas de Santa Pola, en las tareas de la recolección y manipulación de la sal. Estos trabajos eran muy pesados, sobre todo, para un chico de pocos años, y además, los sueldos que se pagaban eran muy bajos. Pero como no había otra alternativa donde elegir, y la necesidad era mucha, transigieron en todo y aceptaron el trabajar en la salina. Lo peor que tenía este trabajo, al margen de que se pagase mejor o peor, era que estaba situado a siete kilómetros de su casa, y todos los días tenían que recorrer catorce kilómetros en viajes de ida y vuelta, de su casa a la salina, por la mañana y por la tarde, del trabajo a su casa. Esto suponía un cansancio añadido al que producía una agotadora jornada de trabajo. Pero cuando el hombre actúa impulsado por una necesidad apremiante y obligado por unas circunstancias adversas, se adapta a cualquier situación, por penosa que sea, y es capaz de realizar los mayores sacrificios, si está en juego su propia supervivencia, particularmente, si es joven y se encuentra en la plenitud de sus facultades físicas y mentales. En esas circunstancias, la resistencia de la persona es francamente increíble. Y eso no lo sabrá nunca, hasta que tenga la oportunidad de ponerlo a prueba, Entonces comprobará de que es capaz y hasta que límites puede llegar.

Toni Campello y su hijo estuvieron trabajando en la salina de Santa Pola hasta 1915, año en que terminó la sequía y empezaron a recogerse cosechas de nuevo en la tierras del campo de Elche, que habían estado siete años inactivas por falta de lluvia.

En ese año de 1915, coincidieron en el campo de Elche dos hechos venturosos: el final de la sequía y la terminación de las obras de canalización de El Progreso, en su segunda fase, y por consiguiente, el inicio de la distribución de las aguas de riego, por el sistema de bombeo, de los sobrantes de las Pías Fundaciones del Cardenal Belluga, en diez mil hectáreas de tierras al sur del término municipal ilicitano, cambiando por completo el panorama agrario del campo de Elche.

Estos regadíos se ampliaron ochos años después hasta casi duplicar su extensión, a través de la Real Compañía de Riegos de Levante, que con aguas de la misma procedencia, puso en regadío cuarenta mil hectáreas de tierra de diez términos municipales del sur de la provincia de Alicante.

Con la llegada de las aguas de El Progreso, a esas diez mil hectáreas de tierras del campo de Elche, los agricultores ilicitanos,

ya podían plantar cualquier variedad de cultivo, tanto arbóreo como hortícola, sin tener que estar siempre pendientes de las nubes, ya que podían regar cuantas veces tuvieran necesidad de ello. Y en las quince tahullas, de Toni Campello Blasco reverdecían las berengenas, las habas, el maíz, los melones, etc. Y él y su hijo, tenían trabajo todos los días, en sus tierras propias o en las de sus vecinos, preparando los bancales para plantar los cultivos de cada temporada o recogiendo las cosechas que esos cultivos producían. Ya había trabajo para todos y aumentó mucho la riqueza del campo de Elche, que se había convertido de secano en regadío, aunque estas aguas fueran de sobrantes, no siempre seguras, y además había que pagarlas a unos precios preestablecidos. De todas formas, los beneficios que proporcionaron estas aguas al campo de Elche, fueron inmensos.

La motivación que nos ha impulsado a incluir en este libro de las HISTORIAS DEL CAMPO DE ELCHE, un capítulo que trata de las prolongadas sequías que se han padecido en estas comarcas, a lo largo de los siglos, y sus funestas consecuencias en la agricultura ilicitana, obedece a que esta cuestión está de palpitante actualidad en estos momentos, ya que llevamos cuatro años seguidos (1990, 91, 92, 93 y la mitad del 94), que han sido sumamente secos, hasta el extremo de que cada año que pasa llueve menos, y por consiguiente, el agotamiento de los recursos hídricos del Segura y del Tajo, han llegado a unos niveles tan bajos como no se habían conocido desde hace ya muchos años, interrumpiéndose los riegos tradicionales y los trasvases Tajo-Segura, de una manera casi generalizada y absoluta. Los daños en la agricultura murciana y en la del sur de la provincia de Alicante por esta causa, en estos momentos, ya son cuantiosos, y de continuar por estos derroteros algún tiempo más, van a ser catastróficos, como no se habían conocido desde hace ya muchos años.

En este verano de 1994, por sus elevadas temperaturas y por la carencia absoluta de lluvias, desde hace ya muchos meses (estamos hoy a 15 de julio), se están produciendo en el campo de Elche cuantiosas pérdidas en la agricultura, pérdidas que se van a incrementar aun más si no se remedia la situación en un corto espacio de tiempo.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

LA COLONIZACION DE BALSA LLARGUERA O CARRISALS

Cuando el día 4 de Abril de 1748 se publicó la Real Cédula por la que el Rey Fernando VI facultaba a Francisco Ponce de León, Duque de Arcos y Señor de Elche, a colonizar los almarjales del sur del término municipal, que hasta entonces habían sido tierras comunales pertenecientes al Señorío Real, y que se llamaba Valsa Llarguera o Carrisals. Esteve Martínez Ruiz vivía en una casa rural de la partida del Derramador. Alrededor de la casa tenía cuarenta y cinco tahullas de tierra blanca con unas cuantas higueras y algunos olivos dispersos por sus bancales. Tanto la casa como la tierra, las había heredado de sus padres hacía dieciocho años. Desde entonces el producto de esas tierras había sido su único medio de vida.

La casa, era una típica vivienda rural del campo de Elche, de una sola planta, orientada hacia el sur, con tejado cubierto de tejas de cerámica que vertían las aguas de lluvia en dos direcciones, (hacia el norte y hacia el sur) y las paredes eran de piedra de cantera rejuntada con cal blanca.

En la parte delantera de la casa, como ha sido siempre costumbre en el campo de Elche, había una espaciosa "porxá", en cuyo

rincón de poniente, se cobijaba el carro y algunos otros enseres de labranza, y en la parte trasera había un amplio corral, cubierto en parte, donde estaba la cuadra para las caballerías de labor y otros animales domésticos.

En el interior de la casa, entrando a la mano izquierda, había un aljibe, a donde iba a parar el agua de lluvia del tejado, que se utilizaba solamente para beber las personas y demás usos domésticos. A este aljibe, solo se le echaba agua entre los meses de Octubre y Abril, y ya cuando el tejado estuviera bien limpio. De no haberlo hecho así, el agua se hubiera deteriorado, haciéndola inservible para los fines a que se destinaba.

Delante de la vivienda, había un pozo de diez metros de profundidad, donde afloraba agua subterránea algo "salmaya", que se empleaba para beber las caballerías y regar algunas plantas ornamentales más resistentes.

Las vigas de todo el edificio, eran de madera de olivo, de una rectitud algo irregular, pero muy resistentes y duraderas al paso de los años.

En la parte este y junto a la casa, estaba la era donde se trillaban las mieses de trigo, de cebada y de avena, en los meses más calurosos del verano. La superficie de la era tenía una ligera pendiente hacia el sur, para cuando lloviese las aguas fueran a parar a un pequeño jardín, donde había un limonero, varios naranjos y otros frutales que proporcionaban frutas frescas para consumo familiar. Si el año era lluvioso, las frutas eran abundantes. Por el contrario, si el año era seco, (lo que ocurría con demasiada frecuencia), los frutos eran escasos o incluso, nulos.

Estas tierras de Esteve Martínez, estaban dentro de la zona regable de la Marchena, a través del "Bras de l'Horta", pero al estar tan alejadas de la población, con acequias de tierra muy largas, apenas se podían regar, por que los escasos caudales se perdían por el camino, antes de llegar a su punto de destino.

Estas tierras podían regarse también con las aguas de aluvión que discurrían por la Rambla, a través del azud de los Comunes, cuando llovía torrencialmente, cosa que solía ocurrir muy de tarde en tarde. Por consiguiente, estas tierras eran prácticamente de secano, y por lo tanto, la abundancia o escasez de las cosechas obtenidas, siempre estaban en función de que lloviese con más o menos abundancia durante el año.

Al iniciar este relato, Esteve Martínez Ruiz tenía cincuenta años y hacia veinte que se había casado con Rosa Sempere, que de soltera vivía en el Pusol. El matrimonio había tenido tres hijos varones, cuyas edades oscilaban entre los veinte y los doce años. Los tres trabajaban en la agricultura, ayudando a sus padres en el cultivo de la tierra, que constituía su único medio de vida, para ganarse el sustento de cada día.

Rosa aportó al matrimonio su propia herencia paterna, consistente en veinticinco tahullas de tierra campa, situada en la partida del Pusol, de donde procedía. Así, en conjunto, la familia Martínez tenía un patrimonio global de setenta tahullas de tierra de secano. Demasiado poco para los tres hijos, que al cabo de pocos años se irían independizando al formar sus propios núcleos familiares y querer formar una hacienda propia a cada uno de ellos, y poder vivir del producto de su trabajo.

Por eso no es de extrañar que tan pronto el Duque de Arcos terminó los trabajos de la colonización "dels Carrisals", y empezó a ceder estas tierras colonizadas por el sistema de enfiteusis, Esteve Martínez adquirió dos parcelas de cien tahullas cada una en la cuadra de Vistabella, que era la que le paraba más cerca de su casa. Lo hizo así por entender que era la única forma de poder adquirir en propiedad nuevas tierras, pensando en el futuro de sus hijos, sin desembolsar dinero en metálico, aunque en realidad solo adquiría el Dominio Util de las mismas. Pero a efectos de cultivarlas y recoger sus frutos, podía hacerlo sin ninguna cortapisa, siempre y cuando entregase al Dominio Directo determinadas cantidades en metálico y en especies.

La colonización de Balsa Llarguera se lleva a cabo como un acto reflejo de la realizada por el Cardenal Belluga al suroeste del término municipal de Elche, en lo que se denominaron las Pías Fundaciones, en territorios "d'Orihola" unos años antes.

El Cardenal Luis Antonio Belluga, además de un alto dignatario de la Iglesia, era así mismo militar, o al menos ocupó también altos cargos en las fuerzas armadas de aquel entonces.

Durante la Guerra de Sucesión, tomó parte activa a favor de la causa borbónica, interviniendo con las fuerzas que capitaneaba, en la Batalla de Almansa, intervención que fue decisiva en el desenlace de la guerra a favor de los Borbones. Como premio a estos servicios, el Rey Felipe V, primero de la nueva dinastía reinante, le nom-

bró Capitán General de Valencia y Murcia, siendo al mismo tiempo Obispo de la Diócesis de Cartagena-Murcia.

Pero además de todos estos privilegios, le concedió la potestad de colonizar los almarjales que había en la desembocadura del río Segura. De esta manera, nacieron las Pías Fundaciones y la creación de los pueblos de Dolores, San Fulgencio y San Felipe Neri, que se ubicaron en las tierras colonizadas. La Cédula Real por la que se autorizaba al Cardenal Belluga a colonizar estos almarjales, llevaba la fecha del 13 de Mayo de 1745. Las tierras colonizadas por el Cardenal Belluga, tenían una extensión aproximada de 4.800 hectáreas.

Unos años después, Fernando VI, que había sucedido en el trono de España a su padre, Felipe V, hizo lo propio con el Duque de Arcos, con el fin de colonizar Balsa Llarguera, que hasta entonces habían sido tierras de propios, pertenecientes al Señorío Real. En ambos casos, las Cédulas Reales eran casi idénticas, no solo en el número de cláusulas, sino también en su contenido programático.

La Real Cédula que especificaba las condiciones por las que tenía que regirse la colonización "dels Carrisals", tenía 36 cláusulas y la de las Pías Fundaciones 35. Entre las principales obligaciones que tenía que asumir el Duque de Arcos en esta colonización, era que tenía que aportar de su propio patrimonio, el solar suficiente para levantar un pueblo en la sierra del Molar, que se llamaría San Francisco de Asís, donde los enfiteutas, en el plazo de tres años, se construirían sus propias viviendas, para habitar en ellas, renunciando a sus viviendas anteriores, en el supuesto que las tuvieran.

Como hemos dicho antes, estos almarjales pertenecían al Señorío Real, y previa a la colonización, el Rey le otorgó al Señorío de Elche la jurisdicción sobre las mismas, que equivalía a un título de propiedad. Seguidamente, el Duque las amojonó, dilimitando su extensión y empezaron los trabajos de colonización.

Las tierras colonizadas por el Duque de Arcos tenían una superficie de 9.566 tahullas, divididas en ocho cuadras, bautizadas con los siguientes nombres: Costera Barracas, Vista Bella, Checa, Orilla del Molar, Razo de la Mata, Punta Barraca, Enmedio y Maestre. Estos nombres han llegado hasta nuestros días.

Las principales condiciones que tenían que aceptar los enfiteutas para acceder al Dominio Util de estas tierras, además de establecer su vecindad en San Francisco de Asís, eran las siguientes: entregar

al Dominio Directo la sexta parte de todos los productos cosechados, tanto arbóreos, hortícolas como ceralísticos, excepto de la barrilla, el salicor y el aguazul, que tenían que entregar la cuarta parte. Además de esta entrega anual en especie, tenían que pagar también un real de vellón por tahulla, para contribuir a la conservación de los puentes y de los cauces mayores, que corrían a cargo del Dominio Directo. En cuanto a la conservación y limpieza de los cauces menores, corrían a cargo de los enfiteutas.

En cuanto a los pastos, eran propiedad exclusiva del Dominio Directo que cobraba por ellos a quienes los aprovechasen, una cantidad determinada, en concepto de arrienco.

En cuanto a cultivos arbóreos, los enfiteutas solo podían poner tres variedades: moreras, olivos y viñedos, de los cuales tenían la obligación de plantar la tercera parte del terreno adquirido, dentro de un plazo de cuatro años. No obstante, en los márgenes y motas, podían plantar olmos, membrilleros u otros frutales cualquiera.

Los enfiteutas no podían vender ni enajenar las propiedades adquiridas, sin la autorización expresa del Dominio Directo. También se obligaban a bien cultivar la tierra, "a uso y costumbre de buen labrador", y a conservar las viviendas en buen estado. También se obligaban a no vender, enajenar o ceder sus propiedades, directa o indirectamente, a Comunidad u Obra Pía, ni fundar en ellas capellanías, mayorazgos ni otras disposiciones perpetuas. Tampoco podían abrir en San Francisco de Asís almazaras, tahonas, tiendas, carnicerías, etc. Esta clase de establecimientos solo los podía abrir el Dominio Directo.

Por cada cien tahullas de tierra que adquiriese el enfiteuta, tenía derecho a tres tahullas más para construirse una barraca y producir legumbres para consumo humano o pastos para las caballerías de labor. Estas tres tahullas no tenían que darle al Dominio Directo ningún porcentaje de los productos que se cosechasen, aunque sí, tenían que contribuir con un real de vellón cada una para los gastos de mantenimiento.

En un principio, el número de enfiteutas era de ochenta y dos, con una media de 116'50 tahullas cada uno. El mayor propietario tenía 447 tahullas.

Como se ha dicho anteriormente, los enfiteutas tenían la obligación de construirse viviendas en San Francisco de Asís en el plazo de tres años y avencindarse allí. Pero Esteve Martínez iba demo-

rando el cumplimiento de esta obligación, que era la tónica general, en la mayoría de los casos. Por otra parte, en los primeros años surgieron muchos problemas para poner en producción las tierras colonizadas, hasta el extremo de tener que pedir otra moratoria de veinte años, en el pago de impuestos añadida la moratoria por el mismo plazo de años, que ya figuraba en una de las cláusulas. Después se concedió una tercera prórroga de diez años más, hasta que se normalizó la situación.

Pasados unos años, cuando se casaron sus dos hijos mayores y se independizaron de sus padres, Esteve Martínez les cedió, al cincuenta por ciento a cada uno las tierras de Vistabella, para que las cultivaran ellos por su cuenta y riesgo. También les construyó una vivienda espaciosa en San Francisco de Asís, para que vivieran los dos juntos. El hubiera querido construirles una casa a cada uno, pero como iba escaso de dinero, se tuvieron que conformar con una sola para los dos, de momento.

Al hijo más pequeño le dejó en herencia las setenta tahullas de tierra del Derramador y del Pusol y la casa solariega, que ya había pasado de padres a hijos, a lo largo de tres generaciones.

Después de muchos años, de un trabajo constante y sacrificado, había logrado uno de los objetivos que se había marcado en la vida: dejar en herencia a sus tres hijos, tierras propias suficientes para poder formar su propia explotación familiar, trabajando por cuenta propia y una casa donde vivir. Ahora ya podía morir tranquilo, cuando Dios quisiera, pues sus tres hijos ya tenían los pies firmemente asentados en tierras de su propiedad, que les servirían de base para cultivarlas y poder mantener a sus propias familias y trabajar con absoluta independencia.

El amor y el apego a la tierra, ha sido en todas las épocas, una de las principales características de los agricultores ilicitanos. A esa tierra, amor de sus amores, a la que siempre vivieron apegados como lapas, a pesar de que con demasiada frecuencia, encontraban muchas dificultades para poder vivir del producto de su trabajo, por una meteorología no siempre propicia, particularmente, en lo que a la pluviometría se refiere.

Previo al inicio de los trabajos de colonización "dels Carrisals", por parte del Señorío de Elche, los representantes del Duque de Arcos y del Cardenal Belluga, se pusieron de acuerdo para delimitar los territorios de Elche y de Orihuela, trazando una línea recta

que serviría de linde territorial entre ambos términos municipales. Y sobre esta línea divisoria construyeron un azarbe de drenaje que bautizaron con el nombre de Convenio, en referencia al acuerdo previo establecido entre ambas partes.

A partir de esos momentos, se construyeron a lo largo y ancho de toda la Balsa Llarguera una tupida red de regaderas, avenadoras, azarbetas, escorredores, etc. por donde discurrirían las aguas de riego y de drenaje, para poder poner en cultivo las cerca de diez mil tahullas de tierras colonizadas, tierras que se regarían con las aguas sobrantes de las Pías Fundaciones, como se especificaba en las cláusulas de la Real Cédula.

Los enfiteutas, que en su inmensa mayoría procedían del mismo campo de Elche, al adquirir estas nuevas tierras con posibilidades de regarlas, aunque fuera con aguas de sobrantes, mejoraron mucho su situación, pues el resto de las tierras ilicitanas, en su inmensa mayoría, eran tierras de secano, con cosechas inciertas y supeditadas a que lloviese oportunamente y en cantidad suficiente, lo que siempre resultaba problemático.

En las nuevas tierras plantaron olivos y viñedos, (lo de las moreras, cuyas hojas sirven de alimento a los gusanos de seda, se plantaron más en las Pías Fundaciones que en "els Carrisals"). De esa manera, tenían asegurada la cosecha de aceite y de vino para el consumo familiar, comercializando los sobrantes. Y sobre todo, tenían asegurado el trigo para panificar y la cebada y la paja para alimento de las caballerías de labor, cosa que no ocurría siempre en las tierras de secano. Esta situación duró hasta principios del presente siglo, cuando se iniciaron los riegos en el campo de Elche con aguas dulces elevadas por el sistema de bombeo, procedentes, precisamente, de los mismos sobrantes de las Pías Fundaciones.

En cuanto al caserío de San Francisco de Asís, no tuvo nunca una completa aceptación por parte de los enfiteutas, que se mostraban reticentes a vivir allí, como hemos dicho anteriormente. De ahí que apenas alcanzase los cien vecinos, en la época de su máximo esplendor, a principios del siglo XIX. Esta decadencia de San Francisco de Asís culminó en los años ochenta del siglo pasado, cuando los Carrizales estuvieron inundados durante varios meses como consecuencia de las copiosas lluvias caídas durante 1804, que originaron grandes torrenteras en el Vinalopó y en el Segura. Las aguas estancadas por estas inundaciones dieron pie a una fuerte epidemia

de fiebres palúdicas que obligaron a los habitantes del caserío a abandonar sus viviendas a las que no volvieron nunca y se fueron derruyendo poco a poco hasta convertirse en un solar.

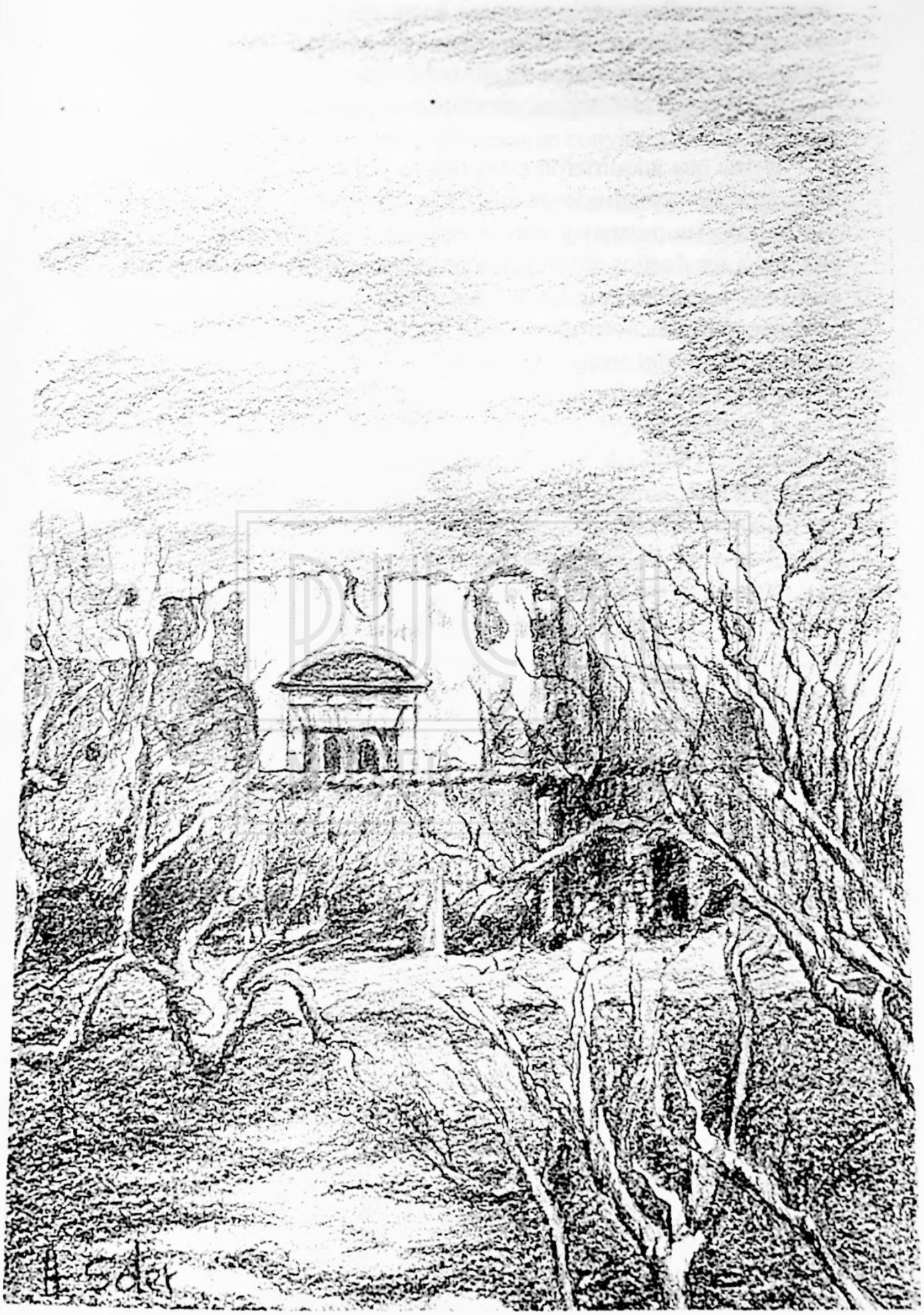
En la actualidad, de lo que fue el caserío de San Francisco de Asís, solo quedan en pie los muros semiderruidos de lo que fue la iglesia del lugar, (construida entre 1791 y 1793) y los de una casa solariega adosada a la misma, con unos alrededores convertidos en tierras cultivables, como lo fueron siempre, hasta la colonización.

Cuando se abandonó por completo San Francisco de Asís, la imagen de este santo la trasladaron a la ermita que construyeron en la pedanía colindante de la Marina, siendo en la actualidad el Patrón de la misma.

Como simple curiosidad diremos que en el año 1813, San Francisco de Asís pidió la independencia jurisdiccional del Ayuntamiento de Elche. A tal efecto, en el acta del Cabildo Ordinario del 20 de Enero de 1813, se dice textualmente: "Se ha visto el expediente de las varias representaciones hechas por varios moradores del caserío y el partido de San Francisco de Asís, dirigidas a la Diputación Provincial del Reino, relativas a los deseos de que se forme pueblo separado de la jurisdicción de esta villa, fundadas las solicitudes en lo prescrito en los artículos de la Constitución Española acuerda el Cabildo que este expediente pase para evacuar informe, que pide su Excelencia a los Señores Alcalde D. José María Perpiñán y Procurador Síndico D. Carlos Brú y dicho lo devuelva al Cabildo, para conocimiento del mismo".

La figura jurídica de la enfiteusis, que arranca desde la Grecia Clásica, quedó legalmente abolida a consecuencia de la desamortización de principios de siglo XIX. No obstante, los enfiteutas de Carrizales, continuaron entregando al Dominio Directo la sexta parte de las cosechas obtenidas. (La barrilla, el salicor y el aguazul dejaron de cultivarse cuando aparecieron en el mercado las sosas cáusticas y su aplicación en la fabricación de jabones). Esta servidumbre desapareció hace poco más de medio siglo, al dejar de existir el Dominio Directo.

Los descendientes del Duque de Arcos, vendieron el Dominio Directo que ejercían sobre los Carrizales a D. Manuel García de la Prada, el 20 de Febrero de 1808, ya que les resultaba muy gravoso y problemático el mantenimiento de los compromisos adquiridos ante los enfiteutas. El último dueño de este privilegio fue D. Carlos



Restos de la iglesia de El Molar

Amorós González, que lo mantuvo hasta 1942, en que los enfiteutas, a través del Grupo de Colonización nº. 15, de reciente creación, redimieron esta anacrónica servidumbre que pesaba sobre sus tierras desde hacía dos siglos, mediante el pago de 18 pesetas por tahulla.

Desde que adquirieron estas tierras por el sistema de enfiteusis, hasta que las redimieron en 1942, solo eran dueños del Dominio Util de las mismas y con la anulación del Dominio Directo, pasaron a ser dueños absolutos, a todos los efectos. Desde esas fechas, los gastos de mondas y mantenimiento de los cauces, tanto mayores como menores, los pagan íntegramente los dueños de las tierras, a través del antiguo Grupo de Colonización nº. 15, que posteriormente se transformó en comunidad de regantes.

A partir de la tercera década del presente siglo, cuando casi la totalidad del campo de Elche se podía regar con aguas dulces distribuidas por El Progreso y Riegos de Levante, los agricultores ilicitanos que tenían tierras en Carrizales, empezaron a perder interés por ellas y las iban dejando incultas poco a poco. Esta abandono fue casi total después de la Guerra Civil Española. Entonces surgieron algunos especuladores que compraron muchas tahullas de tierra abandonada e inculta, a unos precios sumamente bajos, en plan de inversión y a la espera de su revalorización.

Fue por esos años cuando los descendientes de Esteve Martínez, que ya hacía más de medio siglo habían abandonado su vivienda de San Francisco de Asís, y vivían de nuevo en el Derramador, cerca de la casa solariega de sus antepasados, vendieron las doscientas tahullas de tierra de la cuadra de Vistabella, después de haber sido dueños de ellas durante cerca de dos siglos. Las doscientas tahullas las vendieron por ciento doce mil pesetas.

Entre los años 1920 y 1922, la Real Compañía de Riegos de Levante, construyó el canal principal que de sur a norte, cruza por el centro de los Carrizales, y que discurre desde la desembocadura del Segura, en las proximidades de Guardamar, hasta la altura de Crevillente. De este canal principal salen los canales menores hacia levante y hacia poniente, por los que se distribuye las aguas elevadas a todo el sur de la provincia de Alicante. Del canal principal salen algunos partidores por los que se puede regar parte de los Carrizales.

En la actualidad, los Carrizales continúan sin cultivarse casi en

su totalidad. Y cosa insólita, se han construido algunas viviendas, a pesar del peligro de inundaciones que siempre conlleva el estar situadas en la desembocadura del Vinalopó, mientras no se realice el proyecto de canalizar esta desembocadura hasta el mar. De momento, es solo un proyecto que esperamos se convierta en una realidad en un breve plazo.

Los dueños actuales de las tierras de Carrizales, en su inmensa mayoría, no tienen ninguna relación con los antiguos enfiteutas, ya que compraron sus tierras hace pocos años. Por otra parte, hoy cada uno puede plantar el cultivo que quiera, como en el resto del campo de Elche, pero en realidad, los cultivos que más abundan en el día de hoy, son los hortícolas y los herbáceos, particularmente alfalfa y algodón.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

LLUVIAS TORRENCIALES

A pesar de que la comarca de Elche, con una pluviometría media que oscila alrededor de los doscientos setenta litros de lluvia por metro cuadrado y año, y que por lo tanto, es una de las más secas de la España peninsular, de cuando en cuando, se han producido algunas lluvias tormentosas que ocasionaron grandes daños materiales en el campo y la población, a causa de las inundaciones y de torrenteras. La meteología en esta zona costera del mediterráneo, siempre se caracterizó por largos períodos de sequía, salpicados por algunas lluvias tormentosas. Casi todas estas fuertes lluvias se produjeron durante el Otoño, que fue siempre la estación más lluviosa de esta comarca, cuando tienen lugar esos fenómenos meteológicos que los meteorólogos denominan "gota fría". Esas "gotas frías" que provocan fuertes tormentas con gran aparato eléctrico y copiosas lluvias, suelen producirse, en la mayoría de los casos, en las zonas costeras mediterráneas, aunque también se han producido en las costas cantábricas.

La última lluvia tormentosa de estas características, tuvo lugar el día 20 de Octubre de 1982. Ese día cayeron en Elche, en el plazo

de pocas horas, más de cien litros de agua por metro cuadrado, pero en las comarcas del Vinalopó Alto y Medio, se alcanzaron hasta los trescientos litros. Tal cantidad de lluvia, en tan poco tiempo, dio origen a que la Rambla alcanzase un caudal impresionante, como no se había conocido desde hacía mucho tiempo, Una riada tan fuerte originó grandes inundaciones en toda la zona de su desembocadura, particularmente en la pedanía de Carrizales, donde se perdieron por completo todos los cultivos herbáceos que habían plantado en aquellos momentos.

Uno de los más perjudicados por estas inundaciones fue Andreu Candela Pomares, que tenía en Carrizales cien tahullas de algodón.

Andreu Candela vivía en Daimés, y aunque solo tenía treinta tahullas de tierra propia, alrededor de su casa, todos los años plantaba mucho algodón en tierras arrendadas, casi siempre en Carrizales. Lo hacía así porque en Carrizales el agua de riego es gratis en tiempos normales, aunque a veces, cuando estas aguas escasean, las compraba de Riegos de Levante, que se las servían por los partidores que salen del Canal Principal.

Por esta tierra arrendada, y para una sola cosecha, Andreu Candela pagó dos mil pesetas por tahulla. Como no había existido hasta entonces contratiempos significativos, durante el período vegetativo de las plantas, las cosecha de algodón ese año fue muy buena.

Desde hacía muchos años, él entregaba la fibra en los almacenes que tiene la Cooperativa Levantina, junto a la carretera del León.

Entre el arriendo de la tierra y demás gastos de cultivo de las cien tahullas de algodón, Andreu Candela había hecho una inversión de dos millones y medio de pesetas, que tuvo que solicitar prestadas a un Banco por no disponer de fondos para hacerle frente a todos estos gastos, mediante un préstamo de campaña por un plazo de nueve meses.

Cuando se produjo la lluvia el 20 de Octubre, los algodonales empezaban a blanquear por una fibra que se mostraba impoluta en los primeros capullos que se abrían en un estado de madurez. Aquello, más que una promesa de cosecha, era una realidad tangible que ya estaba al alcance de la mano, después de cinco meses de gestación.

Para tres días después tenía comprometida una cuadrilla de hombres y mujeres para empezar la recolección de la fibra. El compromiso era par toda la campaña, en un trabajo a destajo, pagando una cantidad determinada, convenida previamente, entre ambas par-



Derrama del río Vinalopó

tes, por cada kilo de algodón recolectado. Al final de cada día, se pesaban los kilos de fibra recogidas por cada miembro de la cuadrilla, para saber el dinero ganado por cada uno de ellos. Y finalizado el trabajo, Andreu Candela cargaba el algodón en la furgoneta y lo llevaba a los almacenes que la Cooperativa Levantina tiene junto a la carretera del León. Pero en el año 82, desgraciadamente, la cosecha de algodón se truncó en ciernes, se le malogró por completo cuando ya la tenía al alcance de la mano.

A consecuencia de aquellas copiosas lluvias, los Carrizales estuvieron inundados durante varios días. Y cuando por fin Andreu Candela pudo llegar hasta sus algodonales, éstos presentaban un aspecto desolador, por la gran cantidad de agua y barro que había pasado por encima. Prácticamente, la cosecha la perdió por completo, lo que supuso para él un enorme quebranto económico, del que tardó varios años en reponerse.

Lo que ocurrió a Andreu Candela le pasó también a otros agricultores ilicitanos que se vieron igualmente perjudicados a consecuencia de las inundaciones, que afectaron no solo a los Carrizales, sino también a otras zonas de la desembocadura de la Rambla y otros barrancos.

En cambio, para el resto de los agricultores que no se vieron afectados por las inundaciones, aquellas lluvias fueron muy beneficiosas, ya que les proporcionaron a sus tierras y cultivos, humedad suficiente para varios meses, sin necesidad de riego.

Noventa y ocho años antes, es decir en Abril de 1884, como consecuencia de las fuertes lluvias caídas en toda esta zona, tanto el Vinalopó como el Segura, se salieron de madre, inundando toda la Vega Baja y los Carrizales, que estuvieron bajo el agua por espacio de varios meses, perdiéndose todos los árboles que había en este territorio, ya que por exceso de humedad se pudrieron las raíces.

Ramonico Espinosa Mateu tenía ciento cincuenta tahullas de viña de vinificación en Carrizales, entre la vereda de Roc Pérez y la carretera de Elche a Dolores. Esas ciento cincuenta tahullas las adquirió su bisabuelo, por el sistema de enfiteusis, en los primeros años de la colonización. Como su bisabuelo procedía del término de Alicante, se construyó una casa en San Francisco de Asís, a donde se fue a vivir él y su familia, tan pronto finalizó su construcción.

En esa misma casa había vivido también su abuelo y su padre, quien se la legó a Ramonico, junto con la tierra, como herencia cuando murió. La casa ya había sido reparada en varias ocasiones, para corregir los deterioros ocasionados por el transcurrir del tiempo.

Ramonico Espinosa y su familia estaban muy bien considerados entre los escasos vecinos que quedaban en San Francisco de Asís, siendo una de las pocas familias que habían permanecido en el lugar, ininterrumpidamente, durante cuatro generaciones, desde aquellos primeros tiempos de la colonización. Durante esos ciento treinta años, habían vivido relativamente bien del producto de su trabajo, cultivando estas tierras que antes de estar plantadas de viñedos, las dedicaron al cultivos de los cereales.

Cuando diez años antes plantó las ciento cincuenta tahullas de viña, montó en su casa una pequeña bodega, con todos los aperos necesarios para pisar la uva y convertirla en vino, después de entregarle al Dominio Directo la sexta parte de la cosecha. Después, al pasar unos meses, vendía el vino a los comerciantes del ramo, que lo distribuían por las tiendas de los pueblos limítrofes de la Vega Baja.

En aquellos tiempos, las dos partidas rurales del campo de Elche que producían más vino, eran Matola y Carrizales. Matola, al ser tierra más arenosa y de secano, los viñedos producían menos kilos de uva, pero el vino resultante era más fuerte y de mayor graduación.

En cambio, en Carrizales, al ser tierra de regadío y más húmeda, las cepas producían más uva, pero el vino tenía menor graduación y mayor frescura, aunque la uva era de la misma variedad: "monastrell".

Ramonico Espinosa, lo mismo que sus antepasados, era un agricultor laborioso y modélico, que se esmeraba mucho en el cultivo de la tierra y hacía todas las labores con esmero y a su debido tiempo.

Cuando se inundaron los Carrizales, sus viñedos formaban una superficie verde y lozana, un mar de sarmientos nuevos de treinta centímetros de largos. El Invierno había sido templado y las cepas adelantaron algo su nueva vegetación, como un venturoso presagio de espléndida cosecha.

Alrededor de los viñedos plantó una hilera de olivos y en los márgenes de algunos escorredores plantó también membrilleros y otros árboles frutales. Y todos estos árboles y arbustos lucían hufamos

sus nuevos tallos, rindiéndole tributo a la Primavera, que ese año había tempraneado un tanto.

Durante muchos días, los Carrizales estuvieron convertidos en un auténtico lago, y por encima de las aguas solo se veían las copas de los olivos. Como no se podía caminar a pie por estas tierras inundadas, la primera visita que realizó a sus propiedades, después de la inundación, la hizo en una pequeña barca de remos, acompañado de un vecino que tenía también tierras colindantes con las suyas. Estas barcas se las facilitaban los pescadores de Santa Pola.

Cuando pasaron por encima de sus viñedos, las cepas eran solo manchas obscuras en el fondo de las aguas sucias.

Los árboles se secaron todos y las tierras encenagadas fueron improductivas durante muchos meses, hasta que se pudieron cultivar de nuevo, después de recobrar su estado natural. El carrizo, el junco y otras plantas que proliferan en la humedad, se enseñorearon de todos los bancales y después hubo que hacer continuas labores de cultivo para erradicarlas.

A consecuencia de las inundaciones, se corrompió toda la materia orgánica, originándose males olores y una gran proliferación de mosquitos, que propiciaron una epidemia de fiebres tifoideas en una amplia zona. Estas fiebres, dieron pie a que los pocos vecinos que aun vivían en San Francisco de Asís, abandonaron el lugar para siempre, entre los que estaba Ramonico Espinosa y su familia, que se trasladaron a vivir a Elche, dedicándose a otros menesteres, después de dejar incultas y abandonadas sus tierras de Carrizales.

Al cabo de unos años, Carrizales recobró una relativa normalidad, pero ya nada fue lo mismo que antes de la inundación. Muchos enfiteutas abandonaron sus propiedades para siempre, ya que al beneficio de tener agua de riego, se oponía el perjuicio latente que siempre existía cuando se producían grandes avenidas de agua por la Rambla, cuya desembocadura nunca estuvo, convenientemente, canalizada hasta el mar, para evitar estas calamitosas inundaciones, como la que tuvo lugar en el Primavera de 1884.

A lo largo de los siglos, y desde que se tienen referencias escritas, se han producido en la comarca de Elche muchas lluvias tormentosas en las que han caído grandes cantidades de agua en un

corto espacio de tiempo, pero cuando se habla de tempestades, siempre se hace referencia a la que se desencadenó la noche del seis al siete de Diciembre de 1853. Durante todo el día seis, estuvo lloviendo, bonanciblemente, con gran contento de los agricultores que veían como la tierra, agradecida se esponjaba gozosamente al contacto del agua benefactora, que favorecía la germinación de las semillas cerealísticas que se habían sembrado unos días antes. Pero a medida que se acercaba la noche, la lluvia se iba intensificando más y más, hasta alcanzar extremos preocupantes.

Emegdio Augusto Santamaría que fue testigo presencial de aquellos acontecimientos, escribió después un opúsculo titulado ELCHE Y LA TEMPESTAD, relatando todo lo que ocurrió en nuestra ciudad aquella noche de triste memoria: "Son las diez y sigue lloviendo de un modo horroroso, cuando de repente, viene a aumentar la consternación un agudo trueno, es la señal del reto que lanza la tempestad... El cielo está tan obscuro como el porvenir, la cercana nube con su sorda voz parece aullar al profundo".

"A los pocos instantes, principia el fuego de la escaramuza de la tormenta. Las débiles mujeres, llenas de religiosa fe invocan a todos los Santos, encienden velas y agitan la camanilla de Loreto para ver de conjugar la tempestad, pero, ya es tarde: esta se ve suspendida, precisamente encima de la infeliz población, sobre ella ha extendido sus negras alas, aparentando quererla cobijar, para luego a su sabor, hincarle sus garras... Ha llegado el momento de la desolación... la rojiza luz del relámpago ilumina el firmamento, mil detonaciones se suceden con horrorosa precipitación, el mar de agua y las gruesas piedras y granizo que arrojan las nubes, azotan las puertas y las paredes y asuela los terrados. A las palmeras y elevados picos de los edificios, les acomete el rayo. ¡Aciaga noche! La tormenta sigue horas y horas...".

"Cada calle es un río de agua cenagosa que inunda las casas hasta más de un metro de elevación". ¡Cuanto horror! Los habitantes de estas casas, al verse así inundadas suben azarosas a los pisos altos, abren sus balcones y angustiados gritan: "¡Socorro".

Hasta aquí un breve resumen del relato de Santamaría.

¿Cuántos litros de agua por metro cuadrado caerían esa noche sobre Elche? ¿500, 600, 800? Nunca se sabrá, ya que entonces no

había aun pluviómetros instalados en Elche. Estos recipientes para medir la lluvia, se instalaron en Elche unos años después. De todas formas, aquello fue un auténtico diluvio que causó en la población y en el campo cuantiosos daños y destrozos.

Sigamos la narración de Santamaría: "¡Cesó la tempestad! El resplandor del sol empieza a disipar las sombras de la noche... el cielo ostenta el manto azul, pero manchado de algunas blancas nubes que lentamente pasan y repasan, sin alejarse jamás, cual si fueran fantasmas que sellan una tumba".

"Sobre aquel Elche que ayer se mostraba radiante de alegría y sobre sus campos cubiertos de verdor, ahora se extiende un sudario... una noche le ha bastado para cambiar de aspecto, con solo algunas horas ha pasado del ser a la nada".

"Elche se despide del mundo y se engalana con una blanca mortaja... Efectivamente, una capa de hielo se extiende sobre la población: patios, terrados, calles, plazas, todo está cubierto de granizo, las masas que de él se han formado, en algunos sitios tienen más de un metro de espesor, por lo que muchas calles se encuentran totalmente obstruidas".

Si cuantiosos fueron los daños en la población, donde se derrumbaron infinidad de viviendas, no lo fueron menos en el campo, donde todos los barrancos y torrenteras llevaban gran cantidad de aguas desbordadas, que arrastraban todas las cosas que encontraban a su paso, derribando las casas menos resistentes... Aquello fue un auténtico desastre, sin precedentes de esa magnitud. Desaparecieron márgenes, caminos y cauces de riego que quedaron obstruidos por el ímpetu de las aguas desbordadas.

Después del desastre, tuvieron que pasar muchos meses para reconstruir todas las infraestructuras agrícolas destrozadas por el empuje de las aguas caídas aquella noche de triste memoria.

Lógicamente, los Carrizales se inundaron y algunas personas que se quedaron aisladas en los tejados de las casas, tuvieron que ser rescatadas en pequeñas barcas de remos. Uno de los hombres que más se distinguió en estas labores de rescate fue el cura de San Francisco de Asís, según el relato de Emigdio Santamaría.

Desde el día siguiente al de la tragedia, y a petición del Ayuntamiento de Elche, el Gobernador Civil de Alicante se volcó en una

campaña de ayuda a esta población tan duramente castigada, empezando con el envío de grandes cantidades de harina, para que pudieran comer los afligidos ilicitanos. También encabezó una subscripción popular para recoger fondos en metálico. Esta subscripción publicada en el B.O.E. alcanzó la cantidad de 10.853 reales, y a ella contribuyeron tanto personas particulares como personalidades públicas y entidades y organismos oficiales. Hubo otras aportaciones posteriores que se contabilizaron después y que no figuran en esta relación inicial.

El Ayuntamiento también se dirigió a la Reina en petición de ayuda y protección, en un largo escrito en el que se detallaban exhaustivamente los cuantiosos desperfectos ocasionados por las aguas.

Esta catástrofe natural que sufrió Elche, tuvo una gran resonancia en todo el país, ya que de ella se hicieron eco todos los medios de comunicación de ámbito nacional.

Dos semanas después de la noche triste, se reanudaron las lluvias sobre Elche, durante varios días, pero ya no fueron tan intensas ni devastadoras como lo fueron las de la noche del seis al siete de Diciembre.

Y a todas estas calamidades hubo que añadir otra, dos meses después, concretamente, el día seis de Febrero, a las ocho y media de la mañana, cuando se produjo un fuerte terremoto que hizo temblar todos los edificios que quedaron en pie después de las lluvias. Este temblor de tierra, causó mucho temor en la población, particularmente, en las personas mayores, que aun tenían presente en la memoria aquel otro gran terremoto que se produjo en 1829, y que derrumbó por completo varios pueblos de la Vega Baja, entre los que se encontraban Almoradí y Torrevieja.

¡Cuantos trabajos y cuantos esfuerzos colectivos tuvieron que hacer los ilicitanos, para recomponer el deteriorado casco urbano y las estructuras agrarias arruinadas por la tempestad!

Retrocediendo en el tiempo ciento dos años, el día 31 de Octubre de 1751, y a consecuencia de unas torrenciales lluvias caídas sobre Elche y toda su comarca, la Rambla sacó tal cantidad de agua que estuvo a punto de derrumbar el Puente de la Virgen, que con un

solo ojo se construyó a principios de ese mismo siglo. Cuatro años después de esta fuerte avalancha de agua, empezó su reconstrucción, al quedar prácticamente, inutilizado por la riada. Se le añadió un nuevo ojo a la parte de poniente y se construyó un tajamar entre ambos ojos. También se construyeron dos hornacinas, una a cada lado del puente. En la de la parte norte colocaron una imagen de la Virgen de la Asunción y en la de la parte sur a San Agatángelo, Patrón de Elche. Bajo estas dos hornacidas, colocaron sendas placas metálicas, donde se detalla los daños causados por aquella tremenda riada. En la colocada bajo la hornacida de la Virgen, se puede leer la siguiente inscripción: "El día 31 de Octubre de 1751, se vio venir por este torrente tan gran avenida de agua que llegó a pasar por encima del antepecho de este puente, llevándose la mitad de él y otros destrozos que hizo, arruinando todas las presas que le cruzan para el riego de esta huerta: 42 casas, 8 almazaras, 1 fábrica de jabón, 5 huertos de palmeras y diferentes árboles con otros efectos, llegando esta desgracia a la cantidad de 87.648 libras y 4 dineros, hecho el aprecio por peritos, como consta en el Archivo de la Villa".

En la otra placa situada bajo la hornacina de San Agatángelo, colocaron la siguiente inscripción:

"El 4 de Enero de 1755 se acordó el reparar de las ruinas que tuvo este puente en el año 1751. Se le añadió segundo ojo y se le puso cadena al de levante. Construyéronse los dos tajamares y capillas. Se fabricó esta obra desde el 28 de Marzo de dicho año 1755, hasta los últimos de Septiembre de 1756. Su coste fue de 5.587 libras y lo que ayudaron los vecinos con el porte de la mayor porción de materiales".

Las inscripciones de estas dos placas aportan los suficientes datos para tener idea de la magnitud de aquella riada y de los daños que ocasionó en la misma estructura del puente y en los terrenos ribereños de la Rambla.

Cuarenta y dos años después, concretamente el 8 de Septiembre de 1793, hubo otra gran riada que arrancó las soleras del puente de la Virgen y le causó grandes desperfectos en su estructura. Esta misma riada, fue la que se llevó la presa del pantano de Elche, ciento treinta años después de su construcción. Esta presa no fue reconstruida

hasta mediados del siglo diecinueve, en su actual estructura.

Se tienen también referencia escritas de otro período de lluvias continuadas que se produjeron en Elche en 1672, aunque en este caso, al parecer, no se trató de lluvias tormentosas y pasajeras, sino de un temporal prolongado que duró desde Enero hasta Mayo de ese año 1672. Aquellas lluvias persistentes, deterioraron tanto las paredes y la techumbre de Santa María, que hubo que derrumbarla por completo y levantarla de nuevo en el mismo solar. En esta reconstrucción se empleó, la friolera de tiempo de ciento once años, ya que el templo de Santa María, tal como hoy la conocemos, se inauguró el día 3 de Octubre de 1784.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

EL DESPEGUE DE TORRELLANO

Cuando en 1884, la Compañía de los Andaluces construyó el ferrocarril de Alicante a Murcia, en lo que es hoy el caserío de Torrellano, solo habían algunas casas rurales diseminadas, rodeadas de tierra de labor con algunos arbolados. No obstante, construyeron allí una estación, con todas sus dependencias, tal vez por ser un punto equidistante entre Elche y la capital de la provincia. Aparentemente, esa estación de F. C. no tenía justificación en aquellos momentos, al no existir un núcleo de población consolidado en sus cercanías, pero tal vez la empresa constructora consideró que los veintidós kilómetros que separan Elche de Alicante era un trayecto demasiado largo para que no existiera una estación intermedia, habiendo unos campos muy productivos, a pesar de ser tierras de secano.

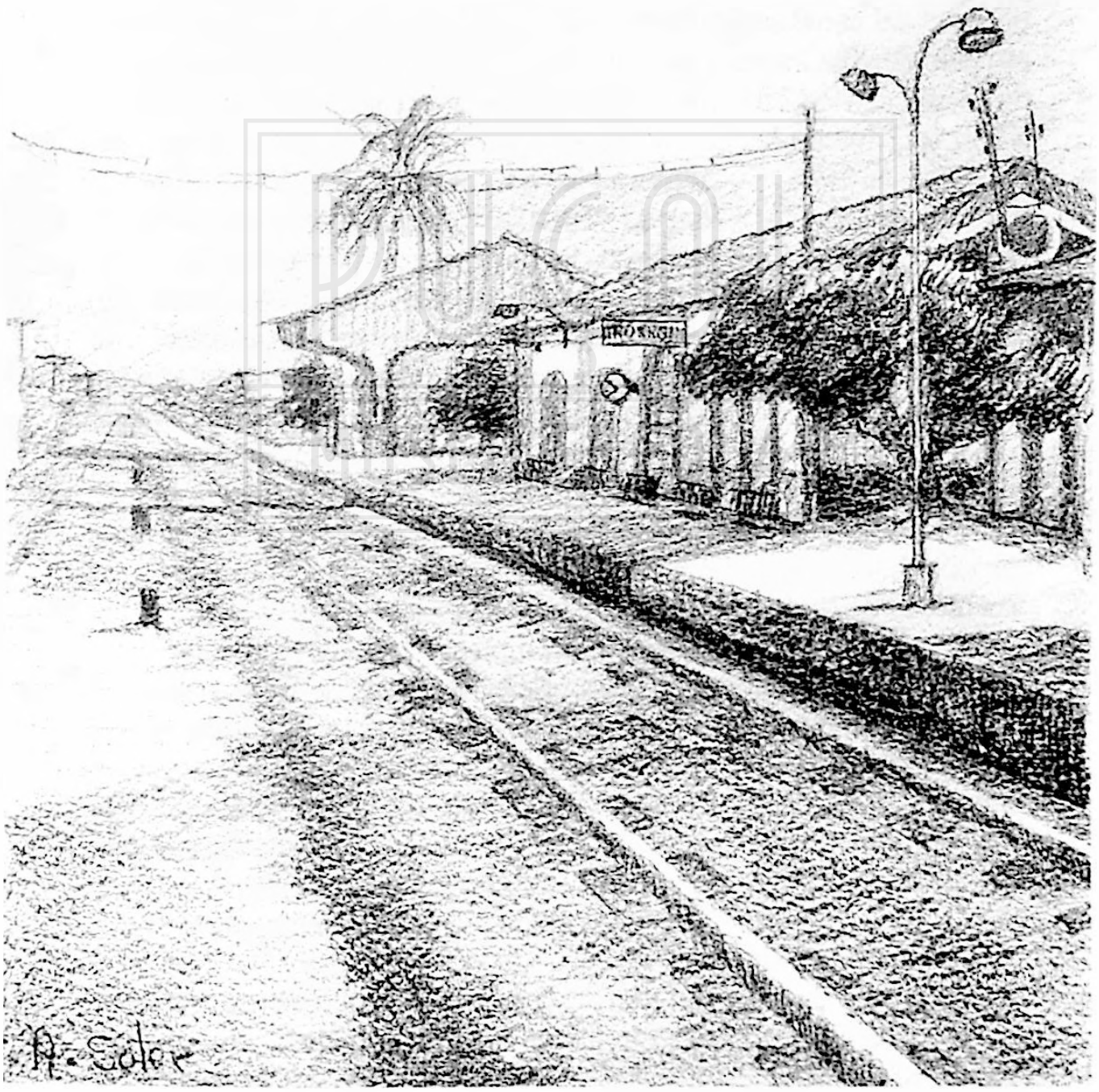
La cuestión es que se construyó la estación del F. C. de Torrellano con todos los servicios inherentes a una estación normal y corriente. También construyeron un apeadero en la pedanía de El Altet, tres kilómetros más al este, aunque este apeadero no tuvo ninguna utilidad práctica y desapareció un tiempo después.

Al cabo de pocos años, alrededor de la estación del F. C. y gracias a la iniciativa de unos cuantos hombres emprendedores del lugar, que tenían espíritu empresarial, a pesar de que eran simples agricultores de toda la vida, montaron unos pequeños negocios, que se fueron ampliando con el paso de los años. Estos negocios estaban casi todos ellos relacionados con el descascarado y comercio de la almendra, que era una de las mayores producciones agrícolas de Torrellano y de las pedanías limítrofes. Así fue como nacieron "els trencaors d'armeles" de la familia Fuentes, de la familia Candela y de la familia Segarra. "El trencaor" de Fuentes tuvo una vida efímera, al estar poco tiempo en funcionamiento, pero los otros dos estuvieron en plena actividad industrial ininterrumpida durante más de medio siglo, como empresas consolidadas.

Cuando iniciaron su actividad "els trencaors d'armeles" de Torrellano, la almendra se partía manualmente, una a una, mediante unas pequeñas masas de madera, sobre unos bancos de piedra. Ni que decir tiene que aquello suponía un trabajo lento y entretenido, que precisaba de muchas mujeres, que eran las que realizaban esta clase de trabajos. Unos años después, ya se inventaron unas máquinas apropiadas para partir la almendra, y las mujeres se limitaban a separar el grano de la cáscara. Después se perfeccionaron estas máquinas que además de partir la almendra, separaban el grano de la cáscara exterior, con lo cual, la mano de obra se redujo en más de noventa por ciento. En esto ocurrió como en los demás sectores industriales, en que la tecnología sustituía el trabajo manual de las personas, ahorrando tiempo y dinero, en todos los procesos de productivos de la actividad humana. El progreso y la tecnología imponía su ley.

Junto a la estación de F. C. de Torrellano, además de las tres descascaradas de almendras mencionadas, la familia Brotóns montó también una fábrica de chocolate, cuyos productos se comercializaban con la marca del apellido del fabricante.

Unos años después, cuando el Progreso empezó a distribuir aguas de riego a través del canal del Altet, y empezaron a plantarse árboles frutales y hortalizas en las tierras de Torrellano, el "Tío Manolico Piñol", otro terrellanero de espíritu empresarial, abrió un almacén de frutas y verduras, cerca de la estación, y mandaba un gran porcentaje de los productos hortofrutícolas que se cosechaban en los alrededores de los principales mercados consumidores de



Estación de Torrellano

España. Este almacén les resultaba muy ventajoso a los agricultores de la zona, que se ahorraban de ir a la lonja de Elche, que estaba entre ocho y diez kilómetros de distancia, para que los asentadores del "Prao" les comercializaran sus productos.

La firma comercial del "Tío Manolico Piñol", que tuvo su continuidad en su hijo Ramón, (a quien todos llamaban cariñosamente "El Xiquet") tuvo también una actividad ininterrumpida de más de cinco décadas.

Además de estas empresas particulares, también se creó en 1915 el Sindicato Agrícola "Canal del Altet", que como su nombre indica, tenía como principal finalidad construir, mancomunadamente, la continuidad del canal superior de levante de El Progreso, que en principio solo llegaba hasta el partidor nº 85, en la partida de Perleta. Este Sindicato, en 1942, se convirtió en Cooperativa del mismo nombre, como ocurrió con los demás sindicatos agrícolas nacidos al amparo de la Ley de 1906. La cooperativa, además de administrar el patrimonio común de el canal de "El Altet", como había hecho hasta entonces, ofrecía a sus socios todos los elementos y servicios necesarios, mancomunadamente, para el correcto cultivo de sus tierras.

Todas estas empresas mencionadas, que surgieron al socaire de la estación del F. C. desde un principio, crearon muchos puestos de trabajo y una incipiente prosperidad en Torrellano al tener una actividad productiva muy superior a la del resto de las partidas del campo de Elche, y en unos tiempos en que resultaba difícil encontrar ocupación en las zonas rurales, sobre todo para las mujeres.

En las temporadas altas del descascarado de la almendra, en los meses de Otoño e Invierno, todas las mañanas a primera hora, venían a pie de "El Altet", muchas mujeres a "treballar als trencaors", por que las de Torrellano eran insuficientes para dar abasto a la gran cantidad de trabajo que generaban estas empresas. Y venían desde chiquillas de diez años hasta mujeres mayores, ya que el trabajo se hacía a destajo, pagando una cantidad determinada por cada kilo de almendra en grano que se conseguía, y era además, un trabajo que no precisaba aprendizaje.

Una gran parte de la almendra que se partía en "els trencaors", procedía de otros puntos de la geografía española, y llegaba a Torrellano en vagones del tren. Por el mismo medio de transporte se mandaba la almendra en grano, una vez descascarada, a los mercados consumidores.

Toda esta actividad productiva, se traducía en una conciencia colectiva orientada a hacer de Torrellano un núcleo de población con una entidad propia y diferenciada del pueblo de Elche, que en la mayoría de los casos, miraba más hacia Alicante que hacia la ciudad de las palmeras. Que fomentaba más una cultura alicantina que una cultura ilicitana, como lo demostraba el hecho de que, en términos generales, acudían más a las "Fogueres de Sant Joan" de Alicante, que a las fiestas patronales de Elche en el mes de Agosto, hasta el extremo de que muchos torrellaneros no habían presenciado nunca una representación del "Misteri d'Elx". Incluso, en el deporte, entre las gentes de Torrellano han habido siempre más partidarios del Hércules de Alicante que del Elche C. F.

Lo mismo ocurría cuando las mujeres iban de compras a los comercios que se decantaban más por los alicantinos que por los ilicitanos.

Otro detalle demostrativo de esa tendencia cultural de los torrellaneros, la tenemos en el hecho de que el valenciano coloquial que siempre hablaron sus gentes, tiene más acento alicantino que ilicitano.

Por otra parte, es evidente que subyace en el espíritu de los torrellanos la tendencia creciente a querer fomentar su "torrellanidad", por encima de su "ilicitanidad", aunque hasta ahora los intentos de querer independizarse, jurisdiccionalmente, del Ayuntamiento de Elche, han sido tímidos y poco significativos. Han sido más bien unos amagos encaminados a forzar al Ayuntamiento de Elche, en plan reivindicativo, a que haga más cosas en Torrellano y que le dote de nuevos servicios e infraestructuras, como si fuera un barrio más de la población y no una partida rural, partiendo de la base de que hoy ya tiene cerca de dos mil habitantes.

Volviendo a aquella pléyade de hombres emprendedores que al principio del presente siglo con sus iniciativas y sus empresas sentaron las bases del despegue de Torrellano, hacia un futuro prometedor de engrandecimiento y prosperidad, dentro de sus modestas posibilidades, tenemos que destacar la figura señera de un hombre carismático, que fue muy popular durante toda su vida: nos referimos al "Tío Toni Segarra", como se le llamaba por todos. "El Tío Toni Segarra" junto con su hermano Pepe, en 1905 montaron la empresa descascaradora de almendras que llevaba su nombre. A los pocos años murió Pepe, y el "Tío Toni" continuó adelante con "el trencaor",

él solo, ampliando su empresa de año en año. Ninguno de los dos hermanos tuvo hijos, pero eso no fue óbice para que se mantuviera al frente del negocio, hasta que murió a una edad avanzada.

Después de la Guerra Civil, formó sociedad con los hermanos Falcó de Elche, convirtiendo a esta empresa en una de las más importantes de la provincia de estas características. Durante esos años, pasaron por "el trencaor del Tío Toni Segarra", muchos miles de toneladas de almendras, no solo de esta comarca, sino también procedentes de todos los rincones de España, y que una vez descascaradas se mandaban a los mercados nacionales y extranjeros.

Y mientras "El Tío Toni Segarra" y Torrellano, caminaban unidos como la uña al dedo, formando la más completa simbiosis que imaginarse pueda. Construía edificios y mejoraba el caserío en la medida de sus posibilidades y la calle principal del lugar llevaba su nombre, convirtiéndose en una verdadera institución. Hablar de Torrellano y hablar del "Tío Toni Segarra", era todo la misma cosa, ya que mientras vivió fue muy querido y respetado por todos sus vecinos y conocidos.

Y con el paso de los años, Torrellano, como núcleo urbano, se iba engrandeciendo, al mismo tiempo que la vida social de sus habitantes se iba modernizando, como lo demostraban sus jóvenes, cambiando de costumbres y comportamientos, en las formas de divertirse y relacionarse los chicos y las chicas, ya que mientras en el resto del campo de Elche aun se practicaba el baile "del peu xafat", en Torrellano se puso de moda el "ball agarrat", que constituía toda una novedad que hacía furor.

Para dar satisfacción a la demanda de los jóvenes del lugar, que cada día eran más exigentes, se construyó el Casino, para hacer bailes y reuniones, un local cubierto para hacer cine durante todo el año y una pista de baile al aire libre para el verano. Después se abrió otra sala de cine y otro local junto a la carretera, donde también se organizaban bailes y otros actos lúdicos en cualquier época del año, para satisfacer las apetencias de diversión de la juventud, no solo del lugar, sino también de otras pedanías ilicitanas, de donde acudían muchos chicos en bicicleta los domingos y días festivos por la tarde, en busca de unas diversiones que no tenían en sus lugares de origen, que vivían un poco más atrasados, por no haberse desprendido aun de unas costumbres más anticuadas.

El núcleo urbano primigenio de Torrellano estaba ubicado en-



Partidor de almendras - Las Bayas

tre el ferrocarril y la carretera de Alicante a Murcia y su calle principal era la que discurría de norte a sur y desembocaba en la estación. Pero a medida que se iba expansionando la población, se traspasó la barrera de la carretera y empezaron a trazarse calles al norte de la misma, unas paralelas y otras perpendiculares a esta vía de comunicación que se convirtió, con el paso del tiempo en la calle principal del Torrellano moderno.

Al incrementarse la construcción de bloques de viviendas, el precio de los solares subió como la espuma, y por lo tanto, para que los pisos no resultaran demasiado caros, se levantaron en las calles más importantes bloques de viviendas de cinco y seis plantas cada uno, cosa impensable unos años antes, en que las casas construidas eran de una o dos plantas nada más. Y estos pisos se vendían tan caros como en los barrios modernos de Elche. No obstante, estaban muy solicitados ya que se puso de moda el que los agricultores de los entornos, que vivieron siempre en casas rurales, al jubilarse, se trasladaban a Torrellano, para pasar allí los últimos años de su vida.

La construcción del recinto ferial de IFA, que se ubicó en lo que antes fue el complejo comercial MAMUT, que fue al traste al poco tiempo de ponerse en funcionamiento, con toda su influencia expansiva, que va a propiciar nuevas construcciones dedicadas a dependencias y servicios relacionados con el palacio ferial, va a indicar, positivamente en su futuro inmediato, propiciando el engrandecimiento de Torrellano. De momento, los terrenos que hay situados entre Torrellano y el recinto ferial, han subido de valor de una manera acelerada, después de construir el Palacio Ferial.

De la misma manera, y en el mismo sentido, va a influir la urbanización del Parque Industrial de Torrellano-Saladas, que a dos kilómetros al oeste está desarrollando el Ayuntamiento de Elche, y que en el plazo de pocos años, según todas las previsiones, se convertirá en un polígono industrial muy importante.

También la proximidad del Aeropuerto de El Altet y el hecho de estar dentro del triángulo Alicante-Elche-Santa Pola, son factores positivos que apuestan por un espléndido futuro social y económico de Torrellano, que se verá favorecido en su desarrollo.

Cuando Torrellano empezó a tomar conciencia de su propia identidad como pueblo, que en un futuro más o menos lejano podía alcanzar su independencia jurisdiccional del Ayuntamiento de Elche, hizo dos cosas que están orientadas en ese sentido: construir

una Iglesia nueva de regulares dimensiones, (hasta entonces solo había una Ermita pequeña, poco más o menos como las otras que había en las demás partidas rurales) para que estuviera dignamente alojada la imagen de la Purísima Concepción, que ha sido siempre la Patrona de Torrellano y construir así mismo, un cementerio al norte del caserío. De esa manera, ya no tenían que ir a Elche a casarse las parejas de novios, ni a enterrar a los muertos en el cementerio municipal, como habían hecho siempre. Esas dos circunstancias les afirmaban más en su propia identidad diferenciadora. En su propia "torrellanidad", como hemos dicho antes.

A medida que Torrellano se iba engrandeciendo, se le fué dotando de nuevos servicios públicos y privados. Así, en sanidad ya disponían de médico todos los días y de servicios farmacéuticos, así como de asistencia veterinaria. En cuanto a comercio, ya habían tiendas abiertas de todos los sectores comerciales. En cuanto a educación, se establecieron varios grupos escolares de primera enseñanza. Para la educación secundaria y universitaria, había que desplazarse a Elche y Alicante, respectivamente, salvando los diez kilómetros que le separan de ambas poblaciones.

Al haberse incrementado la riqueza y el movimiento comercial en el lugar, las entidades crediticias abrieron nuevas oficinas, particularmente, la CAM, que se volcó prestando servicios a los agricultores en todo lo que precisaran para el cultivo de la tierra, como habían hecho también en otras partidas rurales del campo de Elche, como Matola, Daimés, La Hoya, Las Bayas, La Marina y El Altet.

Por otra parte, el Ayuntamiento de Elche, atendiendo las demandas de los representantes de los vecinos, que no paraban de pedir cosas, introdujo muchas mejoras en Torrellano como la apertura de un Hogar del Pensionista y de una biblioteca municipal, la construcción de un campo de deportes y de una fuente pública en la Plaza Mayor, y el arreglo y ajardinamiento de las calles principales entre otras cosas.

En la actualidad, la estación de F. C. que dio origen al núcleo urbano de Torrellano, está allí inamovible, tal como se construyó en 1884. Pero de las seis empresas que contribuyeron con su actividad a impulsar el desarrollo de este lugar, solo queda el recuerdo en la memoria colectiva de sus gentes. Lo mismo ocurre con aquellos hombres que fueron sus fundadores y sus artífices.

En cambio, hay dos hijos de Torrellano que se han convertido

en personajes destacados de ámbito nacional, de los que sus paisanos se sienten orgullosos. Uno ha destacado en el deporte y el otro en las artes plásticas: nos estamos refiriendo a Sempere, que durante muchos años ha sido portero titular del Valencia C. F. y José Fuentes, Catedrático de grabado en la Universidad de Salamanca, y que lleva camino de convertirse en uno de los más grandes artistas españoles de su género.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

LAS PRETENCIONES SEGREGACIONISTAS DE EL ALTET

La pedanía de El Altet, ubicada en el extremo este del término municipal ilicitano entre Torrellano y el mar, es la partida rural que está más alejada del pueblo de Elche ya que su núcleo urbano dista de la ciudad alrededor de los quince kilómetros en línea recta, el doble aproximadamente de la distancia que le separa de Alicante. Esta lejanía geográfica de la capital municipal, siempre condicionó la vida de los "alteanos" hasta el extremo de vivir un poco de espaldas al pueblo de Elche al que pertenecían, pero del que se sentían un tanto desvinculados y también bastante marginados por las autoridades municipales.

A este despego de los "alteanos" hacia Elche, además de la lejanía, influyó también en no haber tenido hasta hace pocos años, una buena vía de comunicación directa centre ambos lugares, ya que solo existían unos caminos estrechos y de difícil tránsito. En cambio, sí que había una buena carretera entre El Altet, Alicante y Santa Pola, que está aproximadamente a la misma distancia que Elche. Y por esta buena carretera de la costa, les resultaba más fácil trasladarse a Alicante que a Elche, para abastecerse de todos los

elementos que precisasen para satisfacer sus necesidades. A Elche solo iban a pagar los impuestos, a llevar a cabo alguna gestión en el Ayuntamiento o por cuestiones laborales los que trabajaban en alguna empresa ilicitana.

En el aspecto sentimental, había otro factor influyente del desapego de los vecinos de El Altet hacia la capitalidad municipal, como era tener desde hace ya bastante tiempo, su propio cementerio donde enterrar a sus muertos, sin necesidad de recorrer la larga distancia que les separaba de Elche. Esta circunstancia generaba entre los "alteanos", el prurito de una identidad propia, al margen del "ilicitanismo". Estaban fomentando poco a poco, la "alteanidad", como seña de identidad diferenciadora, una especie de identidad colectiva y sentimental.

La proximidad geográfica que existió siempre entre El Altet y Alicante, tuvo también su influencia en el lenguaje coloquial que hablaron siempre los vecinos de esta pedanía ilicitana, lenguaje que es y fue siempre, más parecido al de los alicantinos que al de los ilicitanos. Lo mismo ocurrió con los demás signos culturales, como por ejemplo, las fiestas y demás actos lúdicos, en que los "alteanos" ponían más las preferencias y los sentidos en Alicante que en Elche. Así, pues, la mayor distancia geográfica, la marginalidad y las peores comunicaciones, crearon un mayor despego de los vecinos de El Altet hacia Elche, en beneficio de un mayor acercamiento hacia Alicante, que está a menor distancia.

Así las cosas, en las últimas décadas del pasado siglo, fue germinando entre los "alteanos" un anhelo segregacionista respecto a la capitalidad municipal, y tendente a un mayor acercamiento hacia Alicante, de cuyo término municipal intentaron formar parte, convencidos de que si lo conseguían sería muy beneficioso para los "alteanos", en todos los sentidos.

Y orientados en esa dirección, iniciaron un movimiento vecinal, a base de reuniones y asambleas entre los hombres más influyentes y representativos de la pedanía, para crear un ambiente propicio, encaminado a conseguir la independencia jurisdiccional de Elche. En todas estas reuniones, siempre llevaba la voz cantante un vecino que se llamaba Manuel Carbonell Jiner, que se convirtió en el adalid de la segregación "alteana", ya que tenía mucho predicamento entre sus convecinos.

Después de pasar algún tiempo entre reuniones y asambleas,

tratando de aunar voluntades, recabar asesoramiento legal y ultimar toda clase de detalles, el día 21 de Octubre de 1889, elevaron una instancia dirigida al Gobernador Civil de Alicante, pidiendo la segregación de El Altet del término municipal de Elche y su incorporación al de Alicante. La lista de firmas de los "alteanos" que avalaban esta petición, iba encabezada por la de Manuel Carbonell Jiner.

Entre las distintas razones que aducían los firmantes de esta instancia, avalando el intento de segregación, habría que destacar "la mayor distancia que le separaba de Elche, y que aun le quedaba a dicha ciudad suficiente extensión de término y recursos bastantes para cubrir sus presupuestos". El Gobernador Civil trasladó al Ayuntamiento de Elche la pretensión de los "alteanos", y después de analizarla y estudiarla detenidamente, acordó "proceder con el tacto, la prudencia y el interés que merecía una cuestión tan importante: consultar con los vecinos de El Altet, sobre este particular".

La cuestión es que al cabo de un tiempo, esta petición fue denegada por el Ayuntamiento de Elche. Pero esta idea se quedó latente en el espíritu colectivo de los "alteanos", ya que medio siglo después, insistieron de nuevo en sus ansias segregacionistas por dos veces. Esto tuvo lugar en plena Guerra Civil, ya que en 1936 y 1937, pidieron de nuevo la independencia de Elche, con el mismo resultado negativo que la primera vez.

Una vez finalizada la Guerra Civil, la idea independentista de los vecinos de El Altet quedó olvidada por completo, pues las circunstancias políticas y sociales del momento, no eran las más apropiadas para estos planteamientos, aunque quedó latente en el espíritu colectivo del vecindario, que esperaba mejor ocasión para aflorar de nuevo.

Nueve años antes de la Guerra Civil Española, es decir en 1927, la Compañía Aeropostal Francesa, estableció en El Altet, un Aeropuerto rudimentario que fue el primer Aeropuerto Internacional de España, y que le servía de punto de apoyo en sus vuelos aéreos entre Francia y el norte de Africa. A partir de esos momentos, el nombre de El Altet ya empezó a figurar en las rutas postales aéreas que estableció Francia entre la metrópoli y sus colonias norteafricanas.

La configuración del terreno, completamente llano y su lejanía equidistante entre los dos núcleos urbanos más importantes del sur de la provincia de Alicante, hacían del territorio de El Altet un punto ideal para la ubicación de un aeropuerto internacional, no sola-

mente como el primitivo que crearon los franceses, sino como el que construyó el Estado Español en la década de los años sesenta, cuando se inició el "boom" turístico en España. Fue en la época en que las playas alicantinas empezaron a conocerse como la Costa Blanca, convirtiéndose, de la noche a la mañana, en un destino turístico de primer orden, no solo nacional, sino también internacional.

A partir de esas fechas, El Altet tuvo un gran protagonismo en el desarrollo turístico de España, no solo porque en su territorio se construyó un aeropuerto internacional de primer orden, sino también por sus espaciosas playas de blancas y limpias arenas, que no tuvieron una promoción adecuada por carecer de infraestructura hotelera para poder albergar un turismo foráneo más estable y selectivo. Por eso, las playas "alteanas" solo fueron utilizadas por un turismo de cercanías que va a pasar unas horas o tienen sus apartamentos en la zona denominada Los Arenales del Sol. La mayor parte de estos departamentos, son propiedad de los ilicitanos, que solo los utilizan para pasar allí los meses veraniegos, estando deshabitados el resto del año.

El único hotel que existe en Los Arenales del Sol, no llegó a ponerse en funcionamiento nunca, a pesar de estar terminada su construcción. Al cabo de unos años murió el dueño y el hotel se vendió a una empresa extranjera que lo está restaurando para ponerlo en servicio dentro de poco tiempo. Cuando este hotel esté abierto al público, los turistas foráneos podrán venir a Los Arenales del Sol, para pasar sus temporadas de vacaciones, como van a otros puntos de la Costa Blanca.

Cuando el Ministerio de Transportes y Comunicaciones decidió construir el Aeropuerto de El Altet, hubo necesidad de adquirir muchas hectáreas de terreno cultivable, para instalar las pistas de aterrizaje y demás dependencias. Algunos de los propietarios de estas tierras, en un principio, se resistían a ceder sus propiedades al Estado para estos fines, pero cuando se convencieron de que no había otra alternativa, por declarar estas obras de interés nacional, se vieron obligados a desprenderse de sus tierras, a cambio de una compensación económica, que en la mayoría de los casos les parecía corta e insuficiente. Porque no se trataba solamente de pagar el valor material de estas propiedades, con arreglo a un justiprecio establecido por los técnicos de Obras Públicas, sino también el valor sentimental de las mismas, ya que en la mayoría de los casos,



Playas de El Altet

eran propiedades heredadas de los antepasados desde hacía muchos años, que tenían ahora que abandonar irremisiblemente, cambiando de residencia, y en muchos casos también de ocupación, con lo traumáticas que suelen resultar estas cosas, sobre todo, para las personas mayores.

Uno de los muchos afectados que había por toda esta problemática fue la familia de Jeroni Bonmatí Piñol. Esta familia estaba compuesta por el matrimonio y cuatro hijos, dos chicos y dos chicas, de edades comprendidas entre veinte y treinta años. Los padres y los cuatro hijos habían trabajado siempre en sus tierras y no conocían otra ocupación al margen de la agricultura, lo mismo que todos sus antepasados.

Todo el patrimonio de la familia Bonmatí, estaba ubicado en la pedanía de El Altet y estaba compuesto por una casa amplia y espaciosa de dos plantas y ciento veinte tahullas de tierra. En la planta baja tenían la vivienda y en la segunda planta "les cambres", que servían de almacén, para guardar las cosechas. Alrededor de la casa tenía ochenta tahullas de tierra plantada de almendros, y a un kilómetro de la vivienda tenían otra finca rústica de cuarenta tahullas de tierra blanca, que dedicaban a plantar hortalizas y otros cultivos herbáceos. Estas ciento veinte tahullas de tierra bien cultivada, producían lo suficiente para vivir bien la familia, ya que eran tierras de regadío a través de El Progreso y de Riegos de Levante. Lo que más plantaban en la tierra campa eran habas tempranas, que se cosechaban en verde, y que en la mayoría de los años, se pagaban a buenos precios. En cuanto al producto de los almendros, recogían una media anual que oscilaba alrededor de los veinte mil kilos de almendra en cáscara. Como tenían buenos almacenes para conservar la almendra, no tenían prisa en venderla y solo se desprendían de ella cuando los precios fueran favorables. A veces, juntaban dos y tres cosechas seguidas, esperando que subieran los precios del mercado.

En aquellos momentos, en El Altet había otros terratenientes más importantes y acaudalados que Jeroni Bonmatí, pero esta familia, con su actividad y bien hacer, dentro del colectivo agrícola, era una de las que mejor vivían y de las que estaban mejor consideradas en la partida. Era como el prototipo de la familia de clase media entre los agricultores ilicitanos.

Pero el Aeropuerto se lo llevó todo por delante y trastornó por completo la vida de la familia Bonmatí, que tuvo que abandonar su

casa y sus tierras, en contra de su voluntad. Previamente a este desalojo, compraron una casa nueva en el núcleo urbano de El Altet, a donde trasladaron su vivienda. Y de golpe y porrazo se vieron desplazados de su vivienda y sin tener en que ocuparse ni donde trabajar los seis miembros de la familia.

El problema del padre no era tan grave, ya que estaba en vísperas de jubilarse y cobrar una pensión de la Seguridad Social, después de haber estado cotizando dieciocho años en la Rama Agraria, como autónomo de la agricultura. Al menos, esta pensión le supondría una ayuda para vivir él y su mujer. Pero los cuatro hijos, en plena juventud, sin saber hacer otra cosa que trabajar en el campo, tendrían que ver la manera de reorientar sus vidas, de cara al futuro, a partir de esos momentos en que se veían desposeídos de sus tierras, que con tanto afecto y dedicación hacían cultivado siempre, y que había sido hasta entonces, su único medio de vida. La vida de toda la familia tomaba otros derroteros.

En esas circunstancias atípicas, Jeroni Bonmatí tomó una decisión importante que él consideró que era la más acertada para todos dada la situación en que habían quedado todos sus familiares. De todo el dinero que había cobrado del Estado deducido el importe de la casa comprada en el caserío de El Altet, lo dividió en cinco partes iguales y se lo repartieron él y sus cuatro hijos. De esa manera, sus hijos, todos mayores de edad disponían de un dinero en efectivo que les serviría de base, para encarrilar sus vidas, montando algún pequeño negocio, comprándose una viviendo o hacer otro tipo de inversiones que les sirviera de apoyatura económica para orientar sus vidas futuras. Y los cuatro hijos, cada uno a su manera, se crearon su propio patrimonio, de una forma independiente, y se buscaron una nueva profesión, cada uno con arreglo a sus preferencias y sus actitudes.

En cuanto a los padres, los seis millones de pesetas que les quedaron en efectivo, los depositaron a plazo fijo en la oficina que tenía en El Altet la Caja de Ahorros de Alicante y Murcia , y con los intereses que devengaban estos depósitos y la pensión que cobraba Jeroni de la Seguridad Social, tenían la subsistencia asegurada, mientras vivieran sin tener que pedir nada a los hijos que ya podían volar por sus propias alas.

Los demás terratenientes que también se vieron forzados a abandonar sus propiedades que había ocupado el Aeropuerto, cada uno

empleó su dinero de una manera distinta, según la situación familiar de cada cual. Pero los que vivían de la agricultura, que forzosamente tuvieron que abandonar, se vieron obligados también a reorientar sus vidas de la manera menos traumática posible.

Mientras, las obras del Aeropuerto iban avanzando rápidamente, y cuando al cabo de dos años se dieron por finalizadas, se procedió a su inauguración oficial que tuvo lugar el día 21 de Mayo de 1967.

En un principio, a este Aeropuerto Internacional se le puso el nombre de AEROPUERTO DE EL ALTET, por el nombre del lugar donde estaba ubicado, que es lo que suele ocurrir en los demás aeropuertos españoles. Pero al cabo de un tiempo, (ignoramos a propuesta de quien), se le puso el nombre de AEROPUERTO DE ALICANTE, que es como se le conoce desde entonces.

La puesta en servicio de el Aeropuerto de El Altet, coincidió con el inicio del "boom" turístico en España, y desde esas mismas fechas, empezaron a llegar aviones "charters" y de líneas regulares, procedentes de los cinco continentes, cargados de turistas que venían a pasar sus vacaciones en la Costa Blanca, que se vio más promocionada turísticamente al tener un Aeropuerto Internacional en sus cercanías.

Y con la llegada masiva de turistas y al socaire del Aeropuerto y de sus hermosas olayas, El Altet, que siempre había sido una pedanía marginal del campo de Elche, casi una cenicienta olvidada y con escasa relevancia, empezó a sonar más y a ganar peso específico, en todos los aspectos dentro del conjunto de las partidas rurales ilicitanas.

Al adquirir mayor protagonismo, surgió de nuevo, con más fuerza que nunca, ese espíritu reinvindicativo de los "alteanos", que desde hacía más de tres décadas había estado un tanto adormecido a través de las "Jupaves" y otras organizaciones vecinales, que reiteradamente, pedían al Ayuntamiento nuevos servicios y mejoras estructurales, aduciendo que se les tenía un tanto olvidados y desatendidos en sus justas reivindicaciones. Hubo momentos en que se produjo tirantez entre los vecinos del Altet y el Ayuntamiento de Elche, que se manifestaba en declaraciones y pintadas que hacían referencias a ciertos agravios comparativos respecto a Torrellano o La Marina, y que según ellos estaban mejor atendidos y gozaban de mejores servicios que El Altet, surgiendo de nuevo algunos atisbos de antiilicitanismo, como fue el derribo del busto de la Dama de

Elche que estaba instalada en una vía pública del caserío.

Estos movimientos reivindicativos alcanzaron su cota máxima en 1992, cuando determinadas organizaciones vecinales representativas de la pedanía, redactaron un manifiesto dirigido a la Generalitat Valenciana, solicitando la independencia jurisdiccional del Ayuntamiento de Elche, convirtiéndose en Entidad Local Menor, con todos los derechos y obligaciones que esa condición lleva consigo. Era la cuarta vez, en un plazo de ciento tres años en que la pedanía ilicitana de El Altet intentaba desgajarse del conjunto del término municipal al que siempre había pertenecido, convirtiéndose en Entidad Local Menor. Quería hacer lo mismo que había hecho antes San Isidro de Albatera y Los Montesinos con respecto a Albatera y Almoradí.

Todos los grupos políticos representados en el Ayuntamiento de Elche se pronunciaron en sesión plenaria en contra de la segregación, argumentando que no había lugar a ello, lo mismo que hizo la Generalitat Valenciana unos meses después. No obstante, los tribunales de justicia aun no se han pronunciado sobre este particular. Por lo tanto, aun no se ha dicho la última palabra sobre esta cuestión, última palabra que los "alteanos" esperan que sea favorable a sus pretensiones.

Tanto Jeroni Bonmatí como sus dos hijos, eran acérrimos partidarios de la segregación, por entender que sería muy beneficiosa para los intereses generales del vecindario. En cambio, sus dos hijas y su esposa no lo tenían tan claro y por consiguiente no se pronunciaban ni a favor ni en contra, pues tenían sus dudas razonables. Lo que ocurría en la familia Bonmatí era, poco más o menos, lo que estaba pasando en el conjunto del vecindario que en un gran porcentaje, se debatía en un mar de dudas.

De todas formas y al margen de que los "alteanos" en un plazo más o menos largo consigan convertirse en una Entidad Local Menor, como pretenden con todos sus derechos y obligaciones, lo cierto es que desde que iniciaron este movimiento segregacionista hace unos años, el Ayuntamiento de Elche se muestra más receptivo y dispuesto a atender todas las reivindicaciones y mejoras que le plantean los "alteanos", que ven como su barrio se va embelleciendo y mejorando en todos los sentidos de unos años a esta parte. El busto de la Dama de Elche se colocó de nuevo en el mismo lugar que estaba antes de derribarlo, y el incidente no pasó de ser una pura anécdota.

Pero, con o sin independencia, lo cierto es que El Altet tiene reservado un espléndido futuro en el desarrollo turístico de la Costa Blanca.

El Aeropuerto Internacional, (que están ampliando en estos momentos) y sus magníficas playas, son las mejores garantías que avalan el magnífico futuro que tiene por delante este lugar que, de momento, aun continúa siendo una pedanía ilicitana.

Con relación a estas playas, orgullo de El Altet, tenemos que decir que la promulgación hace unos años de la Ley de Costas, creó en Los Arenales del Sol un gran conflicto entre la Administración del Estado y un numeroso colectivo de propietarios de las viviendas situadas en la primera línea de la costa, ya que esta Ley prohibe edificar a menos de cien metros de distancia de la línea que separa el mar de la tierra. Como esta Ley se promulgó con carácter retroactivo y algunos bloques de apartamentos de estas playas están dentro de esos límites, de la noche a la mañana pasaron a ser de dominio público a pesar de que se construyeron en su día, con la preceptiva licencia municipal de obras. Y en el mismo caso estaba el hotel construido por Tomás Durá, y que a su muerte se vendió a una empresa extranjera, con la intención de restaurarlo y ponerlo en servicio.

De esta manera, cuando intentaron iniciar la restauración, se encontraron con la desagradable sorpresa de que no les concedían las necesarias licencias de obras. Y el hotel continúa cerrado como lo estuvo siempre.

Los propietarios que están involucrados en toda esta problemática que ha generado la nueva Ley de Costas, se han agrupado legalmente, en una asociación de afectados con personalidad jurídica propia, para poder defender mejor sus intereses específicos, y han celebrado varias asambleas a las que han asistido funcionarios del Departamento de Costas, que les propusieron que, según la Ley, ellos podían usufructuar sus viviendas durante un plazo de treinta años. Pero que cumplido ese plazo, todas estas propiedades pasarían a ser de dominio público. Tanto esta propuesta como la misma Ley fue recurrida por los representantes legales del colectivo de afectados, que no comprenden muy bien como unos edificios que, en su momento fueron construidos legalmente, la nueva Ley anula esta legalidad. Su razonamiento es que si pasan a ser de dominio público, que se expropien previo el pago de su valor con arreglo a un justiprecio razonable.

No sabemos como va a quedar todo este embrollo jurídico. La última palabra la tienen los tribunales. Pero de momento, el colectivo de propietarios afectados por esta polémica Ley, padece un cabreo impresionante, por los perjuicios que les está ocasionando. Y la cosa no es para menos.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

UNA FECHA HISTÓRICA

Uno de los más graves problemas que padeció siempre la agricultura ilicitana, fue la sequía, pues no podemos olvidar que la pluviometría media de esta comarca, es una de las más bajas de la España peninsular, puesto que no llega a los trescientos litros de lluvia por metro cuadrado y año. Solo la comarca de Los Monegros, en la provincia de Zaragoza y algunas zonas de la provincia de Almería, llueve menos aun que en el campo de Elche, con el agravante de que han habido largos períodos de una sequía casi absoluta.

Esta circunstancia negativa se ve agravada aun más, si tenemos en cuenta que en el Campo de Elche apenas existen aguas subterráneas, y las pocas que hay, generalmente, son de mala calidad y están situadas a grandes profundidades. De ahí la antigua aspiración de que se trasvasaran a esta zona aguas dulces para riego de otras cuencas hidrográficas, ya que hasta principios del presente siglo, solo se disponía de las aguas salitrosas que discurren por el Vinalopó, y que apenas regaban el diez por ciento de la superficie del término municipal.

La primera petición que se hizo por parte del Ayuntamiento de Elche de que se trasvasaran aguas del Júcar al Vinalopó, data de 1420. Después, y en diferentes ocasiones, se volvió a insistir en esta reivindicación, pero siempre con resultados negativos, ya que los valencianos se opusieron siempre, frontalmente, a que se trasvasaran aguas del Júcar a la provincia de Alicante, alegando que el Júcar no tenía sobrantes.

A si las cosas, a principios del presente siglo, Ernesto Martínez Riviere, un Ingeniero Técnico Industrial ilicitano, hombre inquieto, entusiasta y enamorado de todas las cosas de su pueblo, tomó conciencia de la necesidad apremiante que tenía el campo de Elche de disponer de aguas de buena calidad para regar sus sedientas tierras y se propuso firmemente remediar, aunque fuera en parte, estas deficiencias, elevando aguas de los sobrantes de las Pías Fundaciones del Cardenal Belluga, para distribuirlas en las pedanías de La Marina y El Molar. Lo primero que hizo en 1906, junto con seis agricultores más, fue fundar la Sociedad Mercantil Nuevos Riegos El Progreso, S. A. con un capital social de 2.510 pesetas, representadas por 502 acciones de cinco pesetas cada una. Una vez constituida legalmente la sociedad, pidió a la Administración una concesión de agua de ochenta litros por segundo procedente del azarbe de El Convenio, para regar ocho mil tahullas de las dos pedanías antes mencionadas, petición que le fue aceptada de inmediato.

Las obras de canalización duraron tres años y las primeras aguas se distribuyeron el día 9 de Enero de 1910, por el partidos número 23, en las tierras de D. Joaquín Sánchez Rojas. Estas primeras aguas se pagaron a diez céntimos por minuto, en una talla de cuarenta litros por segundo, o lo que es lo mismo, a seis pesetas la hora.

Esta fecha marca un hito histórico en la agricultura ilicitana; un antes y un después. Es el límite, la divisoria de dos épocas muy diferentes una de otra, como es el pasar del secano al regadío con aguas dulces en la mayoría del campo de Elche, aunque estas aguas tuvieran la condición de sobrantes y no fueran seguras en cuanto a su disponibilidad.

Hasta entonces, los únicos regadíos que existían en Elche, estaban alrededor del casco urbano, y a base de las aguas salitrosas que discurrían por el Vinalopó desde tiempo inmemorial. Estas aguas de mala calidad que solo eran aptas para regar palmeras, granados y olivos , solo alcanzaban a una décima parte del campo de Elche,

siendo todo lo demás secano, que producía cuando llovía con una cierta regularidad, que no era siempre, ni mucho menos.

Cuando empezaron a regarse las primeras aguas de El Progreso en La Marina y El Molar, se estaba sufriendo en toda la comarca una pertinaz sequía que duró siete años seguidos (1907-1914), sequía que agravó sobremanera, la situación económica y social del campesinado ilicitano, incluidos los que vivían en La Marina y El Molar. Por eso, la llegada de estas aguas elevadas por el sistema de bombeo, se acogieron con enorme satisfacción. Aquello fue un verdadero acontecimiento que tuvo una enorme repercusión en todos los sentidos, y que produjo una gran satisfacción.

En un principio, los agricultores un tanto desconfiados, dudaban mucho de que la aguas pudieran elevarse tanto artificialmente. Los que más dudaban eran las personas mayores, que mantuvieron su especticismo hasta que vieron entrar el agua en los bancales.

Quito Amorós Linares tenía veinticinco años cuando llegaron las primeras aguas elevadas a La Marina y El Molar. Vivía en La Marina con sus padres y no tenía más hermanos. La casa de campo donde habitaban, la construyó su abuelo en 1884, cuando abandonaron su vivienda en el caserío de San Francisco de Asís, como hicieron casi todos sus habitantes, huyendo de las fiebres palúdicas que se produjeron como consecuencia de las inundaciones de los Carrizales. Antes de abandonar su vivienda, compró veinte tahullas de tierra en La Marina, a medio kilómetro de la costa y se construyó allí una casa nueva.

La familia Amorós vivió de una manera muy precaria desde que se trasladó a La Marina, ya que las veinte tahullas de tierra de secano con algunos algarrobos que poseían, producía muy poco. Pero resistieron como pudieron, como hicieron todos sus vecinos.

Quito Amorós estuvo trabajando como peón durante los tres años que duraron las obras de canalización de El Progreso. Los jornales que percibía por su trabajo diario, remediaron bastante la difícil situación económica por la que estaba atravesando la familia, que malvivía de las escasas cosechas que obtenía de sus veinte tahullas de tierra de secano.

Con la llegada de las aguas dulces, La Marina y El Molar cambiaron de fisonomía. Lo que hasta entonces había sido un sequeral, reverdecía casi permanentemente. Se nivelaron muchos bancales que hasta entonces tenían pendientes irregulares, se abrieron nue-

vos cauces de riego, para que el agua pudiera llegar a todas partes, se plantaron árboles frutales y en las tierras campas, se plantaban hortalizas de verano y de invierno y había mucho más trabajo en todos los meses del año.

Al haber más ocupación y más riqueza, se construyeron nuevas viviendas y La Marina empezó a configurarse como un núcleo urbano, a uno y otro lado de la carretera de la costa, que se fue expandiendo poco a poco, hasta llegar a lo que es en estos momentos...

Quito Amorós y su padre reestructuraron su finca rústica y la adaptaron para convertirla en regadío. De los algarrobos que había solo dejaron unos cuantos que no impedían la reestructuración de la propiedad.

Y a partir de entonces, todos los años plantaban unos bancales de melones y sandías en el mes de Abril, tomates de Invierno en el mes de Julio y habas tempranas y guisantes en el mes de Septiembre. También sembraban algo de cebada para recoger grano y paja que sirviera de pienso para una caballería que tenían para labrar la tierra y transportar en un carro las hortalizas que cosechaban a los puntos de venta donde los comercializaban. Y, por supuesto, no podían faltar unos bancales de trigo del que saldría el pan que necesitaban para el consumo familiar.

Y lo mismo que hacía Quito Amorós y su padre, hicieron el resto de los pequeños agricultores que trabajaban y vivían en La Marina.

Al cabo de pocos años, todos los entornos del caserío, se revitalizaron, gracias al agua de riego. Y la comarca de La Marina pasó a ser, por mor del agua, una zona de las más prósperas del campo de Elche, cuando hasta entonces había sido de las más deprimidas.

En vista del éxito obtenido por El Progreso, en estos primeros regadíos de La Marina y El Molar, amplió su capital social mediante nuevas emisiones de acciones, iniciando la construcción de nuevas obras de canalización, de sur a norte, hasta alcanzar una zona regable de diez mil hectáreas de tierra de la mitad sur del término municipal de Elche. Estas nuevas obras se terminaron a finales de 1914 y para la ampliación de estos regadíos, solicitaron de la Administración nuevas concesiones de aguas de sobrantes, hasta alcanzar un total de mil litros por segundo. Las aguas de sobrantes de estas nuevas concesiones, procedían de loa azarbes del Riacho, Pi-

neda, Mayayo, Enmedio, Acierto y la Culebrina.

El principal mérito de El Progreso consiste en ser una empresa pionera en elevar aguas por el sistema de bombeo, sentando un precedente y abriendo un camino por el que después transitaron otras entidades con más medios económicos. Y sobre todo, por ser una empresa estrictamente ilicitana en la planificación y dirección técnica de las obras, en el capital invertido en el costo de las mismas, en el personal empleado en la canalización, conservación y mantenimiento de los cauces y en la distribución de las aguas.

A mitad del presente siglo, El Progreso atravesó una época próspera y floreciente y las acciones que generaban buenos dividendos llegaron a pagarse diez veces más de su valor nominal. El 90% de los accionistas de El Progreso, fueron siempre sencillos agricultores.

Después de este florecimiento empezó su decadencia, y en la actualidad está atravesando una situación difícil y complicada, como reflejo de la decadencia de la agricultura en general.

De todas formas, el campesinado ilicitano le debe mucho a El Progreso, del que siempre se sintieron orgullosos y lo consideraron en todo momento, como una entidad propia y entrañable, creada por ellos mismos en unos tiempos difíciles.

MUSEO ESCOLAR

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

REAL COMPAÑIA DE RIEGOS DE LEVANTE

En vista del éxito obtenido por Nuevos Riegos El Progreso, unos años después se creó en Madrid la Real Compañía de Riegos de Levante, con la finalidad de poner en regadío cerca de cuarenta mil hectáreas de tierra del sur de la provincia de Alicante, pertenecientes a diez términos municipales. Esta zona regable abarcaba desde Orihuela hasta el Campello, y de las 40.000 hectáreas que se proyectaba poner en regadío, alrededor del 50% pertenecían al término municipal de Elche.

La proyección y dirección técnica de las obras de canalización de esta magna empresa, corrieron a cargo del Ingeniero de Caminos D. José María Serra y Alonso del Real, y la financiación la aportó la Banca Dreiffus de París en donde la Corona Española tenía intereses. De ahí lo de Real Compañía que se le puso a esta empresa.

Una vez constituida la sociedad, solicitaron de la Administración unas dotaciones de agua para poder llevar a cabo estos regadíos, también de los sobrantes de las Pías Fundaciones del Cardenal Belluga, lo mismo que hizo unos años antes El Progreso, pero con la particularidad de que la toma de los azarbes era posterior a la de

El Progreso, por haberse solicitado después. De esta manera, Riegos de Levante estaba a las sobras de El Progreso, en la captación de las aguas para su aprovechamiento.

Estas concesiones de agua fueron tres. La primera mediante R. O. del 19 de Septiembre de 1918, de 2.500 litros por segundo, del río Segura en la presa de Guardamar. La segunda mediante R. O. del 28 de Marzo de 1919, de 2.600 litros por segundo, de los azarbes del Señor, Reina Culebrina. En medio, acierto y nayayo. Y la tercera, por R. O. del 26 de Julio de 1922, también de 2.600 litros por segundo, por la misma presa de la primera. Total 7.700 litros por segundo.

La elevación de estas aguas era también por el mismo sistema de bombeo del Progreso, y para proveerse del fluido eléctrico necesario, construyeron el salto de Almadenes en el río Segura en las proximidades de Cieza. Del salto de Almadenes hasta la central transformadora que construyeron junto a la estación de F. C. de Crevillente, tendieron una línea de alta tensión de unos sesenta kilómetros de longitud.

Las obras de canalización duraron tres años y a su inauguración oficial en su primera fase, que tuvo lugar el día 31 de Enero de 1923, asistió el Rey Alfonso XIII. La inauguración de las obras complementarias de la segunda fase, tuvieron lugar dos años después, también con la presencia del Rey.

Durante el tiempo que duraron estas importantes obras de canalización, que discurrían desde Guardamar hasta el Campello, se ocuparon centenares de hombres de toda la comarca, como trabajadores manuales, lo que supuso una buena fuente de ingresos en concepto de jornales para todas estas familias humildes.

Cuando empezaron estas obras la familia de Neso Sepulcre Maciá, vivía en la partida de Matola, junto al barranco de Barbacena. Esta familia se componía del matrimonio y tres hijos varones. El padre tenía cincuenta y cinco años y los hijos 29, 26 y 24. Los tres habían hecho ya la "mili", que les retuvo bastantes meses fuera de casa.

La familia solo tenía quince tahullas de tierra alrededor de la casa, insuficientes para poder vivir de ellas, y por consiguiente la mayor parte de los días del año tenían que buscar trabajo donde lo encontraran para ganarse un jornal, pues el padre se bastaba solo para cultivar la poca tierra que tenían, tierras de secano, plantadas de viñas de vinificación, con algunos almendros y algarrobos. Por descontado que no podían vivir los cinco dignamente del produc-

to de quince tahullas de tierra de secano, por mucho que redujeron los gastos familiares.

Durante los meses de Verano, los tres hermanos iban todos los días a pie al saladar a segar junco. Este junco una vez segado, lo extendían en el suelo para que se secara, y al cabo de unos días, ya seco, lo hacían garbas y lo vendían a los industriales de Crevillente que lo empleaban para la construcción de esteras y otros enseres domésticos.

La siega del junco era un trabajo pesado, por la siega en si y por tener que realizarlo a pleno sol, ya que en el saladar no había la más mínima sombra, cuando apretaban los calores del Verano. Además, tenían que caminar a pie todos los días diez kilómetros, cinco por la mañana para ir al trabajo y cinco por la tarde para regresar a casa. Pero al finalizar la temporada a primeros de Septiembre, recogían un dinero que venía muy bien para el mantenimiento de la familia. El resto del año, iban a ganar un jornal allí donde lo podían encontrar.

Por eso, cuando empezaron las obras de canalización de Riegos de Levante, acudieron los tres de inmediato a la llamada de los contratistas que buscaban gente y se ocuparon los tres de peones de obra.

Como entonces apenas existía maquinaria para realizar esta clase de obras, casi todos los trabajos tenían que hacerse manualmente, lo mismo la construcción en si como las excavaciones y desmontes del terreno que tenían que servir de base a los canales y demás instalaciones. Lógicamente con tan pocos medios mecánicos, las obras resultaban lentas y fatigosas. Pero no había otra forma de realizarlas en aquellos tiempos.

Todas estas obras las realizaron por contrata empresarios particulares, que buscaban gentes para hacer estos trabajos. Por otra parte, algunas de estas obras se hicieron con muy poco esmero y solidez, como se comprobó al paso de los años, al ver que los canales se iban deteriorando a pasos agigantados demasiado pronto.

La construcción de los canales empezó simultáneamente por diferentes puntos, a partir de la presa de Guardamar y a lo largo de todo el canal principal, que supera una pendiente de ochenta y cinco metros sobre el nivel del mar, partiendo de una cota de dos metros, mediante siete elevaciones para superar estos desniveles.

La obra más difícil y problemática fue la construcción de la segunda elevación, (llamada el "Bosquet") en terrenos de saladares, pues al aflorar el agua subterránea casi a ras de suelo, resultaba muy dificultoso cimentar bien el subterráneo donde tenían que colocar

los motores de las galerías subterráneas entre las elevaciones segunda y tercera y tercera y cuarta.

Como pretendían terminar las obras en el menor tiempo posible, entre los meses de Abril y Octubre, cuando hace los días más largos, trabajaban diez y doce horas diarias, cobrando los trabajadores unas cantidades complementarias sobre el sueldo establecido. Resultaba más fatigoso pero se cobraba más dinero también, que era al fin y al cabo, lo más importante para los trabajadores.

Durante esos meses, los tres hermanos Sepulcre cobraban, en conjunto, alrededor de diez pesetas diarias, que era mucho dinero para aquellos tiempos, lo que contribuía sobremanera a un mejoramiento substancial de la economía familiar, dentro de las estrecheces en que vivieron siempre.

Los trabajadores cobraban estos jornales semanalmente, en monedas de plata de una, dos y cinco pesetas, que eran las monedas que más circulaban por aquellos tiempos.

La construcción de los canales y demás instalaciones de Riegos de Levante, fueron un gran revulsivo económico para toda la comarca y abrieron unas perspectivas inmejorables para la agricultura del sur de la provincia alicantina, que iba a disponer de agua dulce para riego, aunque tuvieran la condición de sobrantes, y por consiguiente, hubiera una cierta inseguridad en cuanta a su disponibilidad.

En lo que al campo de Elche se refiere, se pusieron en regadío alrededor de las veinte mil hectáreas de tierra, incluyendo las diez mil que ya regaba El Progreso desde hacía ocho años.

En las concesiones de agua que le hizo la Administración a la Real Compañía de Riegos de Levante, se contemplaba la posibilidad de construir un embalse regulador en los saladares, a ambos lados del canal principal. Pero estos embalses no se construyeron hasta diez años después de la inauguración oficial de las instalaciones, es decir, en la década de los años treinta. La construcción de estos embalses que después se conocieron con el nombre del Hondo no supuso ninguna obra de mampostería. Simplemente, se levantó una mota de tierra prensada en la parte sur del saladar, de este a oeste, paralela al azarbe de Civaes, y el propio desnivel del terreno sirvió de caja almacenadora del pantano, que tiene dos compuertas, una más al norte, por donde entra el agua del canal principal y otra más al sur, por donde se desembalsa hacia el mismo canal que las elevará hacia el norte para su distribución.

El pantano de poniente es mucho más grande que el de levante y la mitad está ubicada en el término municipal de Crevillente y la otra mitad en terreno de Elche. El de levante está todo en el término de Elche.

La construcción de los embalses del Hondo tuvo un lado positivo y otro negativo. El positivo fue que se podía almacenar agua, como una reserva disponible para utilizarla cuando se precisara. El negativo fue que al tener un suelo salitroso, el agua que permanecía allí durante algún tiempo se salinizaba y perdía calidad. Esta salinidad iba incrementándose a medida que la cantidad de agua embalsada disminuía. Desde que se construyeron estos embalses, todas las aguas distribuidas por Riegos de Levante, han estado contaminadas en mayor o menor medida por causa de la salinidad del suelo del Hondo.

En la actualidad, el Hondo está declarado Paraje Natural sujeto a protección por la Generalitat Valenciana y en este sentido, la Administración Autonómica le concede una subvención anual a Riegos de Levante, que es su legítimo dueño. No obstante, el declarar el Hondo Paraje Natural, no debe llevar consigo ninguna restricción en cuanto a que continuó siendo un embalse regulador de unas aguas de riego que están, en todo momento, al servicio de los comuneros, para hacer uso de ellas cuando las necesiten para regar sus tierras.

A partir de la inauguración oficial de los canales y demás instalaciones de Riegos de Levante, y para poder atender las necesidades de su conservación y mantenimiento, así como a una correcta distribución de las aguas, la Real Compañía organizó una plantilla de alrededor de doscientos trabajadores, de diferentes niveles laborales, para poner en funcionamiento esta magna obra. Muchos componentes de esa plantilla, eran las mismas personas que habían estado trabajando en la construcción de las obras desde un principio. Así ocurrió con los tres hermanos Sepulcre, ya que dos de ellos se ocuparon como "repartidores" y el otro como "fiel". Los "repartidores" eran los encargados de abrir y cerrar los partidores por donde se distribuía el agua, a la hora indicada en los partes de venta de cada zona. Cada uno de ellos tenía asignado un tramo de canal que abarcaba varios partidores. En cuanto al "fiel", estaba situado en un punto fijo, provisto de un teléfono para saber en cada momento del día o de la noche, el volumen de agua que discurría por el canal, y en función de estos datos y de los partes de venta de cada día, coordinaba la labor de varios "repartidores". Por encima de estos empleados estaban los inspec-

tores, que controlaban y vigilaban la correcta distribución de las aguas y el comportamiento de "repartidores" y "fieles".

El trabajo de "repartidores" y "fieles" estaba organizado en tres turnos diarios de ocho horas cada uno: de seis de la mañana a las catorce horas, de las dos de la tarde a las diez de la noche y de la diez de la noche a las seis de la mañana. En cualquier de estos tres turnos, siempre disponían de unas horas libres para trabajar sus propias tierras, puesto que la inmensa mayoría de ellos, siempre fueron pequeños agricultores con unas tierras propias. En el campo de Elche, al colectivo de trabajadores del Riegos de Levante, se les conocía como "empleats del canal".

Los sueldos que percibían "els empleats del canal", siempre fueron algo superiores a los jornales que cobraban los que realizaban los otros trabajos agrícolas normales, con la particularidad de que tenían además otros derechos y beneficios complementarios de los que carecían los demás, como eran, por ejemplo, unos seguros laborales y la gratuidad en el consumo del fluido eléctrico del hogar.

Para los tres hermanos Sepulcre, que continuaron siendo "empleats del canal" hasta su jubilación, la Real Compañía de Riegos de Levante supuso la solución de sus vidas familiares, ya que disfrutaron de un buen sueldo fijo mientras estuvieron en activo, cobrando sus jornales sin ningún problema cada quince días.

Con arreglo a los preceptos de la Ley de Aguas entonces en vigor, las concesiones de agua que le hizo la Administración a la Real Compañía de Riegos de Levante, eran para un período de noventa y nueve años, y al final de dicho plazo, tanto las concesiones como todas las obras, pasarían a ser propiedad de una comunidad de Regantes con el mismo nombre que se crearía a tal efecto. Esta Comunidad de Riegos de Levante (margen izquierdo del Segura) se legalizó en el año 1942, en una época en que existía mucha tirantez entre la Administración y la Real Compañía, a causa de las tarifas a que debería venderse el agua. Treinta y cuatro años después, concretamente el 10 de Diciembre de 1976, la comunidad rescató todas las instalaciones y los embalses del Hondo por un importe de setenta millones de pesetas, pagaderas de ocho anualidades ante la inminencia de la llegada de las aguas del trasvase Tajo-Segura. Antes ya habían existido varios intentos de conseguir este rescate anticipado, pero nunca hasta entonces, se había logrado un acuerdo definitivo en este sentido.

Cuando se puso en funcionamiento Riegos de Levante, con el



Compuerta del Rey en el tercer canal - Elche

fin de incrementar todo lo posible, el consumo de agua de riego entre los agricultores, les regalaba el agua de un riego a todos aquellos que plantaran determinados cultivos herbáceos que necesitaran mucha agua en verano, con la finalidad de que al vender más agua obtendrían mayores beneficios en las grandes inversiones que habían llevado a cabo.

Pero con el paso de los años, esta euforia inicial se fue enfriando, al aparecer los primeros balances deficitarios, cuando el Gobierno después de la Guerra Civil, les regulaba los precios del agua. Así las cosas, en la década de los años sesenta, vendieron todas estas propiedades a Hidroeléctrica Española, que lo único que le interesaba era el salto de Almadenes que producía fluido eléctrico, y no la distribución de agua de riego. De ahí que a los pocos años vendiera todo los demás a la comunidad, sin reparar demasiado en cuanto al precio a pagar.

Cuando la comunidad realizó el rescate anticipado, pudo comprobar el lamentable estado de conservación en que estaban los canales y lo deterioradas que estaban las instalaciones de bombeo, que se averiaban cada dos por tres. Y aunque el precio que se pagó por todo esto era relativamente barato, se llegó a la conclusión de que se había hecho un mal negocio.

Pero también hay que decir en honor a la verdad, que a este rescate anticipado, se llegó un poco forzados por la Administración con el razonamiento de que a partir del rescate la comunidad gozaría de una serie de ayudas y subvenciones a fondo perdido, para poner todas las instalaciones al día, que no podía dar a una empresa privada como era Hidroeléctrica Española, de cara a la inminente llegada de las aguas trasvasadas del Tajo. Pero posteriormente, se comprobó que la realidad no fue tan de color de rosa como nos la pintaban los delegados del Gobierno. A partir de esas fechas, los problemas se fueron acumulando hasta el extremo de que en la actualidad la Comunidad de Riegos de Levante está atravesando por una situación difícil y problemática, hasta el extremo de fraccionarse en siete comunidades de base, cada una con su administración propia, aunque de cara a la Confederación Hidrográfica del Segura, se aglutinen todas alrededor de la comunidad primigenia que las representa a todas.

En los problemas de la Comunidad de Riegos de Levante, lo mismo que ocurre con El Progreso, tiene mucho que ver la decadencia que está sufriendo la agricultura en general, de unos años a esta parte. Cada día que pasa se dejan más tierras incultas, y por lo

tanto, se riega menos, con la lógica disminución de la actividad de la comunidad. Y para empeorar aun más la situación, llevamos tres años seguidos de sequía y los riegos se han limitado a la mínima expresión, por falta de recursos hídricos. Tanto los embalses del Segura como los del Tajo están bajo mínimos.

A pesar de todas estas dificultades, de unos años a esta parte, está en marcha un grandioso plan de reconstrucción de los canales de la comunidad, por parte de Obras Públicas, para modernizar estos riegos de cara al futuro, con un determinado porcentaje de su costo a cargo de los comuneros. También se ha implantado una derrama anual a las tierras con derecho a riego, con la finalidad de atender los gastos fijos de la entidad, que se producen al margen de que se venda más o menos agua. A los comuneros que no paguen estas derramas se les priva del derecho a regar sus tierras cuando se disponga de agua para ello, que no es siempre.

Primero con El Progreso y después con Riegos de Levante, se inició en el campo de Elche el fomento de una cultura de regadío, cultura que abarcaba hasta el mismo lenguajes coloquial de los agricultores, con la aparición de nuevos vocablos no usuales hasta entones, como "fiel", "repartidors", "canal", "Transversal", "elevació", "comporta", "aforo", "turno", "talla", etc. Y el campo de Elche se desprendió de ese sudario de pesimismo y frustración que hasta entonces le había oprimido, al dejar sus tierras de ser de secano, en una zona donde el llover es casi un puro accidente. Mejoró sobremanera la situación económica del campesinado; se introdujeron nuevos cultivos hortícolas y arbóreos que produjeron nuevas y abundantes cosechas en todos los meses del año y había trabajo abundante para todo el mundo. En definitiva, se incrementó la riqueza y la prosperidad en grado sumo, como no se había conocido hasta entonces. Se había iniciado una nueva época en la agricultura ilicitana, que siempre tuvo una gran importancia económica y social, a pesar de ser una agricultura de secano. A partir de entonces, el campesinado ilicitano, competente sacrificado en grado sumo, como lo demostró en repetidas ocasiones a lo largo de los siglos, ya no tenía que estar siempre mirando a las nubes, esperando que lloviese oportunamente, para que su trabajo de todos los días no se malograse en la más frustrante esterilidad.

Por otra parte, la agricultura se había hecho más variada, al haber mayor diversidad de cultivos, tanto arbóreos como hortícolas.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

TIEMPOS DE VACAS GORDAS

A partir del final de la Guerra Civil Española, se inició en el campo de Elche una de las épocas más prósperas de su historia. Como consecuencia de la guerra, el país se quedó empobrecido y desabastecido, y con un gran porcentaje de hombres jóvenes, en edad de trabajar y producir, habían muerto en la guerra, estaban encuadrados en el Ejército o estaban privados de libertad en las cárceles o campos de concentración por motivos políticos. Y para empeorar aun más las cosas, cinco meses después, se inició la Segunda Guerra Mundial y España se quedó, prácticamente aislada de la comunidad internacional. Este aislamiento, le impedía abastecerse del exterior de todos aquellos productos de primera necesidad que se echaban en falta para un abastecimiento normal de la población, que en un gran porcentaje pasaban hambre. En estas circunstancias, el racionamiento de alimentos a que estuvo sometida la población desde los primeros días de la contienda civil, se hizo más riguroso aun, a medida que pasaban los días. Este racionamiento de los productos de primera necesidad, duró alrededor de quince años.

Así las cosas, durante este largo período de tiempo, todos los productos agrícolas comestibles que se cosechaban en el campo de Elche, se vendían pronto y a buenos precios. Algunos de estos artículos como los cereales, el aceite, la carne, las legumbres y otros, estaban sujetos a precios de tasa y había que entregarlos a la Comisaría de Abastecimientos y Transportes, que los pagaba a precios oficiales, que solían ser muy bajos. De estos artículos intervenidos, los cosecheros podían reservarse unas cantidades determinadas para el consumo anual de cada miembro de la familia del titular de la explotación, con la particularidad de que generalmente, nunca se declaraba la totalidad de la cosecha obtenida, ocultando una parte de ella para venderla en el mercado clandestino, donde se obtenían precios mucho más elevados de los que fijaba la Comisaría como precio oficial.

Pero había otros productos comestibles, como las verduras, las hortalizas y los frutos secos y las frutas frescas, que no había que declararlos, y por lo tanto, se podían comercializar libremente al mejor postor. Y por consiguiente, los cosecheros sacaban buenos rendimientos de ellos.

En esos años de la postguerra, no había abonos químicos de producción nacional, por estar las fábricas paralizadas por falta de materias primas y del extranjero no entraba nada. No obstante, si que había agua de riego suficiente, excepto durante algunos breves períodos de sequía. Por otra parte, los costos de cultivo eran relativamente baratos, en cuanto impuestos, mano de obra, agua de riego, etc.

En estas circunstancias, de cualquier cosecha que se obtuviera, se le sacaba una buena rentabilidad, lo que propiciaba que los agricultores ilicitanos que trabajaban por cuenta propia, empezaran a tener una vida holgada, como no habían gozado nunca hasta entonces.

Cuando terminó la Guerra Civil, Vicent Sansano Boix tenía cuarenta y seis años y llevaba dieciocho años de casado con María Esclapez. Fruto de este matrimonio habían tenido cuatro hijos, dos chicos y dos chicas. Los chicos tenían dieciséis y catorce años y las chicas doce y diez. Vivían en la partida de Alzabares Bajo, donde tenían treinta y cinco tahullas de tierra propia y una casa donde habitaban desde que se casaron. La tierra la había heredado de su padre en 1918 y la casa la construyó por las mismas fechas, exprofeso para él, para que se fuera a vivir allá cuando se casara.

La finca de Vicent Sansano estaba situada dentro de la zona

regable con las aguas del Progreso, que empezó a distribuirlas desde el año 1914, y también de Riegos de Levante.

Al ponerse en regadío, la mitad de estas tierras las plantó de árboles, (olivos, granados, higueras, naranjos y almendros) y la otra mitad la dejó de tierra blanca, donde plantaba hortalizas, verduras y cereales. Cuando terminó la Guerra Civil, todos estos árboles estaban en plena producción y todos daban buenas cosechas.

La familia Sansano, apenas había padecido los efectos negativos de la Guerra Civil, ya que Vicent no llegó a ir al frente, al no movilizar su quinta, ni tampoco fueron sus hijos, por ser demasiado jóvenes. No había tenido tampoco ninguna afiliación política, y por lo tanto, no le molestaron para nada ni durante ni después de la guerra.

Aunque durante estos años, carecieron como todos de algunas cosas precisas para llevar una vida normal, las necesidades básicas las tuvieron en todo momento cubiertas, sobre todo, en lo que a alimentos se refiere.

Así, pues, terminada la pesadilla de la Guerra Civil, la familia Sansano, compuesta de seis miembros, estaban todos en disposición de trabajar y producir, mientras la mayoría de las demás familias campesinas con hijos jóvenes, habían perdido alguno de sus miembros de la guerra o estaban en el ejército o privados de libertad por motivos políticos. Esta gran cantidad de familias campesinas, tardaron varios años en recuperar la normalidad desde el punto de vista familiar, laboral, etc.

Vicent Sansano, lo primero que hizo una vez finalizada la guerra, fue acercarse al Banco a canjear el papel moneda que había sido de curso legal hasta entonces, por los billetes que había puesto en circulación el nuevo régimen político que había triunfado en la Guerra Civil, llevándose la sorpresa de que casi la totalidad de ellos no tenían ningún valor material para las nuevas autoridades monetarias. Solo algunos de los más antiguos se los canjearon a la par por billetes nuevos. Con el poco dinero obtenido con estos billetes canjeables, pasaron los primeros meses de la postguerra. Continuaron cultivando la tierra y plantaron algunas hortalizas de verano, cuyas cosechas se recolectaron a partir del mes de Julio, cosechas que se vendieron a buenos precios, por la necesidad que había de toda clase de artículos comestibles.

Diariamente iba gente de la población a la finca de Vicent Sansano, por si les podían vender algo para comer: patatas, frutas,

huevos, etc. Lo más solicitado era el pan y la harina panificable, ya que lo suministrado por las cartillas de racionamiento era insuficiente para una alimentación correcta, sobre todo, cuando habían niños pequeños.

Con pocos brazos jóvenes dedicados al cultivo de la tierra, sin abonos químicos y sin comercio exterior que pudieran suplir las deficiencias que existían, (solo habían relaciones comerciales con Argentina y Portugal y no de manera regular) en lo que a productos alimenticios se refiere. De ahí el que todas aquellas familias que disponían de algún dinero, tratasen de adquirir en el campo o en el mercado clandestino, (que se conocía como "extraperlo") todos aquellos que precisaban perentoriamente y que no le suministraban los poderes políticos. Y se daban casos en que el dinero que se pagaba por un kilo de pan de "estraperlo", se llevaba medio jornal de un día de trabajo en la industria o en otra ocupación cualquiera. Fueron aquellos unos años muy duros y difíciles para las familias que no tenían más ingresos que un jornal.

De todos los productos que se cosechaban en el campo de Elche, solo había dos que tenían precios bajos, en los años de la postguerra: las almendras y los limones, por ser artículos de exportación, más que de consumo interior, y al no haber comercio exterior, no tenían fácil salida. Las almendras llegaron a triturarse, como las aceitunas para extraerles el aceite que contienen y se gastaba para consumo humano. Después, la pulpa ya exprimida se empleaba para pienso del ganado bovino.

La familia Sansano al completo trabajaba en las labores agrícolas, durante todos los meses del año, y ellos solo se lo hacían todo, sin pagar un solo jornal, cultivando la tierra y recogiendo los higos secos en Septiembre, cortando las granadas en Octubre, cogiendo las habas tiernas cada diez días entre Noviembre y Abril y los tomates de invierno cada semana entre Septiembre y Enero, etc. etc. Y todas estas cosechas se pagaban a buenos precios, con unos costos de producción reducidos, ya que el agua de riego, (desde Enero de 1923 podía regar también del tercer canal de Riegos de Levante) costaba relativamente barata y de las tierras se pagaban unos impuestos mínimos en concepto de contribución rústica. Por lo tanto, la situación económica familiar iba mejorando de día en día, a medida que pasaba el tiempo. Y el dinero que iban ahorrando, peseta a peseta, lo depositaba Vicent Sansano en una libreta de ahorros que tenía

abierta en la Banca Hijo de Manuel Peral, cuya familia tenía una finca rústica plantada de granados muy cerca de su casa.

Con el dinero que ahorró en los tres primeros años de la postguerra, compró un bancal de quince tahullas de tierra campa, a un kilómetro de distancia de su casa. A los pocos meses de comprarla, la sembró de trigo y con el producto de una sola cosecha, tuvo dinero suficiente para pagar la tierra, puntualizando que una tercera parte del trigo cosechado lo vendió en el mercado clandestino, a un precio cuatro veces superior al precio oficial.

Unos años después, compró un solar de doscientos cincuenta metros cuadrados en el barrio de "les Portes Encarnaes", de Elche. Lo hizo como inversión, aconsejado por un amigo que se dedicaba a la construcción. El costo de compra de este solar, al cabo de pocos años cuando Elche inició su acelerada expansión urbanística, se multiplicó por diez.

En 1950, la familia de Vicent Sansano vivía desahogadamente y todo lo feliz que pueden ser unos agricultores que trabajaban en el campo de sol a sol todos los días. Los chicos ya tenían 27 y 25 años y las chicas 23 y 21. Tanto los chicos como las chicas, estaban sentimentalmente comprometidos y estaban haciendo proyectos para casarse.

En 1921, a la edad de treinta años, Vicent Sansano se compró una bicicleta que le costó cuarenta pesetas. Aquella bicicleta fue una de las primeras que se vieron en el campo de Elche. Más adelante a medida que sus hijos se iban haciendo mayores, les compró una bicicleta a cada uno de ellos, incluidas las chicas.

Las bicicletas de las mujeres tenían una estructura diferente, para que las faldas, (entonces no llevaban ninguna pantalones como ahora) les cubriera por completo las piernas, (por aquellos tiempos, enseñar las muchachas los muslos era una provocación y una procacidad).

Durante muchos años, la bicicleta fue el vehículo individual más usado, tanto por los hombres como por las mujeres llegando a haber en el campo de Elche, en las décadas de los cuarenta y los cincuenta más de diez mil. Con el transcurrir del tiempo, las bicicletas dieron paso a los ciclomotores y las motocicletas, y las motos a los automóviles que se han hecho imprescindibles en la vida moderna.

Como la casa ya llevaba construida más de treinta años, la remozaron por dentro y por fuera, añadiéndole una dependencia colateral que dedicaron a cocina y comedor. También construyeron un

cuarto de baño, que las chicas venían pidiendo desde hacía varios años. Después compraron algunos muebles nuevos y la vivienda cambió por completo de aspecto, haciéndola más cómoda y confortable.

Cuando terminaron las obras de reforma, para celebrarlo un domingo a medio día, invitaron a las novias de los chicos y a los novios de las chicas a "dinar tots xunts". La madre sacrificó el pollo más grande que tenía en el corral, de seis meses de edad y tres kilos de peso, con una cresta colorada y enhiesta y lo guisó en arroz seco, al estilo campesino. Resultó un "arros i pollastre" sabrosísimo, del que dieron buena cuenta, comiendóselo con verdadera fruición. Como era en verano, para postres partieron una sandía de seis kilos de peso, cosechada en sus propias tierras.

Cuando el hijo mayor pensó casarse, Vicent Sansano le construyó una nueva casa en las quince tahullas de tierra que había comprado unos años antes. Esta vivienda ya tenía una configuración diferente a lo que habían sido las viviendas rurales hasta entonces. Estaba también orientada hacia el sur, como habían estado siempre, pero tenía dos puertas delanteras. Una de estas puertas daba a los dormitorios y la otra a la cocina y el comedor, que eran los lugares donde estaban la mayor parte del tiempo.

La casa para vivir y las quince tahullas de tierra, se las cedió Vicent Sansano a su hijo mayor, para que las cultivara por su cuenta y riesgo y pudiera vivir con una cierta independencia económica.

Tres años después, compró una casa de campo con veinte tahullas de tierra plantada de almendros en la partida de Perleta. Esta finca, al morir el dueño, la vendió la viuda al quedarse sola y querer irse a vivir a la población. Acto seguido, reformaron la casa, a donde se fue a vivir su segundo hijo, cuando se casó un año después.

A principios de los años sesenta, Vicent Sansano cedió a una empresa constructora, el solar de "les Portes Encarnaes" para que construyeran pisos en él. A cambio del solar le dieron las dos viviendas de la tercera planta. Una de estas viviendas, la ocupó la hija menor cuando se casó con un muchacho de la población que trabajaba en el comercio. La otra vivienda, de momento, se quedó desocupada.

El novio de la hija mayor era agricultor y quería continuar siéndolo después de casado. Y ante la perspectiva de quedarse solos, Vicent y su mujer, convencieron a su hija para que se quedara en la casa familiar después de casada, puesto que había espacio su-



Casa de dos plantas

ficiente para vivir los cuatro de una manera desahogada. La hija hubiera preferido vivir sola con su marido y que sus padres se fueran a vivir a la población, al piso que tenían vacío. De la misma opinión era su madre, pero Vicent se resistía a abandonar la casa donde había vivido desde que se casó y que su padre construyó exprofeso para él. Así es que por no disgustarle, se plegaron a su criterio, para tener la fiesta en paz, pues en la cabeza de Vicent Sansano no entraba la idea de abandonar para siempre su casa y sus tierras y marcharse a vivir a la población. ¿Qué iba a hacer él en Elche, encerrado en un piso como un pájaro en la jaula y rodeado de gentes que no conocía para nada? El quería ver de cerca sus árboles que plantó con sus propias manos, hacía ya muchos años. Y respirar el aire incontaminado del campo. Y ver todos los días las salidas y puestas del sol, como había hecho siempre. Y escuchar el canto de los pájaros que anidaban en lo alto de las palmeras. En definitiva, lo que no quería en modo alguno, era desgajarse del ambiente rural en que había vivido toda la vida.

Los años le pesaban ya sobre sus cansadas espaldas y no estaba en condiciones de continuar trabajando en la agricultura, pero al menos, transmitiría a sus hijos las experiencias acumuladas a lo largo de toda una vida y les aconsejaría en lo que deberían de hacer en cada momento, en lo que al cultivo de la tierra se refiere.

Una vez casados los cuatro hijos, Vicent Sansano, hizo donación de sus bienes a partes iguales entre los cuatro, consignando que tendrían él y su esposa vivienda vitalicia en la casa solariega y unas cantidades determinadas en metálico, a pagar por los cuatro todos los años, en concepto de usufructo mientras vivieran, pues ninguno de los dos tenía pensión de jubilación, como suele ocurrir ahora.

La familia Sansano había tenido mucha suerte en la vida. No habían padecido grandes contratiempos ni enfermedades graves y a base de trabajo y esfuerzo habían incrementado sobremanera su patrimonio familiar, ayudados eso sí, por unas circunstancias favorables que vivió el campo de Elche, en lo que a rentabilidad económica se refiere, en los años de la postguerra. Esa prosperidad económica fue la que dio pie a un cambio de mentalidad y de costumbres del campesinado ilicitano, que en el transcurso de pocos años, experimentó una profunda transformación, que marcaron el final de una época y el principio de otra época nueva, completamente diferente en todos los aspectos y sentidos. Este cambio coincidió con el

inicio de la mecanización de la agricultura, cuando empezaron a verse los primeros tractores cultivando la tierra, que desplazaron al arado romano y a las caballerías, y nos trajeron un aire nuevo de progreso y modernidad, aires que soplaban procedentes de la Europa próspera y democrática, que estaba sentando las bases de lo que es hoy la Unión Europea, en la que estamos integrados de pleno derecho, desde el año 1986.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

TIEMPOS DE CAMBIOS

La década de los sesenta fueron unos años de cambios y mutaciones muy sustanciales en todos los aspectos de la vida. Esos cambios ya empezaron a producirse una vez finalizada la Segunda Guerra Mundial en 1945, pero tuvieron su culminación unos años después, cuando empezaron a cicatrizarse las sangrantes heridas morales y materiales que se produjeron en la vieja Europa, a causa de la gran conflagración bélica, que ocasionó muchos millones de muertos y cuantiosos destrozos materiales.

Y esos grandes cambios que se generaron en el corazón de Europa, iban llegando también poco a poco a nuestro país, a pesar de la tesis oficial de que "España es diferente" y que consideraban a los Pirineos como una barrera protectora que impediría la penetración de las "corrientes perniciosas" que pudieran contaminar "el ambiente limpio y sano" de nuestro país que los gobernantes de entonces consideraban "la reserva espiritual de Europa.

Pero con las legiones de emigrantes españoles que se marchaban a trabajar a la Europa rica y democrática, por que aquí no lo encontraban, y con la llegada de los primeros turistas que venían a

España, procedentes de esas mismas naciones europeas, en busca de nuestro sol y de nuestras playas, los aires de la modernidad iban creando poco a poco el tejido social de nuestro país, arrumbando todo lo viejo y lo obsoleto, que como un pesado lastre, nos impedía avanzar al mismo ritmo de los demás países de nuestro entorno geográfico. Aquello fue el final de una época histórica y el principio de otra muy diferente, empujados por una corriente irreversible, que barría todas las resistencias que le salían al paso.

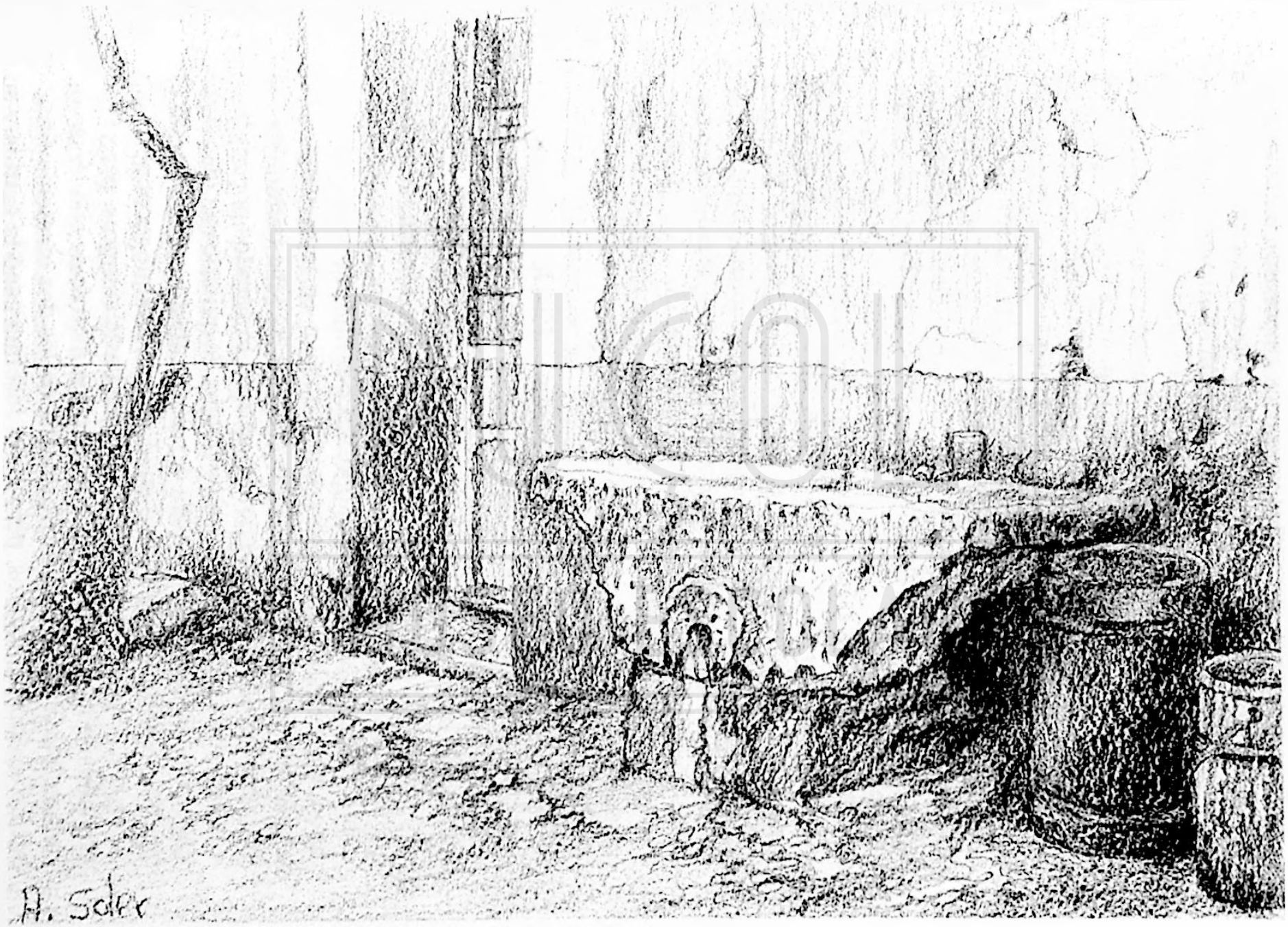
También cambiaron radicalmente, no solo los métodos empleados en el cultivo de la tierra, pasando del arado romano al tractor, del carro y las caballerías al automóvil, en una incipiente mecanización de la agricultura, que se iba acentuando de año en año, si no también en lo referente a las costumbres y formas de entender la vida.

Por otra parte, el tratado hispano-americano suscrito en 1953, también tuvo mucho que ver con la modernización de España, aunque en el aspecto político no hicieron nada para que se produjeran cambios en nuestro país, ya que el nuevo régimen salido de la Guerra Civil Española, defendía los intereses americanos en su política internacional de enfrentamiento contra el comunismo y la poderosa URSS.

Durante los años sesenta, los agricultores ilicitanos, aun estaban disfrutando de la resaca de la bonanza económica que se inició en los tiempos de la postguerra. En su conjunto, había subido bastante su nivel de vida, con unos signos externos de riqueza que lo testificaban, como eran los primeros televisores en blanco y negro, que empezaban a verse en casi todas las casas de campo, algunos tractores que ya se veían labrando los bancales y muchos Seats "Seiscientos" que ya circulaban por los caminos polvorientos de las partidas rurales, que ya empezaban a asfaltarse.

Esta prosperidad económica del sector campesino discurría paralela a la prosperidad del sector industrial, gracias al "boom" de las fábricas de zapatos que surgían en Elche un día si y otro también, y que constituían como un señuelo que atraía sobre la ciudad de las palmeras a muchos miles de inmigrantes procedentes de otras provincias españolas, que encontraban en Elche trabajo y acomodo para ellos y sus familias.

Hasta entonces, habían existido en Elche dos culturas muy bien definidas y diferenciadas; la cultura campesina y la cultura ciudadana con sus propias características y peculiaridades y con muy pocos nexos de unión entre ambas, que seguían caminos diferentes.



Pila para la colada - Casa desaparecida

Pero a partir de esos años, las cosas empezaron a cambiar, al producirse dos corrientes migratorias contrapuestas, consistentes en que a las gentes de la población, que habían aumentado su nivel de vida, les apetecía construirse en el campo su segunda vivienda, para pasar los fines de semana o las vacaciones de verano, mientras algunas familias de agricultores que disponían de buenas viviendas propias en el campo, donde siempre habían habitado, querían trasladarse a vivir a un piso de Elche, por entender que vivir en la población era más cómodo, señorial y gratificante. Fueron esos años en que se pusieron de moda las "parcelas" y los "chalets" a lo largo y ancho de todo el campo de Elche, dos palabras que hacían furor en el lenguaje coloquial de los ilicitanos y que, hasta entonces, apenas se empleaban.

Y marcharse a vivir a Elche es lo que hizo la familia de Pere Agulló Campello, en el año 1965. En esas fechas tenía cuarenta y cinco años, y desde que se casó en 1950 con Josefina Esclapez, vivían en La Hoya, junto a la carretera de La Marina, donde tenían una casa y veinticinco tahullas de una tierra muy fértil, como toda la de aquella zona que regaban de El Progreso y de Riegos de Levante. También tenían diez tahullas de tierra en El Molar, plantadas de higueras y de algarrobos que se regaban de El Progreso y de El Porvenir.

El matrimonio había tenido tres hijos, dos chicas y un chico. Las chicas tenían doce y diez años y el chico seis. Los tres iban a la escuela pública de La Hoya, durante el curso escolar con un aprovechamiento bastante aceptable.

Desde hacía algún tiempo, en la mente de Josefina le revoloteaba la idea de marcharse a vivir a la población, alegando que si continuaban viviendo en el campo, sus tres hijos no tenían más futuro cuando se hicieran mayores que trabajar en la agricultura. Y ella lo que quería era que cursaran estudios, aunque fueran una carrera media, para que no vivieran siempre arrastrados por los bancales. Pero su marido se resistía y trataba de quitarle ese idea de la cabeza, aduciendo que eso para él sería un trastorno, el vivir en el pueblo y continuar trabajando en el campo, aunque reconocía que su esposa y sus hijos vivirían mejor que hasta entonces, pero él se complicaría la vida sobremanera. Esto fue motivo de conversación durante bastantes semanas, y cada uno de los dos mantenía firmemente sus razonamientos, pero al fin Josefina ganó la partida y su

marido tuvo que transigir para mantener la fiesta en paz.

Por otra parte, a él en el fondo, tampoco le hacía mucha gracia que sus hijos no tuvieron otra opción que trabajar sacrificadamente toda la vida en el campo, como había hecho él y sus antepasados.

Así es que decidida la cuestión, vendieron las diez tahullas de tierra del Molar por seiscientas mil pesetas, y con ese dinero se compraron un piso de ciento cincuenta metros cuadrados, recién construido en "El Filet de Fora", a donde se fueron a vivir a los pocos meses.

Josefina estaba contenta y gozosa, pues había conseguido lo que tanto anhelaba. También lo estaban sus tres hijos, pues les hacía mucha ilusión vivir en Elche, sobre todo, a las chicas.

En cuanto a su marido, lo aceptó de buen grado, aunque era consciente de que este cambio de vivienda le ocasionaría muchas incomodidades.

Como tenía que ir todas las mañanas de Elche al trabajo y por la noche de la finca a Elche que distaba seis kilómetros, se compró un "Seiscientos" que le costó sesenta mil pesetas, aunque previamente tuvo que obtener el carnet de conducir que por aquellos tiempos se conseguía con mucha facilidad y con poco aprendizaje.

En la casa de campo tenía un carro y un caballo, que le servía para labrar la tierra y para transportar las hortalizas que cosechaba a los almacenes de frutas y verduras que había en el caserío de La Hoya donde los compraban y remitían a los mercados consumidores.

Al cabo de pocos años, cuando la agricultura empezó a mecanizarse, vendió el carro y el caballo y se compró un tractor con sus correspondientes aperos, para poder llevar a cabo todos los trabajos agrícolas de una forma descansada. Con la mecanización todas las labores del campo se hacían con menos tiempo y esfuerzo.

En las feraces tierras de La Hoya, siempre prevalecieron los cultivos hortícolas sobre los cultivos arbóreos, como los tomates, el algodón, las patatas, las berengenas, los calabacines, las ñoras, etc. Como durante esos años todos esos productos se vendían a buenos precios, se obtenía una buena rentabilidad de ellos, aunque tenía que pagar algunos jornales, cuando buscaba gente en las temporadas de la recolección, para que le ayudasen en los trabajos más urgentes. Así y todo, la familia de Pere Agulló vivía con una relativa holgura, cuidándose mucho, por supuesto, de no hacer ninguna clase de dispendios.

Cuando la hija mayor terminó la Segunda Enseñanza en el Instituto de La Asunción, optó por la carrera de Magisterio pues siempre tuvo claro que quería ser maestra de escuela, ya que le gustaban mucho los niños y sentía una gran predilección por la enseñanza.

El acceso al Magisterio era entonces más fácil que ahora, y los que optaban por esta carrera, tan pronto les daban el título de maestros, tenían una plaza asegurada en cualquier escuela de las muchas que se construyeron por aquellos años.

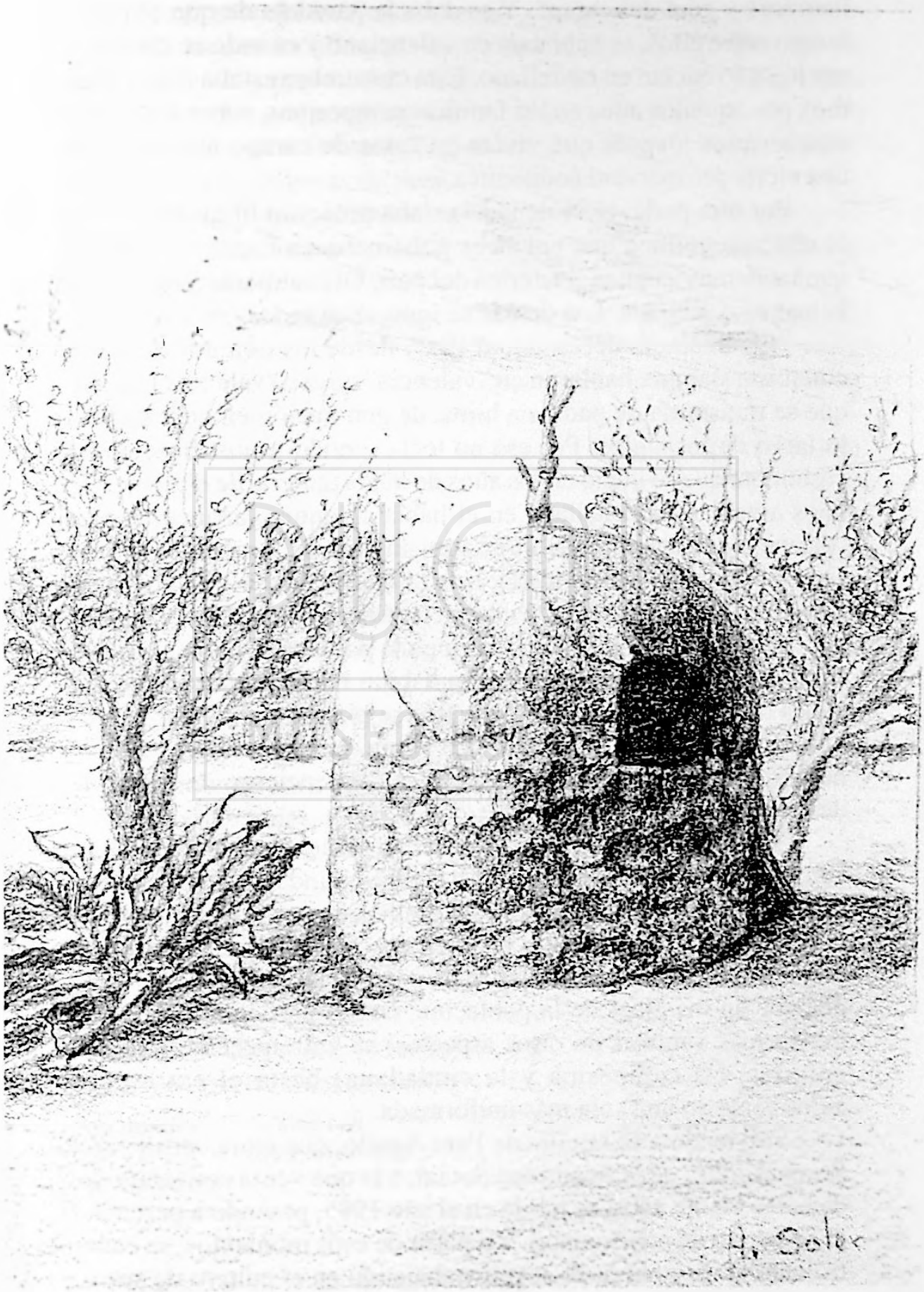
En cuanto a la hija menor, le tiraban más los ancestros que tenía en el campo y quiso estudiar Ingeniería Técnica Agrícola, con gran contento de su padre que así parecía sentirla más cerca de él. Esta tendencia la demostró desde muy joven, ya que cuando estaba con su padre en el campo, se interesaba por todas las cosas de la agricultura y no paraba de preguntar sobre el acto de la germinación de las semillas, el desarrollo vegetativo de las plantas, el abonado de los diferentes cultivos, el proceso de la maduración de los frutos, etc. El campo y la agricultura le tiraba mucho y quería dedicarse a ella, pero en plan técnico. Al poco tiempo de terminar los estudios se ocupó, como gerente en una empresa agroalimentaria con una buena remuneración económica.

En cuanto al chico, el estudiar no era su fuerte y se limitó a hacer cursos de comercio en la Academia Ripollés y, después de cumplir el servicio militar, consiguió plaza en la Caja de Ahorros de Alicante y Murcia como empleado de Banca.

Josefina Esclapez estaba orgullosa de sus tres hijos, pues aunque el chico no había cursado estudios superiores, como ella quería, los tres habían conseguido buenos empleos sin tener que dedicarse a la agricultura, que tanto tiraniza a las personas que se dedican a ella profesionalmente.

Para Josefina Esclapez, la educación de sus hijos fue siempre su principal preocupación, tratando de que consiguieran un nivel cultural y una posición social superior a la que tenía ella, que también le hubiera gustado estudiar cuando era joven, pero cuando tenía edad para hacerlo, primero por la Guerra Civil y después en los años difíciles de la postguerra, para las gentes del campo, el acceder a los estudios superiores era un objetivo prácticamente inalcanzable.

En el plan educativo que se trazó para sus hijos, incluía el hablarles en castellano, por entender que expresarse en castellano era más fino y más señorial y que hablar en "valencià era cosa de



Horno en Valverde

llauraors y gent del camp". Y se daba la paradoja de que el matrimonio entre ellos, se hablaban en valenciano y cuando se dirigían a sus hijos lo hacían en castellano. Esta costumbre estaba muy extendida por aquellos años en las familias campesinas, sobre todo entre matrimonios jóvenes que vivían en casas de campo nuevas y con una cierta prosperidad económica.

Por otra parte, el "valencià" estaba proscrito oficialmente por el régimen político que entonces gobernaba en España, lo mismo que las demás lenguas periférica del país. Oficialmente, solo existía la lengua castellana. Las demás se ignoraban todas por completo.

"Els llauraors del campo d'Elx", desde los tiempos de la Reconquista siempre hablaron en "valencià" en ese "valencià Elxero", que se transmitía de padres a hijos, de generación en generación a lo largo de los siglos. Por eso no tenía sentido ni justificación esa costumbre que se inició en los años de la postguerra, de enseñar a los hijos a hablar en castellano en el habla coloquial, arrinconando al "valencià de sempre", fue el primer síntoma de la pérdida de unos signos culturales de identidad, que el campesinado ilicitano había conservado en todo momento como un tesoro cultural inapreciable.

Después fue lo de querer vivir en la población y no en casas de campo, al pie del trabajo como lo habían hecho siempre, desde la época de los romanos. Lo mismo que se hizo al abandonar las costumbres, las tradiciones, la gastronomía, las formas de vestir los hombres y las mujeres que siempre se diferenciaron de las gentes de la población.

Y con la tendencia creciente de las gentes de la población, de construirse "chalets" en el campo como segunda vivienda, y el deseo de muchas familias de agricultores de querer vivir en la población, por gozar de mejores condiciones de vida, (aunque últimamente en las viviendas rurales se dispone de las mismas comodidades que en los pisos de la población, con la particularidad de que tienen más ventajas en otros aspectos) se entremezclaron las dos culturas, (la campesina y la ciudadana) hasta el extremo de aglutinarse en una sola más uniformada.

Volviendo a la familia de Pere Agulló, que tenía cartilla en la Rama Agraria de la Seguridad Social, a la que venía cotizando desde hacía veinte años, se jubiló en el año 1985, pasando a pertenecer al colectivo de pensionistas. Y a partir de esos momentos, se encontró ante la disyuntiva de seguir trabajando en el cultivo de sus tie-

rras, como si nada hubiera ocurrido al producirse la jubilación o dejar las tierras incultas, ya que ninguno de sus tres hijos quería saber nada del campo y del cultivo de la tierra. Los tres vivían bien con los sueldos que percibían en sus respectivas ocupaciones y a la casa de La Hoya solo les apetecía ir algunos domingos y días festivos, a pasar unas horas de asueto y nada más.

Pere Agulló, después de jubilado, continuó trabajando la tierra mientras le quedaron fuerzas para ello, pero cada año que pasaba, la finca se notaba peor cultivada con claros signos de abandono.

Cuando cumplió los setenta años, cansado y exhausto, dejó de trabajar por completo y la tierra se la cedió a un vecino para que plantase en ella lo que quisiera, pagándole un arriendo que por su mínima cuantía, se podía considerar una cantidad simbólica. Lo único que quería era que la tierra estuviera cultivada, para que cuando él fuera, (iba casi todas las tardes) se viera algo de verde y no diera sensación de abandono.

La finca de La Hoya tenía para él una atracción sentimental irresistible, por eso iba casi todos los días, pues el estar encerrado en el piso durante muchas horas le producía una sensación de claustrofobia, acostumbrado como estaba a vivir al aire libre y casi siempre a la intemperie.

Casos como el de Pere Agulló Campello, en los últimos años, los ha habido en el campo de Elche a centenares, desde que los jóvenes hijos de agricultores desertaron del campo en busca de otros horizontes laborales, y abandonaron la profesión de sus padres, unos por propia voluntad y otros empujados por sus progenitores que querían para sus hijos mejores condiciones de vida que tuvieron ellos trabajando en la tierra, cuando ya se patentizaba una acusada decadencia en la agricultura por falta de rentabilidad. Por unas u otras razones, la cuestión es que el campo de Elche perdía el noventa por ciento de la juventud, y como consecuencia lógica la población activa campesina, iba envejeciendo a pasos agigantados, cuyo excesivo envejecimiento constituye uno de los mayores problemas que padece el campo de Elche en estos momentos, además de la escasez de recursos hídricos y el gran incremento de los costos de producción.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

DECADENCIA DE LA AGRICULTURA

Gracias a la completa mecanización de la agricultura que se produjo en las décadas de los años sesenta y setenta, la producción agraria se incrementó sobremanera, rebasando las necesidades del mercado consumidor. Y al producirse una oferta superior a la demanda en un mercado libre, la tendencia de los precios siguieron una línea descendente, pues ya hacía algunos años que los precios oficiales de los productos agrarios sujetos a su regulación por la Administración, habían desaparecido, pasándose de una situación deficitaria a una situación excedentaria, en cuanto a los productos alimenticios se refiere, tanto en cereales, frutas, carne, leche, etc.

Esa tendencia a la baja en los precios de los productos agrarios, que fue la tónica general en toda España a principios de los ochenta, fue más acentuada en Elche que en el resto del país, ya que aquí los costos de cultivo, (jornales, impuestos, agua de riego, fertilizantes, insecticidas, etc) era superiores a la media general. De esta manera, en el plazo de pocos años toda la euforia y prosperidad que habían gozado los agricultores durante bastantes años, empezaba a desmoronarse poco a poco.

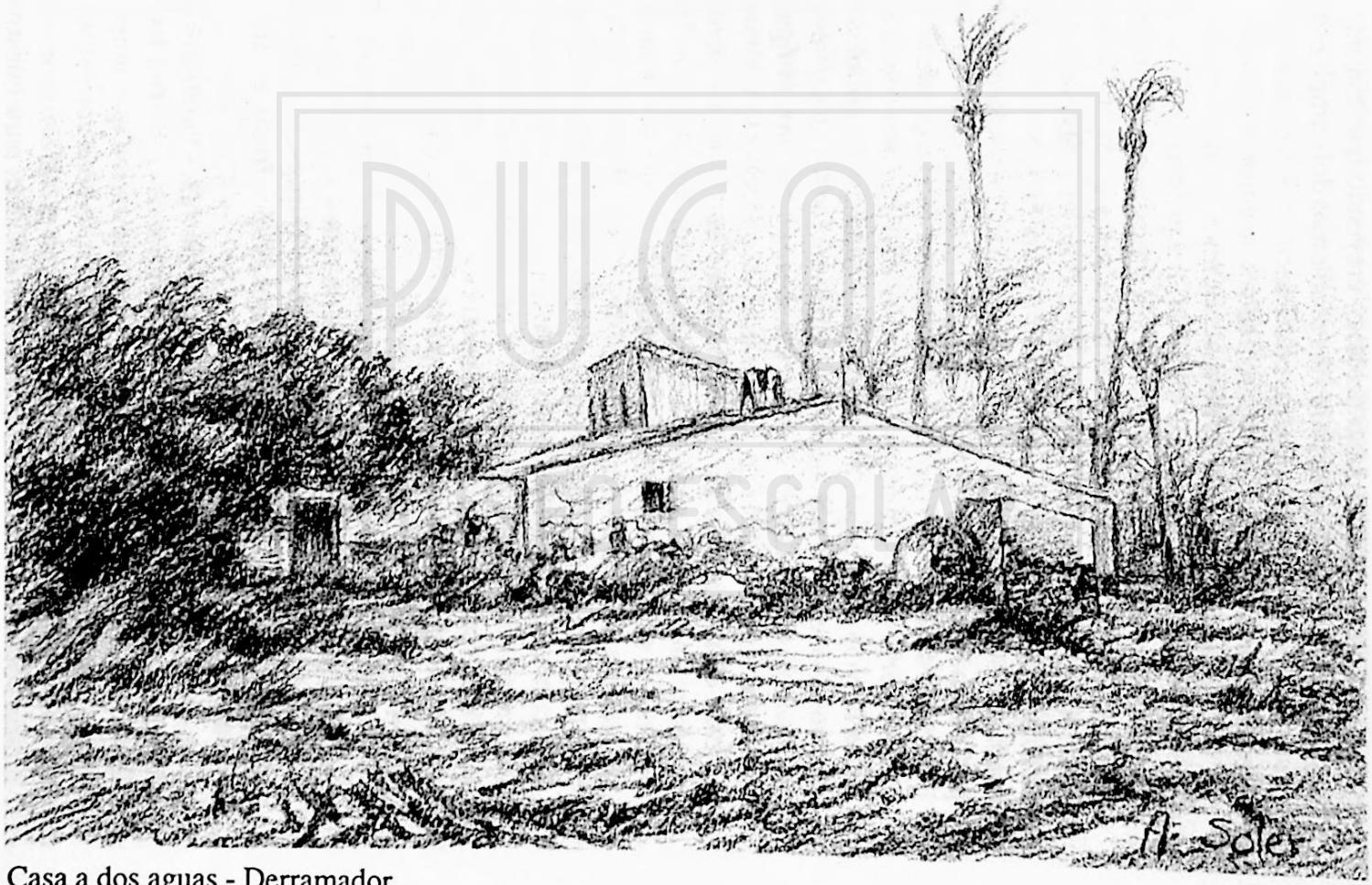
Otro tanto pasó con la ganadería. La ganadería en Elche, desde tiempo inmemorial, solo se componía de rebaños de pastoreo de ovino y caprino, hasta mediados de la década de los años cincuenta.

Pero a partir de esas fechas, y gracias a que los americanos introdujeran en nuestro país las fórmulas de los piensos compuestos, que modificaban fundamentalmente la nutrición de la cabaña nacional, la ganadería ilicitana se incrementó de una manera impresionante, hasta el extremo de que durante unos veinte años, en el ochenta por ciento de las casas de campo había ganado de una u otra variedad: pollos, novillos, vacas lecheras, conejos, cerdas reproductoras, cerdos de engorde, etc. Este "boom" ganadero en el campo de Elche duró dos décadas, hasta que el exceso de carne saturó los mercados y echó por tierra los precios, como había ocurrido con los productos agrarios. Y para cobijar toda esta cabaña, se construyeron a lo largo y ancho de todo el campo de Elche multitud de cobertizos, cuadras, establos, etc., como no se había conocido nunca.

Este "boom" ganadero propició el montaje de dos fábricas de piensos compuestos en el campo de Elche: Agrupor, en el Llano de San José por el sistema cooperativo y Lepsa, en Algorós como empresa privada.

Al desaparecer la ganadería casi en su totalidad, cerraron las dos fábricas de piensos compuestos y se quedaron vacías todas las instalaciones que se construyeron para albergar esta cabaña unos años antes. De esta manera, se inició en el campo de Elche un declive irreversible de una ganadería floreciente y próspera durante algún tiempo y una decadencia acentuada en la agricultura que había tenido durante unas décadas, idéntico comportamiento al de la ganadería.

Como consecuencia lógica de esa pérdida de rentabilidad de la agricultura y la ganadería, los jóvenes campesinos, no solo ilicitanos sino también a escala nacional, empezaron a perder interés por el medio rural y por la profesión de sus padres, iniciándose un éxodo de brazos jóvenes hacia las grandes ciudades, en busca de otros horizontes laborales, al margen de la agricultura y la ganadería, que andaban de capa caída. Y la población activa campesina inició un proceso de envejecimiento, que se iba incrementando de año en año y que constituía una pesada rémora para llevar a cabo esa ineludible modernización que las explotaciones agrarias ilicitanas estaban pidiendo a gritos, para adaptarlas a lo que demandaban las nuevas circunstancias de una Europa Comunitaria a la que envidiábamos y pre-



Casa a dos aguas - Derramador

tendíamos integrarnos de pleno derecho, creyendo que esa integración supondría la solución de todos los problemas del campo español al tener nuestros productos agrarios pleno acceso a los mercados consumidores, sin las pegas y las restricciones que entonces tenían.

Y cuando por fin, después de muchos años de una espera mendicante, conseguimos traspasar en 1986, las puertas comunitarias, comprobamos que no todo el monte era orégano como presumíamos, que por el simple hecho de nuestra integración no se iban a solucionar de la noche a la mañana, los múltiples problemas y deficiencias que padecía el campo español. Más bien ocurrió todo lo contrario, pues cuando se produjo la integración española, la Europa Comunitaria tenía grandes excedentes de productos agrarios y lácteos de difícil comercialización por un exceso de producción. Y ese problema de excedentes se agravó mucho más aun con la entrada de España y Portugal, dos países eminentemente agrícolas y ganaderos. Por eso, lo que a priori se suponían facilidades y ventajas, se trocaron en dificultades y restricciones, ya que nos obligaron a sacrificar muchos miles de cabezas de vacas lecheras y ahora nos quieren obligar a arrancar muchos miles de hectáreas de viñedos de vinificación, pues en ambos casos, las producciones españolas son superiores a las cuotas asignadas a nuestro país por los órganos comunitarios desde Bruselas.

Hubo otra circunstancia negativa que salió a relucir en el momento de nuestra integración de pleno derecho en la Europa Comunitaria: por defectos estructurales y por un nivel tecnológico más bajo, el campesinado español competía en peores condiciones que el campesinado comunitario, lo que suponía una cierta desventaja para nosotros.

También en la meteología luchaba España con desventaja respecto al resto de la Europa Comunitaria, pues al ser un país en su conjunto, mucho más seco que el resto de Europa, las producciones agrarias y ganaderas eran inferiores, y por lo tanto, menor la rentabilidad.

Por otra parte, el integrarnos en la Europa Comunitaria, los acuerdos importantes ya no se tomaban por el Gobierno Español desde Madrid, sino por los órganos comunitarios que tenían potestad para decidir. Nuestro país tenía un solo voto entre doce. Por eso, en muchos casos, España tenía que aceptar decisiones comunitarias que eran manifiestamente perjudiciales para nuestros in-

tereses particulares, en aras del interés general comunitario. Las reglas del juego están así establecidas y, por lo tanto, había que respetarlas, mal que nos pese.

El decaimiento de la rentabilidad en la agricultura y la ganadería a principios de los años ochenta, originó una creciente desilusión y cansancio en la mayor parte de las familias campesinas ilicitanas que apenas podían malvivir del producto de su trabajo, si no tenían otros ingresos complementarios al margen de la agricultura. Y el campo de Elche que hasta entonces había sido un auténtico vergel, con todas sus tierras bien cultivadas y una gran variedad de arbolados verdes y lozanos en plena producción, empezó a sufrir los primeros síntomas de abandono en el cultivo de la tierra y el cuidado de esos arbolados, que se arrancaban o se secaban por un conrreo deficiente. Esta degradación y abandono se fue incrementando de años en años, hasta el extremo de que en el día de hoy, (10 de Julio de 1994) un 20% de la superficie del campo de Elche está completamente inculto o malcultivado. Como consecuencia de este abandono han desaparecido más de tres mil hectáreas de cultivos arbóreos, (almendros, limoneros, naranjos, higueras, parrales de uva de mesa, etc.).

A partir de 1990, otra circunstancia negativa añadida a los bajos precios de los productos agrarios, ha contribuido a empeorar aun más la difícil situación del campo de Elche: nos estamos refiriendo a la gran sequía que se está padeciendo de tres años a esta parte, con un agotamiento casi absoluto de las reservas hídricas del Segura y una notable merma de las del Tajo, las dos cuencas suministradoras de agua de riego a nuestros campos, lo que ha impedido regar con regularidad el arbolado y ha impedido plantar cultivos hortícolas en la pasada Primavera, con los grandes perjuicios económicos que esto conlleva, si tenemos en cuenta que los cultivos hortícolas suponen el 50% de la agricultura ilicitana en estos momentos.

Así las cosas, Juanico Ripoll Aznar vivía en la partida de Algorós desde que se casó en 1960 con María Aguilar. Tuvieron dos hijos varones que nacieron en los años 1962 y 1965.

Alrededor de la casa tenía treinta tahullas de tierra blanca, con algunos arbolados. Todas las primaveras, plantaba quince o veinte tahullas de hortalizas. Unos años plantaba ñoras y tomates de conserva. Otras, melones, algodón y cáñamo. De rastrojo de estas hortalizas sembraba, en el mes de Enero trigo de ciclo corto de la varie-

dad Florencia, de reciente implantación en el campo de Elche, y que producía buenos rendimientos.

Como actividad complementaria a la agricultura, quiso también ser ganadero, como lo fueron la mayor parte de los agricultores ilicitanos de aquellos tiempos. Y para tal fin, a pocos metros de la casa, construyó una nave de doscientos metros cuadrados, que en principio dedicó a granja avícola, pero al cabo de pocos años, cambió la volatería por el ganado porcino de reproducción y de engorde.

Con la doble actividad agrícola-ganadera, trabajaba mucho él y el resto de la familia, pero ganaban algún dinero que les permitía vivir con un cierto desahogo, hasta que llegó la decadencia a principio de los años ochenta, tanto en una como en la otra actividad.

Como Juanico Ripoll era un hombre muy meticuloso y ordenado y por consiguiente apuntaba todos los gastos y los ingresos que generaba la tierra y la granja porcina, cuando tres años seguidos los balances de la ganadería fueron deficitarios, liquidó la granja y ya no quiso saber nada de la ganadería. La tierra también le reportaba pocos beneficios, pero como era propia, tenía que seguir cultivándola o abandonarla y optó por lo primero, pero cada año que pasaba iba perdiendo la ilusión y el entusiasmo que siempre mantuvo en su profesión de toda la vida.

Cuando el hijo mayor cumplió el servicio militar en 1985, se ocupó como chófer en una agencia de transportes y no quiso seguir trabajando en el campo. Cuando el hijo menor quedó libre también de sus obligaciones con el Ejército, montó un bar en Elche y dejó también de trabajar en la agricultura. De esta manera, Juanico y su mujer se quedaron solos en la casa de Algorós, cuando ya se iban cargando de años. No obstante, a trancas y a barrancas, continuaron cultivando la tierra, incluso después de jubilado, pero cada año que pasaba le pesaba más continuar la actividad, por efectos de la edad y de lo mucho que había trabajado a lo largo de toda la vida.

Como cada año obtenía menos ingresos de la tierra y con la pensión apenas podían vivir él y su mujer, y además pagar los impuestos, en el año 89 alquilaron la nave que habían construido para el ganado, después de hacerle unas pequeñas reformas, para montar una pequeña fábrica clandestina, donde fabricarían tacones para los zapatos. Durante esos años, en el campo de Elche, afloraron a centenares, fábricas y talleres de esas características. Los alquileres que cobraban por esos locales que tenían vacíos, suponían unos ingre-

sos complementarios para muchas familias de agricultores. Además, esos talleres clandestinos, también ocupaban a muchas mujeres campesinas, en trabajos de aparado y similares, y todo eso era dinero que entraba al campo de Elche, procedente de la industria.

De estos trabajadores, los fabricantes no pagaban las cuotas de la Seguridad Social, ni tampoco pagaban los impuestos a Hacienda, puesto que no figuraban en ninguna parte.

De esta manera, el campo de Elche dejó de ser estrictamente rural, ya que estaba salpicado de pequeñas factorías industriales, unas clandestinas y otras legalizadas que trasladaron su actividad a las partidas rurales, por tener más ensanchez y ser los solares más baratos.

Si tuviéramos que hacer la radiografía de lo que era el campo de Elche a principios de la década de los años ochenta, diríamos que era una mescolanza de agricultura e industria, en un panorama salpicado de muchas propiedades rústicas incultas o malcultivadas, donde se ubicaban más de diez mil "chalets" que como segunda vivienda, se construyeron familias de la población entre 1960 y 1985, fecha en que el Ayuntamiento prohibió construir esta clase de edificaciones.

Una prueba evidente de las muchas fábricas, grandes y pequeñas, que hay repartidas por todo el campo de Elche, la tenemos en la gran cantidad de coches que en las horas punta, salen o entran en la población por las carreteras radiales, la mayoría de los cuales van o proceden de esas fábricas.

Hasta mediados del presente siglo, en las casas de campo solo vivían los agricultores, que trabajaban las tierras y las industrias estaban en la población. De esa manera, las actividades de unos y otros estaban separadas y bien delimitadas. Pero cuando empezaron a construir fábricas en el medio rural y las gentes de la población a construirse segundas viviendas en el campo, unos y otros se entremezclaron. Y no solo se mezclaron en cuanto a sus actividades productivas, sino también en cuanto a costumbres y formas de vivir, ya que junto a una vivienda rural, donde una familia de agricultores realizaba sus labores diarias y tenía sus cultivos, había un "chalet" en una pequeña parcela de tierra rodeada por una valla que la protegía y aislaba de sus entornos, y donde nadie podía entrar sin permiso de sus dueños. En esta clase de "chalets" suele haber un espacio de césped que riegan frecuentemente con agua potable del Taibilla, para que se mantenga siempre verde y lozano y ornamente la vi-

vienda, una piscina y una cancha de tenis donde pasar placenteramente las vacaciones estivales y los fines de semana, una familia de la población más o menos acomodada, que tiene otros medios de vida ajenos a la agricultura y a la ganadería.

La decadencia de la actividad agropecuaria ilicitana, tuvo también su reflejo negativo en todas aquellas entidades que tenían una relación directa con la vida campesina, ya que todas ellas entraron asimismo, en un período de regresión que en algunos casos, desembocaron en la quiebra y la desaparición. Incluso, la entidad agrícola más carismática y de mayor raigambre que tuvo el campo de Elche, en toda su historia, (la Cooperativa del campo de Elche creada en 1903) atravesó también por una situación difícil y complicada, desde el punto de vista económico que le llevó casi al borde de la desaparición.

También se encuentra en una situación difícil la Sociedad Nuevos Riegos El Progreso fundada en 1906 y la Comunidad de Riegos de Levante. Tanto una como otra sociedad, van acumulando pérdidas año tras año, ya que apenas distribuyen aguas de riego que es su única función, por falta de recursos hídricos y por la gran cantidad de tierras que se han abandonado.

Por todas estas circunstancias negativas, en estos momentos, el campo de Elche ya no es ni la sombra de lo que fue en tiempos pasados. Y su porvenir, como generador de riqueza agrícola es muy incierto y complicado. Tanto es así, que la agricultura ilicitana, de aquí al año dos mil, desaparecerá en un ochenta por ciento. Quisiéramos equivocarnos en estas predicciones y tal vez a algunas personas les parezcan estos vaticinios un tanto pesimistas, pero mucho tendrán que cambiar las cosas a corto o medio plazo, para que se modifiquen estas tendencias que hoy apuntan en esa dirección. No obstante, el amplio espacio geográfico del campo de Elche, tiene un magnífico futuro y un gran valor potencial, no para la agricultura por supuesto, sino para otra clase de actividades.

Mientras tanto, las treinta tahullas de tierra de la finca de Juanico Ripoll en la partida de Algorós, están actualmente incultas y abandonadas, desde que murió hace dos años, ya que sus dos hijos no quisieron saber nada de la tierra, que terminarán por venderla cuando se presente una buena oportunidad para hacerlo. Se han acomodado a vivir en la población y al campo no piensan volver para nada. Como éste, hay infinidad de ejemplos en el campo de Elche.

Este libro se acabó de imprimir en
los talleres de Pascual Segarra
el día 22 de noviembre de
1995 festividad
de Santa
Cecilia.

PUNSOL
MUSEO ESCOLAR

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR